

Revista
de Psicología
Escuela
de Psicología
Universidad
Central de Chile

ISSN 0719-1758

liminales

escritos sobre psicología y sociedad



Escuela de Psicología
Facultad de Ciencias Sociales

Volumen I • Número 03 • abril 2013

Revista
de Psicología
Escuela
de Psicología
Universidad
Central de Chile

ISSN 0719 - 1758

liminales

escritos sobre psicología y sociedad



Escuela de Psicología
Facultad de Ciencias Sociales
Volumen I • Número 03 • abril 2013

Revista LIMINALES

Escritos sobre Psicología y Sociedad
Issn N° 0719 - 1758

**Revista de la Escuela de Psicología,
Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad Central de Chile
Año 2, N° 3, abril 2013
Santiago, Chile**

Decano Facultad de Ciencias Sociales
Osvaldo Torres Gutiérrez

Director (I) Escuela de Psicología
Javier Romero Ocampo

EDITORES

Gastón Molina Domingo
Javier Romero Ocampo

COMITÉ EDITORIAL

Roberto Aceituno
Universidad de Chile

Kathya Araujo
Universidad Academia
de Humanismo Cristiano, Chile

Domingo Asún
Universidad de Valparaíso, Chile

Alejandro Bilbao
Pontificia Universidad Católica
de Valparaíso, Chile

Niklas Bornhauser
Universidad Nacional Andrés Bello, Chile

Cristóbal Durán Rojas
Universidad de Chile

Genoveva Echeverría
Universidad Central de Chile

Jorge Flores
CLIIAPS, México

Gregorio Kaminsky
Universidad Nacional de Río Negro,
Argentina

Adriana Kaulino
Universidad Diego Portales, Chile

Sonia Lahoz
Universitat de Barcelona / Oim

Jahir Navalles
Universidad Autónoma
Metropolitana Iztapalapa, México

Lis Pérez
Universidad de La República, Uruguay

Georg Unger
Universidad Central de Chile

Silvana Vetö
Universidad Nacional Andrés Bello, Chile

Correspondencia
San Ignacio 414, Torre A, 2° Piso
Santiago - Chile

Teléfono:
(02) 582 65 12

E-Mail: revista.liminales@gmail.com

Edita:
Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad Central de Chile

Diseño:
Rodrigo Wielandt

Corrector:
Fabián Bustamante

Índice

Presentación	9
Heroísmo, Violencia y Libertad en los Discursos sobre la Masculinidad Tradicional en Chile	
Manuel Alejandro Durán	13
Tecno-génesis y antro-po-génesis en Bernard Stiegler: O de la mano que inventa al hombre	
Marcela Rivera Hutinel	43
La Cuestión de lo “Social” como forma Gubernamental Apuntes sobre la perspectiva de Nikolas Rose	
Andrés Durán	61
El hospital, el cuerpo y la clínica psicoanalítica: materiales para una discusión	
Francisco Pisani	89
Los OFT como estrategia educativa para formar personas en Chile: un paradigma en crisis	
Miguel Marticorena Araya	103
Estado del arte de la psicología en emergencias y desastres en Chile y América Latina	
Claudio Barrales, Humberto Marín, Rodrigo Molina	123
Política Editorial y Normas para la presentación de manuscritos	145

Revista LIMINALES Escritos sobre psicología y sociedad

Escuela de Psicología, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad Central de Chile

Revista LIMINALES tiene su origen en un espacio intermedio, tan próximo a los saberes de las Ciencias Sociales, de las llamadas Ciencias Humanas y de las prácticas que definen los saberes 'psi'. Pero su voluntad es enfrentar esa intermediación con todo rigor. Esto implica reconsiderar permanentemente las dinámicas implicadas en el saber y los objetos que hacen visibles, con el fin de tener presentes los límites de sus territorios y horizontes inmediatos. ¿Pero con qué propósito hacer la prueba de dichos límites? Simplemente para intentar abrir una brecha para discusiones posibles, y sobre todo para aquellas que no se limitan a buscar el acuerdo entre disciplinas. Una consonancia antes que un consenso: sería preciso ser fieles al espacio fronterizo que parece pautar la producción de nuestros saberes desde Latinoamérica.

Revista LIMINALES busca proponer un punto de contacto para discusiones que atraviesan a dichos saberes pero que, al mismo tiempo, los desbordan en sus marcos. Pero aun cuando es necesario subrayar la naturaleza de este umbral de disciplinas, ello tiene que mantenerse firme ante una pérdida precipitada de los límites de los problemas. No está permitido plantearse desde un nivel descomprometido. Todo lo contrario: es preciso mantener un compromiso con la manera en que comprendemos y nos enfrentamos a nuestros modos de hacer sociedad y de entendernos en un territorio pagado de transformaciones, desplazamientos y mutaciones.

Por eso, mucho antes que apegarnos a una escuela o a un campo entendemos la urgencia de hacer funcionar una caja de resonancia entre cuerpos de saberes en principio tan disímiles como pueden ser las psicologías, la crítica de la cultura, la historia, la sociología, el psicoanálisis, los estudios sobre sexualidad y género, la antropología, la literatura, los estudios poscoloniales, o el pensamiento político y la teoría social contemporáneas.

Estos escritos se movilizan en un espacio suficientemente heterogéneo como para permitirse la apuesta de pensar en objetos que quizá todavía no sean completamente identificables. Estas escrituras se hacen desde Latinoamérica no solo como si ese fuese su 'escenario', sino sobre todo porque esos objetos se han producido entre entrecruzamientos limítrofes y saberes que se multiplican. Los espacios LIMINALES son espacios en las fronteras de las Ciencias Sociales, estados fronterizos que también tendrían que estar abiertos al cuestionamiento de las estructuras prescritas sobre las cuales se apoyan.

Los espacios LIMINALES producen objetos y sujetos que queda por descubrir, que quedan por ser visibilizados, mostrándonos también el ojo que los intenta capturar en ese mismo gesto. Nos dan otras oportunidades para entender subjetividades que nacen de distintas herencias y entrecruzamientos. Pero a veces es difícil reconocerlos, se nos dan solo en retazos o en pequeñas indicaciones. Como dice Victor Turner, el antropólogo que legó este concepto de liminalidad a las ciencias del hombre y de la sociedad, estos espacios quedan abiertos, produciendo objetos y sujetos que "ya no están clasificados y, al mismo tiempo, todavía no están clasificados".

La psicología, y las Ciencias Sociales, compelidas por diversas demandas y urgencias, corren el riesgo en ocasiones de elaborar diagnósticos de unas realidades que exceden fuertemente sus herramientas de análisis y sus mecanismos de visibilización. La construcción de un espacio liminal no apela a disolver dichos requerimientos o sus resistencias, ni mucho menos a desconocerlos en sus diversas gravedades. Se trata más bien de una invitación: si la liminalidad pone en entredicho la estabilidad de unas

identidades y la fijeza de sus ubicaciones, es precisamente dicho rigor y dicha vigilancia lo que podría intentar decirnos algo sorprendente sobre los mecanismos y las transformaciones de un psiquismo expuesto a la prueba de sus inscripciones.

Heroísmo, Violencia y Libertad en los Discursos sobre la Masculinidad Tradicional en Chile. Heroism, violence and freedom in speeches on traditional masculinity in Chile

Manuel Alejandro Durán*

Resumen

Este trabajo pretende establecer un vínculo entre la historia social y los estudios de género y cultura, determinando en los relatos históricos y literarios las diversas formas de masculinidad y hombría en el Chile tradicional, aquellas que se han transmitido en las costumbres y valores nacionales hasta nuestros días: la violencia, el heroísmo y la libertad. Estos elementos han encontrado su justificación al proyectarse en los relatos épicos y patrióticos, constituyendo la identidad nacional.

Analizaremos algunas fuentes históricas no tradicionales como los poemas de la Lira Popular, escritos en la década de 1880 y que relatan acontecimientos heroicos y fantásticos de la masculinidad popular como modelo e imaginario tanto de la masculinidad como de la nación. En estos textos podemos determinar cómo se ha construido la masculinidad en Chile asociada, tradicionalmente, al heroísmo, la fuerza, la conquista y la violencia. La "hombría popular", representó uno de los modelos de género y de clase adoptados por los sujetos del bajo pueblo, diferenciándolos de otros estratos socio-económicos, de manera que constituyó una identidad propia basada en los códigos que manejaban hombres y mujeres desde la marginalidad hasta el empoderamiento social.

*Licenciado en Historia Universidad de Chile. Magíster en estudios de Género y Cultura Universidad de Chile. Doctor en Estudios Americanos Universidad de Santiago de Chile. Email: manadura@gmail.com

Palabras claves: masculinidad, género, valor, honor, nacionalismo

Abstract

This paper aims to establish a link between social history, gender studies and culture, by determining the diverse forms of masculinity and manhood in the historical and literary accounts of traditional Chile that have been transmitted into the customs and national values until this day: violence, heroism and freedom. These elements have found their justification by being projected onto epic patriotic accounts, constituting national identity.

We shall discuss some non-traditional historic sources such as the Popular Lyre poems written during the 1880s, recounting heroic and fantastic accounts of popular masculinity as a model and imaginary of both masculinity and the nation. In these texts we can determinate how masculinity has been constructed in Chile traditionally relating to heroism, strength, conquest and violence. The “popular manhood”, represented one of the gender and class models adopted by the lower social-stratum, differentiating them from other socio-economic strata, this way it became an identity in itself based on the codes managed by men and women from marginality to social empowerment.

Keywords: masculinity, gender, courage, honor, nationalism.

“Valor, heroísmo y masculinidad en la Lira Popular chilena”

Desde una mirada positivista se ha concebido a la historia como un continuo avance, considerando los hitos de conquista, descubrimientos y desarrollos tecnológicos como señal de progreso de una civilización. Generalmente estos hitos se encuentran relacionados con hombres, estableciendo un modelo de desarrollo basado principalmente en la fortaleza física y la agresión. Esta perspectiva ha disimulado la violencia y relaciones de poder que subyacen latentes en este proceso.

Es por ello que desde los estudios de género se ha intentado establecer nuevas interpretaciones históricas, sobre los ámbitos relacionados con la

masculinidad, la conquista y el desarrollo de las civilizaciones. Generando nuevos discursos históricos acorde al protagonismo de nuevas voces y sujetos. De esta forma se han constituido variados géneros históricos que ya no pretenden establecer una verdad universal sino diferentes escenarios culturales, como la historia de las mujeres (de ciertas mujeres en determinado tiempo histórico y espacial), la historia de la familia, la infancia, los indígenas y la homoerótica. Sin embargo aun falta redefinir una historia de los hombres, ya que este concepto anteriormente había sido asimilado a lo universal y neutral: "La fuerza del orden masculino se descubre en el hecho que prescinde de cualquier justificación: la visión androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla". (Bourdieu, 2000, p.22).

En este contexto debiéramos también diversificar los discursos en torno a la masculinidad, abandonado las antiguas premisas del "ser hombre" como un concepto absoluto y rígido. La masculinidad hegemónica varía de tiempo en tiempo y de cultura a cultura conviviendo a su vez con una serie de modelos discursivos en torno a otros tipos de masculinidades, determinándose en conjunto y movilizándose en sistemas cognitivos y semióticos. De esta forma asumimos un modelo de lo que es "ser hombre" inscrito en todo el sistema de conocimiento y aprendizaje instaurado. Al constituirnos como sujetos asumimos estas claves identitarias como algo "natural", introyectando y resignificando estos discursos a nuestra propia realidad psíquica, corporal y emocional, es lo que el sociólogo francés Pierre Bourdieu ha denominado como *habitus*:

Si esta división parece "natural", como se dice a veces para hablar de lo que es normal, al punto de volverse inevitable, se debe a que se presenta, en el estado objetivado, en el mundo social y también en el estado incorporado, en los *habitus*, como un sistema de categorías de percepción, pensamiento y acción. (Bourdieu, 1998, p.4).

En este ámbito debiéramos preguntarnos acerca de las claves identitarias que ha asumido la masculinidad tradicional en nuestra cultura, y de qué forma se ha reproducido constituyéndose en un paradigma genérico para muchos y hombres y mujeres.

Al abordar el análisis discursivo de la masculinidad tradicional, la forma en que se reproduce –sumado a los beneficios y privilegios que adquieren los sujetos que asumen dicho modelo– podemos observar que la violencia, en cuanto a ordenador y jerarquizador social, se encuentra presente en la vida y testimonios de muchos hombres, ya sean como ejecutores de dicha violencia o como víctimas de ella. Es lo que Michel Kaufman ha denominado la triada de la violencia masculina, es decir la violencia de los hombres contra otros hombres, contra las mujeres y contra sí mismos. (Kaufman, 1999, p.1).

Bajo este contexto la violencia en su más amplio sentido puede ser comprendida como un mecanismo de poder, base de todo un sistema de control y dominación, denominada como patriarcado. Jerarquizando y regulando roles y relaciones entre diversos sujetos desde el ámbito de la masculinidad hegemónica hasta lo femenino y lo abyecto (homosexuales pasivos).¹

La masculinidad en los relatos tradicionales: “Combate de Hombre con dos Leones. Muerte de las Fieras Desgraciado fin del Araucano”.

En la poesía popular de finales del siglo XIX, los relatos épicos y la historiografía tradicional, encontramos los signos de valor, libertad y violencia que los hombres del bajo pueblo asumieron como modelo de comportamiento, dada su clase, género y tradición. Estas categorías se determinan mutuamente, por lo que no basta definirse como “hombre”, sino que este concepto debe ser comprendido dentro de otros márgenes como la raza, la clase, edad y tradición.

¹ En este orden de jerarquías de la masculinidad, Norma Fuller señala que el único acto que expulsa a un hombre desde el margen de la hombría es la posición pasiva en una relación homosexual, en este punto se debe considerar que mucha culturas o subculturas consideran lícito el sexo homosexual, si éste asume la posición activa. De esta forma no es el objeto deseado lo que determina la identidad del deseo, sino el rol. Fuller, N., (2012), “Repensando el machismo Latinoamericano”, en *Masculinidades y Cambio social*. Ver otros textos: (1997) “Fronteras y retos: varones de clase media del Perú”, en Valdés, Teresa y Olavarría, José (Eds.); (1997) *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Santiago: Isis Internacional; (1998) “Reflexiones sobre el machismo en América Latina”, en Valdés, Teresa y José Olavarría (Eds.) *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago, Chile: FLACSO-Chile; (2001) “No uno sino muchos rostros. Identidad masculina en el Perú urbano”, en Viveros, Mara; Olavarría, José y Norma Fuller. *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Los hombres del bajo pueblo al carecer de aquellos elementos de poder que confiere el dinero y el linaje, adoptaron otros símbolos de prestigio asociados a la masculinidad, como el valor, la fuerza física y la competitividad. En muchas culturas estos valores representaban el "honor", adquiriendo su forma más reconocible en la figura del "héroe", quien se vence a sí mismo y a sus oponentes exhibiendo su fortaleza.

Sin embargo, este tipo de valor es una forma de violencia, ya que nace asociada a la agresión. El guerrero y el conquistador deben estar dispuestos a matar y a entregar la vida por un supuesto ideal superior. En la vida de muchos hombres la contienda, el dolor y la muerte son experiencias de formación. Por esto se considera que deben afrontar los rigores de la vida y la naturaleza, como signo de tránsito hacia la masculinidad.

Los relatos épicos e históricos se encuentran plagados de estas experiencias, donde los hombres adquieren un rol protagónico, generando leyendas con sus hazañas, sus conquistas o su entrega como mártires ante la Nación, los débiles o la familia.

En la historia de Chile se han presentado estos hitos heroicos como parte de la identidad nacional, asumiendo valores bélicos heredados de la tradición guerrera mapuche. Este discurso ha señalado al pueblo mapuche como la "raza guerrera", estableciendo un modelo de masculinidad, como parte de la "hombría" y el patriotismo.

El heroísmo en los relatos épicos exhibe los elementos tradicionales que la masculinidad ha adoptado como baluartes, marcando la norma heroica al cual aspiran todos los hombres: el modelo hegemónico de la masculinidad extendida hacia los conceptos de la patria y el bien superior.

En este ámbito, el valor es asociado íntimamente al ejercicio de la violencia, ya sea contra otros y otras, o contra sí mismo. El hecho de que un hombre se sienta impelido a dar la vida por conceptos abstractos considerados como superiores y universales como la patria, la familia y los débiles, es un acto de violencia máxima que algunos hombres asumen como parte del "deber ser". La autoagresión corporal o emocional, la superación de pruebas de masculinidad, los ritos de iniciación masculina o las competencias contra otros hombres en la eterna batalla de demostrar la hombría frente a sus pares, los llevan a afrontar batallas y luchas que muchas veces pueden terminar en la muerte.

En uno de los poemas escritos por el poeta popular Juan B. Peralta titulado *Combate de Hombre con dos Leones. Muerte de las Fieras. Desgraciado fin del Araucano* (pliego 79 año IV), se evidencian actos de valor y violencia como modelo a seguir de la masculinidad. En el poema se relata el caso de un “araucano” que lucha a muerte con dos leones.

El acontecimiento sucede en los bosques aledaños a Osorno, en el sur de Chile, representando la conquista del hombre sobre la naturaleza. En este punto es importante resaltar que el culto a la naturaleza y, en especial, a la vida de los colonos como hombres fuertes, capaces de afrontar los embates de los elementos es parte de un discurso higienista-racial establecido en Chile hacia la segunda mitad del siglo XIX. En este discurso se promovía una depuración racial a través del cuidado del cuerpo, la gimnasia, la alimentación y la actividad física, generando modelos de masculinidad aptos para la defensa de la patria. El imaginario del colono y el indígena fueron resignificados bajo estas teorías científicas estableciendo modelos de hombrías en cuanto a su fortaleza y valor.

Si bien el relato es probablemente ficticio, se establece como un modelo discursivo en torno a los procesos de constitución del Estado-Nación y la incorporación de las antiguas fronteras de la Araucanía. Es común en los relatos épicos situar hazañas sobre la masculinidad en ámbitos fronterizos o en zonas donde se hace necesaria la reivindicación nacionalista.² En consecuencia, Nación y masculinidad quedan unidas en torno a la figura del Héroe.

El protagonista de esta historia es Antonio Loy, llamado por el poeta “el valiente araucano”, quien se dispone a recolectar leña junto a un compañero. Al internarse Loy en la espesura del bosque se aleja de su amigo exponiéndose a grandes riesgos. A su regreso al sendero un león lo sorprende entre el follaje y, tal como señala el poema, “con bravura la reyerta iniciaron”:

Tranquilo Antonio venía
Cuando el rei de la montaña
Con cierto furor y saña
A su paso le salía.

² Para el caso del relato épico fronterizo ver “Cuerpos masculinos y acción en Pampa bárbara” Alejo Janin revista de la Asociación Argentina de estudios de cine y audiovisual N° 6 2012. http://www.asaeca.org/imagofagia/sitio/images/stories/pdf6/n6_dossier5.pdf

La batalla a sangre fría
Comenso con cierto ruido
Uno y otro enfurecido
Pelean de modo ruin
Y del rei del bosque por fin
Muerto en la reyerta a sido.

El triunfo de este hombre es doblemente meritorio, porque ha matado una fiera y, al mismo tiempo, al “rey del bosque”. El regicidio de Antonio Loy es digno de admiración, sin embargo, en el relato popular, este acto esperaría una venganza, significando el continuo duelo entre civilización y naturaleza.

Una vez que Loy ha dado muerte al *rei* y lo ha descuerado para llevarlo como trofeo de su hazaña viril, lo sorprende un segundo león, el cual cobra conciencia del crimen cometido por Loy y se dispone a tomar venganza:

Muerto ya el león mencionado
Antonio lo descueró
Y a sus espaldas llevó
El trofeo que ha alcanzado
Otro león mas esforsado
Valeroso y muy losano
Sale a matar al villano
Que a su amiguito mató
Y el combate se empeso
Del modo mas inhumano

En esta parte el heroísmo ya no es exclusivo del ser humano, el león, como soberano, también comparte esta virtud. En el poema se le describe como “valeroso y losano” y su fin es la “venganza justa”, por lo que cualquier acto de violencia -por su parte- se encuentra sublimada como un valor.

Antonio logra vencer al segundo León, pero esto le cuesta su vida. Herido de muerte es encontrado en el camino por su amigo, quien le socorre agonizante. El héroe entrega la vida en combate como el acto de consagración final que le constituye en modelo a seguir. De esta forma los hombres -en

cuanto a género- son impelidos a dar la vida si se requiriese por parte de valores supremos.

La bravura que -históricamente le hemos adjudicado al pueblo mapuche- se ve expuesta en este relato constituyendo un modelo de masculinidad asociado a la raza. Además, Loy es un hombre humilde, labrador, que vence la naturaleza mediante el trabajo duro y arduo, por lo que el trabajo y el esfuerzo son percibidos como valores de las clases populares.

La propia metáfora de vencer al rey de las bestias y del bosque, significa vencer a los elementos como: la lluvia, el hambre, el frío. Este "araucano bravo", como se le llama en el poema, doblega la naturaleza.

Muerto el león finalmente
Antonio de muerte herido
Triste el camino a seguido

Agonizando el valiente,
Su amigo precisamente
En un sitio lo esperaba
Cuando el pobre Loy llegaba
Como un Cristo ensangrentado
Y después de haber contado
Este suceso espiraba"

La muerte de Loy adquiere ribetes sagrados, comparando su hazaña con el sacrificio realizado por Cristo. Es él quien vence en el relato bíblico al demonio, representado como un furioso león que amenaza con devorar a la humanidad. Loy, al igual que Cristo, vence a este animal terrible, lo doblega y entrega su vida en este acto de heroísmo. El valor de un hombre es comparado con el valor de Dios.

Finalmente es necesario situar los niveles de poder en que se encuentra el protagonista de este relato. Loy se encuentra en varias categorías de poder como dominante y dominado, ya que es un hombre, representante de la clase popular, de la ruralidad y de la raza indígena estableciendo una relación de sumisión ante otros hombres pertenecientes a la clase burguesa, urbana y

criolla. Esta posición ante otros hombres dominantes, acerca a los hombres representados en la figura de Loy al ámbito de la feminidad, generando en ellos frustración. Sin embargo el relato sublima las claves identitarias raciales y populares del araucano generando una contra respuesta al modelo masculino constituido desde las agencias de dominación, es en sí un proceso de resignificación por arte de los hombres del sector popular para acceder a ámbitos de poder y prestigio.³

Para sostener el punto anterior debemos considerar el sector socio-cultural al que pertenecía Juan Peralta, el autor de este poema escrito hacia la década de 1880 como parte de un corpus literario conocido como la Lira Popular. Este tipo de escritos fue elaborado por poetas de los sectores populares, muchos de ellos emigrados del las zonas rurales a los centros urbanos, exponiendo en sus versos acontecimientos sociales, de interés social, amoríos, y cuentos extraordinarios.

Masculinidad y Libertad. El “Andarín Chileno”

Hacia mediados del siglo XIX se originaron fuertes transformaciones sociales y económicas en Chile producto de procesos como la urbanización, la flexibilización en las relaciones de inquilinaje en las haciendas, e intensas migraciones desde el campo a la ciudad. Estos sujetos debieron adaptarse a los nuevos escenarios sociales, generando nexos de solidaridad, de clase y género. El ser hombre y mujer adquirió nuevos significados. Al abandonarse las antiguas formas de dependencia entre patrón e inquilino, la libertad se constituyó en clave indentitaria de la masculinidad popular, oponiéndose al antiguo servilismo. Ser hombre significaba ser dueño de su propio destino.

Al irrumpir en grandes oleadas en las zonas urbanas, los hombres del bajo pueblo debieron adaptarse a las formas de producción y estilos disciplinados que imponía el sistema liberal burgués, desempeñándose como mano de obra para las faenas agrícolas, los establecimientos mineros o las obras públicas. Sin embargo su anhelo de libertad tornaba a este contingente

³Para el caso de la resignificación del imaginario masculino marginal y racial (negros, indígenas), véase a Mara Viveros Vigoya, *La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual*. Colombia. Revista latinoamericana de estudios de familia ISSN: 2145-6445 ed: centro editorial universidad de caldas v.i fasc.n/a p.63 - 81 ,2009 y *Negros. Corporalidad, Sexualidad y Orden Socio Racial en Colombia. ¿Mestizo Yo?* En: Colombia, ISBN: 958816718x Ed: Ces- Facultad de Ciencias Humanas- Un , V.1 , P.95 - 130 , 2000.

inconstante y poco disciplinado para los criterios de trabajo impuestos por las ideologías liberal-capitalista, por lo que el Estado y las élites empresariales se esforzaron por diseñar estrategias de reclutamiento y control, con el objeto de disciplinar a los trabajadores.

Los peones se opusieron a estas formas de coacción, ejerciendo la *huida* como mecanismo de evasión y resistencia. El vagabundaje y bandolerismo se convirtieron en prácticas de resistencia habituales de la masculinidad popular, negándose a la disciplina exigida por el sistema productivo, laboral y moral de la sociedad higienista del siglo XIX. Este tipo de hombres conocidos como gañanes o peones no se establecían a la sombra de un “patrón”, ni constituían familia en los ranchos o conventillos.

La realidad social y económica del bajo pueblo a fines del siglo XIX, generó muchos sujetos que transitaban entre el monte, las haciendas y los márgenes de las ciudades, “arranchándose” con alguna compañera para luego partir sin rumbo conocido.

El anhelo de libertad de la masculinidad popular no fue reconocido como un valor por las clases dominantes, sino más bien concebido como holgazanería y delincuencia; así muchos sujetos marginales como mendigos y vagos fueron condenados y encerrados en cárceles y casas de rehabilitación. El sistema liberal y capitalista había establecido un *ethos* del trabajo por lo que la vagancia y la mendicidad fueron consideradas faltas graves en el sistema de productividad.

La instalación de un “Ethos Protestante del Trabajo” hacia la década de 1870 en los círculos científicos y humanistas de las elites modificó todos los ámbitos sociales de las urbes de Chile como la educación, la familia y los espacios públicos, estableciendo casas de corrección y hospicios como ámbitos de disciplinamiento, la noción de trabajo como antídoto eficaz contra la ociosidad, considerada la causante de las lacras sociales como el alcoholismo, la prostitución, la sodomía, y la delincuencia en general. (Foucault, 1998, pp 90-91)

Por otra parte las prácticas de vagabundaje de la masculinidad popular tampoco contribuían a la producción formal de sujetos dentro de los cánones burgueses de la familia nuclear, ya que no se establecían a formar familias,

sino que practicaban el arranchamiento ocasional con alguna compañera que los asilara para luego emigrar hacia otra zona en busca de nuevas perspectivas laborales o simplemente de vida.

Las mujeres que emigraron de las zonas rurales a la ciudad, por su parte, se establecieron en las zonas marginales de las urbes, estableciendo ranchos y sobreviviendo como pulperas. En estos espacios asilaron a sus compañeros que huían del control de los hacendados. En este sentido, el historiador Gabriel Salazar señala que el sistema comercial establecido y las autoridades morales e higienistas establecieron una lucha en contra de estas mujeres para anular la competencia que significaban comercialmente, a la vez que eliminaban los espacios de resistencia, placer y solidaridad de bandoleros y vagabundo que permanecían temporalmente en sus ranchos:

Los informes de los jefes de patrulla, jueces y subdelegados no mencionan la existencia de casas de prostitución. La mayoría en cambio, denuncia las amistades ilícitas que se desarrollan entre comerciantes y peones y las pulperas, cocineras, vianderas y lavanderas que, casadas o no, operaban en la placilla. (Salazar, 1985, p.211).

Fuera de la resistencia masculina en base al vagabundaje existió otra práctica de la masculinidad popular tradicional en Chile, los caminantes simbolizados en el poema de Juan B. Peralta en la figura del “Andarín chileno”, personaje de la vagancia del siglo XIX quien recorría las tierras sin establecerse, encarnado el ideal de la libertad masculina, recorriendo libremente senderos, pueblos y llanuras. Su vagancia era signo de protesta contra el consumo y vicios de la sociedad moderna. Este sentido anti-sistémico se encuentra presente incluso en los relatos actuales de hombres que reniegan de las normas sociales y económicas en búsqueda de autonomía y libertad:

Estas condiciones no se acomodan al ritmo de vida que muchos acostumbran llevar, ya que los vagabundos se alejan o no admiten que se les imponga reglas, que los manden, que pauten su ritmo de vida y quehacer. Son ellos quienes determinan, por ejemplo, cómo y en qué ocupar su tiempo, a dónde ir, con quién juntarse, qué hacer, claro está, dentro de las posibilidades que implica vivir en la calle. En este sentido, son personas desligadas del mandato Rousseauiano del “contrato social”, son personas “libres” que prefieren no responder a ninguna institución o estructura establecida. Los vagabundos tienen en principio responsabilidad sólo consigo mismo, o en su defecto, y en base a relaciones esporádicas, con algunos pares con quienes comparten el ambiente y cotidiano de la calle. (Retamales Quintero, 2010, p.130).

Históricamente el género femenino ha sido asociado con la pasividad y la estabilidad y, en consecuencia, reclusas a los espacios privados en tanto los hombres han sido asociados a la actividad y la agresividad, considerando al ámbito público como su espacio afín y natural. En consecuencia, el ámbito de la masculinidad por excelencia es el espacio público, donde encuentran la autonomía que requieren para adquirir poder.

En un análisis comparado con las prácticas de la masculinidad de vagabundos actuales establecidos en el estudio del núcleo de antropología urbana de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, se señala que la calle se constituye en el ámbito de desarrollo de este tipo de masculinidades, ya que:

La calle parecía ser el único lugar al que pertenecían, era el único lugar donde parecen estar cómodos, el único lugar en donde pueden ejercer la libertad, ya que materializan la desvinculación con toda institución social, en especial de la Familia y el trabajo. (Núcleo de Antropología Urbana Universidad Academia Humanismo Cristiano Santiago, 2003, p.2).

Sin embargo el “Andarín Chileno”, presente en el poema de Juan B. Peralta, no es un vago común, tampoco es un fugitivo, es un corredor de caminos y de la vida, un competidor en busca de reconocimiento y honor.

Así lo expone el poeta en sus escritos:

El Andarin más famoso
Que a Chile se ha presentado
Por ahí anda humillado
Después de ser tan grandioso.
Este pobre pretensioso
Solo vino a meter bulla
Por hacer pues de la suya
Y ganar, que es lo que quiere,
Y al fin de miedo se muere,
Con el “El Tonto de la Allulla”.

Lo que se relata en el poema es la competencia entre dos contrincantes, uno local llamado “El Tonto de la Allulla” y el antaño reconocido “Andarín

Chileno”, quien ha recorrido todo el país demostrando sus hazañas y obteniendo honor.

En esta lucha podemos apreciar cómo se juegan el único signo de prestigio que tienen estos hombres: el reconocimiento, como forma de adquirir influencia y prestigio. Al carecer de otros mecanismos de poder como la riqueza y la influencia política, los hombres de sectores marginales deben acudir a signos de poder más reductibles, la fuerza y fortaleza de su propio cuerpo. Es por ello que la masculinidad popular se centra muchas veces en la violencia física como forma de obtener respeto y poder. Esto no quiere decir que hombres de otras condiciones sociales no ejerzan la violencia física con estos mismos fines, sino que estos últimos tienen muchas otras formas de canalizar el control y la dominación como patrones, jefes o líderes políticos o morales.

La reafirmación y reconocimiento se constituyen en prácticas esenciales de la masculinidad, necesarias para ser reconocidos como hombres por una comunidad de pares que ya han probado su hombría. Según señala la estudiosa de género Norma Fuller, la masculinidad se establece desde la “negación”, es decir, ser hombre significa “no ser mujer”, por lo que es necesario reafirmarse constantemente ante otros hombres en ritos de iniciación constantes, representados en la sociedad moderna, en las competencias deportivas, el servicio militar, las contiendas de pandillas e incluso en los hábitos y modales adoptados por los hombres en un grupo de amigos. Los fiscalizadores de estas conductas son denominados como “los policías del género” (Fuller, 2012, p. 124).

El Andarín se aferra al único medio que conoce para demostrar su hombría, la fortaleza física, por lo que la competencia representa todo un sistema simbólico de identidad de género vinculado a otros imaginarios superiores como la nación. Es por ello que porta en el pecho el emblema de su honor: una bandera.

Esta competencia representa el último duelo, corriendo el riesgo de ser humillado por el corredor local.

Con una banda en el pecho
Recorre Santiago entero
Como vago, el gran viajero,
Sin sacar ningún provecho
De Santiago, mui mal trecho,
Tendrá que irse muy lejos.
Yo al Andarin le aconsejo
Que se vaya a otra parte
Y no atropelle el baluarte
De su enemigo el "Vallejo"

La contienda está lista, pero el Andarín no está en sus mejores momentos, la edad y años de vagabundaje le han pasado la cuenta. Está agotado y frente a su competidor el "Vallejo" no tiene mucha posibilidad de victoria. En este contexto podemos apreciar que la vejez es considerada en este sistema simbólico del género como un ámbito de la feminidad asociado a la debilidad, la emocionalidad excesiva y la locura.

La carrera representa su propia vida que se extingue, sin embargo no tiene otra forma de alcanzar el honor, por lo que se presenta en la cancha de San Pablo para enfrentarse a sus competidores y a sí mismo.

En la cancha de San Pablo
Se le ha antojado correr
Y como no haya que hacer
Eso avisó el pobre diablo
En mis versos que le hablo
Al famoso corredor
Que con el Tonto mejor
No se venga aquí a estrellar
Porque no ha podido hallar
Plata ni menos valor.

Es claro que el poeta ha tomado partido por el héroe local e interpela al Andarín a abandonar la competencia, exponiéndolo en su deshonra, lo que afectaría gravemente su condición de hombría.

En este plano el honor individual se constituye en colectivo, ya que las glorias del vencedor representan (al igual que en “un partido de fútbol”) la honra de todos los hombres. No se trata solo de dos competidores, sino de una comunidad entera:

Tengo la seguridad
Que a este Andarín Chileno
Vencemos en cualquier terreno
Esto es la pura verdad

Esta forma de *integración* puede ser representada en los nacionalismos como forma de pertenencia. El Andarín se asume como “chileno” y defiende su honor como tal.

El triunfo es la única riqueza que poseen estos hombres. El Andarín debe competir, aunque cargue con las crisis de la masculinidad tradicional. La pobreza, la vejez y la cobardía, como dice el poeta, “no ha podido hallar plata, ni menos valor”.

Armas, Guerra y Masculinidad

Desde un análisis de género, lo masculino es comprendido en su más amplio sentido, como un sistema de relacionamiento, control y jerarquías. Ciertamente incluye a los hombres, pero también a grupos que detentan el control sobre otros individuos. En este sentido la masculinidad se aplica más bien hacia un sistema de relaciones poder.

A través de la historia, se han establecido ciertos códigos que encarnan los ideales que la masculinidad impone, estableciendo un vínculo entre quienes se reconocen y son reconocidos como “hombres”. Entre los rasgos principales que conforman este tipo de identidad se encuentra la violencia, la cual es sublimada como un valor en la figura del conquistador o el guerrero. De esta forma se concede un permiso social para que algunos hombres ejerzan la violencia individual o colectivamente.

Por otra parte la violencia masculina también representa el sello de identidad de un modelo de masculinidad, donde solo algunos alcanzan el reconocimiento como “hombres”. Este proceso en las sociedades primigenias es conocido como “rito de tránsito” –extensamente documentado por la antropología en diversas sociedades–, por lo que ser hombre no correspondería a una categoría *a priori*, sino un derecho ganado: “los hombres no nacen, sino que se hacen”.

Desde pequeños los hombres son obligados a asumir la imagen del soldado en los discursos ideológicos, históricos y educacionales. Valores como el coraje, la osadía y el paternalismo se convierten en el soporte de la identidad masculina. En las sociedades modernas estos ritos de iniciación han perdido su relevancia, pero no han desaparecido del todo, más bien se han disimulado en prácticas lúdicas o de camaradería, mediante éstas los hombres se hacen dueños de sí y de “su destino”. Son comunes en el relato masculino las expresiones de autonomía, soledad y autogeneración, donde la hombría se constituye en un proceso de lucha y control interno y externo.

Algunos autores como Moore y Gillette en su texto *La Nueva Masculinidad* (Moore y Gillette, 1993) han sugerido que la crisis de la masculinidad corresponde, precisamente, a la desaparición de los ritos de iniciación en las sociedades modernas (citado en Menjívar Ochoa, 2004, p.99). De esta forma cada vez que se produce una pérdida de los códigos tradicionales de la masculinidad hegemónica, se desencadena una reacción de la masculinidad basada en la violencia y la fuerza. Según señala el antropólogo y estudioso de la masculinidad, Rafael Montesinos, los ciclos de guerra y las revoluciones parece coincidir con procesos denominados por las agencias patriarcales como de decadencia y feminización

La guerra ha sido una forma tradicional de relacionamiento a través de la historia entre distintos pueblos y civilizaciones, por lo que muchos ritos de paso hacia la masculinidad están íntimamente conectados con el ejercicio bélico y el militarismo. Estas prácticas han permitido que muchos hombres adopten los signos tradicionales de su género basados en la violencia y el poder. Sin embargo, no todos asumen la guerra de una forma profesional o constante, por lo que se requiere recrear los ritos bélicos en “juegos de guerra” como el fútbol, los torneos bélicos y otras prácticas de competitividad.

Incluso, en tiempos de paz, los hombres juegan a la guerra con el fin de adquirir estos signos de prestigio. El servicio militar, por ejemplo, puede ser visto en nuestras sociedades como uno de los ámbitos propicios para alcanzar la hombría.

El “discurso de la masculinidad” establecido por las instituciones militares promueve la canalización de la agresividad y la fuerza mediante los ideales de la lucha y la competitividad, personificado en la figura del héroe, comprendido como una forma de sublimación de la violencia. Así se expresa en la agresión contra los otros, contra la naturaleza e incluso contra uno mismo, sometiendo a pruebas, castigos e inclusive a la muerte.

Michael Kaufman ha denominado a este proceso como “la Triada de la Violencia de los Hombres”, es decir, no sólo la violencia de los hombres contra las mujeres, sino que vinculada: “...a la violencia de los hombres contra otros hombres y a la interiorización de la violencia...”. Este factor de violencia actúa como ordenador de las jerarquías simbólicas de la masculinidad. Kaufman señala a este respecto: “De hecho, las sociedades dominadas por hombres no se basan solamente en una jerarquía de hombres sobre las mujeres, sino de algunos hombres sobre otros hombres” (Kaufman, 1999, p.2).

La guerra, por tanto, es un asunto realizado principalmente entre hombres y aunque claramente la dominación masculina pretende establecer control sobre las mujeres, Kaufman señala que el último fin de la dominación masculina es el dominio de otros hombres. Dado que el discurso patriarcal solo reconoce autoridad en una imagen masculina, el desarrollo de las hazañas que fortalezcan la masculinidad de un sujeto, como la conquista y la destreza en el combate, deben ser expuestas ante otros varones y, en consecuencia, el dominio de estos mismos varones es el mayor logro al que pueden aspirar, el sistema se convierte, en consecuencia, en un proceso de violencias y disputas.

Es por ello que la imagen del guerrero puede aportar un estatus dentro de los códigos sociales de la masculinidad y obtener con ello un status anhelado por muchos hombres. La guerra, en consecuencia, se constituye en un ámbito esencialmente masculino, concebido como signo de revitalización y virilidad. Estos actos de violencia mayor, tal como lo señala Connell, son

“transacciones entre hombres” con el objeto de conseguir un reconocimiento entre los pares (Connell, 1997, p.18).

En la historia de Chile apreciamos con claridad muchos de estos códigos de prestigio, asociados a las armas, la guerra y la masculinidad. La propia construcción de la leyenda militarista de la Guerra de Arauco, la Revolución de Independencia o la Guerra del Pacífico, marcan hitos en el imaginario nacional, posicionándonos como un pueblo guerrero signo de honor ante otras naciones. De esta forma la violencia de la guerra y los abusos que derivan de ella como violaciones, asesinatos, saqueos y ultrajes, son sublimados en el discurso histórico, narrando, únicamente, los hitos heroicos.

Por otra parte la agresividad y la violencia que los hombres usualmente emplean para solucionar sus conflictos tienden a justificarse mediante argumentos biologicistas, señalando que éstos serían más propensos a ejercer la violencia dada su propia naturaleza. Este tipo de violencia tiende a disimularse y a justificarse como parte de la esencia masculina, se podría pensar que no hay responsabilidad en la reproducción de ésta, sin embargo, tal como lo señala Michael Kaufman en su texto *Las Siete P's de la Violencia Masculina* (1999), la violencia se establece como un proceso casi imperceptible, del cual los hombres somos transmisores y responsables.

Ciertamente, tal como lo señala Kaufman, la violencia como sistema identitario no puede ser juzgadas de la misma manera que los actos violentos de individuos determinados, pero sí hay que señalar que muchos hombres están plenamente conscientes que el ejercicio de la violencia y la agresividad les confiere ciertos privilegios difíciles de ignorar. De esta forma la ordenación de la masculinidad se establece mediante una lucha constante de ajustes, donde ciertos grupos se atribuyen la representación y el control de la sociedad. Al respecto, Kaufman señala: “La violencia también es tejida en estas ideologías y estructuras por la sencilla razón de que les ha representado enormes beneficios a grupos particulares” (Kaufman, 1999, p.2).

La guerra, por otra parte, se encuentra asociada a una serie de tipos de violencias contra la sociedad civil, especialmente en contra de las mujeres, las cuales son “las sujetos” más vulnerables en esta diagrama del poder. No se puede separar fácilmente la guerra o el militarismo de otras formas

de violencia masculina como la violencia contra las mujeres en las regiones sumidas en conflictos bélicos, siendo muchas veces los veteranos de guerra los principales agresores, tanto en el ámbito público como en sus propios hogares.

Según señala Gayle Rubin en su clásico texto del *Tráfico de las mujeres* (Rubin, 1986) éstas son consideradas como un signo de intercambio entre dos hombres, idea derivada del estructuralista Levi-Strauss en las estructuras elementales del parentesco, siendo retomado por la antropóloga brasileña Rita Laura Segato en su texto *Las estructuras simbólicas de la violencia*. La violación, en consecuencia, se establece como el medio para poseer este objeto valioso.

Ciertamente la transacción de mujeres se ha establecido desde los primeros tiempos, como signo de estabilidad, pero también ha generado conflictos. Conocidos son los casos en la literatura universal de guerras iniciadas por el control de mujeres, como el “rpto de las sabinas” o “la guerra de Troya”, en ambos casos las mujeres son consideradas un signo valioso y su rpto y violación significa una afrenta al honor masculino de quien detenta su posesión, ya que inhabilita a esa mujer como transmisora del linaje masculino. También en la historia de nuestro país encontramos casos de apropiación de mujeres en campañas militares, aunque estos sucesos han sido pocas veces comentados por los historiadores tradicionales. Las malocas y malones eran a menudo incursiones militares de españoles o de indígenas en territorio enemigo, con el fin de rptar mujeres y niños, ambos concebidos como sujetos de la feminidad. En muchos casos éstos pasan a ser parte del botín de guerra de los soldados y del honor obtenido en sus hazañas de guerra.

Esta dominación es la base del prestigio y poder del sistema patriarcal, que insta a todo hombre a convertirse en un gobernante, ya sea de su propia persona, como de su familia o trabajo. Los sujetos que no adquieren el nivel de “conquistadores” son relegados a los ámbitos de la feminidad, generando en este proceso un espiral de violencia que tendrá como principal víctima a mujeres y otros hombres como homosexuales, enfermos, ancianos, lisiados,

débiles y niños. Todos ellos y ellas expuestos a la violencia y agresión de quienes detentan un sitio superior en la jerarquía simbólica del género.

Otro ámbito relevante que se asocia a los procesos identitarios de la masculinidad es la concepción del Estado Nación. En muchas ideologías nacionalistas los hombres son los encargados de mantener la defensa de la patria, no exclusivamente como guerreros profesionales, sino también como ciudadanos preparados y dispuestos a dar la vida por ésta. La propia concepción del Estado es asociado a la masculinidad, así lo señala Robert Connell al asegurar que:

El Estado, por ejemplo, es una institución masculina. Decir esto no significa que las personalidades de los ejecutivos varones de algún modo se filtren y dañen la institución. Es decir algo mucho más fuerte: que las prácticas organizacionales del Estado están estructuradas en relación al escenario reproductivo. La aplastante mayoría de los cargos de responsabilidad son ejercidos por hombres porque existe una configuración de género en la contratación y promoción, en la división interna del trabajo y en los sistemas de control, en la formulación de políticas, en las rutinas prácticas, y en las maneras de movilizar el placer y el consentimiento. (Connell, 1998, p.8).⁴

De esta forma asumimos que las propias instituciones y sus dinámicas de regulación y desarrollo adquieren formas masculinas, no sólo en su funcionamiento sino también en los agentes que se incorporan para su integración, principalmente hombres adscritos a un sistema heterosexista. En este punto es necesario señalar que no basta con la incorporación de mujeres u homosexuales al servicio público o a las estructuras institucionales para generar transformaciones en el sistema de gobierno y educación de una sociedad, ya que los sistemas de control en cuanto a la división de género asumen imaginarios independiente de lo biológico, incorporando a todos los sujetos en un sistema de orden basado en el modelo hegemónico del patriarcado. Así muchas mujeres u homosexuales reproducen una dinámica de producción patriarcal y heterosexista.

En conclusión podemos señalar que la masculinidad implica una serie de hábitos y valores que son asociados a construcciones sociales y de poder, estableciendo jerarquías dentro de estos mismos sistemas. La fuerza y la violencia determinan la posición que ocuparía cada individuo en este

⁴Consultar sobre este tema también: Franzway *et al.* 1989; Grant y Tancred, 1992.

diagrama simbólico, donde lo masculino relega a lo femenino a un segundo plano.

Armas e Identidad

A los hombres se les familiariza desde pequeños con el uso de armas mediante juegos, historias, películas y programas de televisión que reafirman en ellos la idea de que “ser hombres” significa ser guerreros, ejerciendo el control no solo sobre las mujeres sino también sobre otros hombres que se consideren vulnerables y posibles de vencer y conquistar (débiles, niños, enfermos, homosexuales). En esta dinámica muchos hombres recurren en momentos de crisis al uso de armas para afirmar una identidad masculina que sienten amenazada por el desempleo y la pérdida de poder (derivada del ejercicio de la misma violencia).

Este imaginario se encuentra tan arraigado en nuestras estructuras que ha suscitado un modelo de masculinidad ligado a la defensa y la guerra. La imagen del soldado es asociado intrínsecamente con la masculinidad heterosexista, la que traspasa el ámbito de lo biológico hacia lo social. Tal como lo señala Conell respecto al rechazo de los homosexuales en las fuerzas armadas:

La estructuración genérica de la práctica no tiene nada que hacer con la reproducción en lo biológico. El nexo con el escenario reproductivo es social. Esto queda claro cuando se lo desafía. Un ejemplo es la lucha reciente dentro del Estado contra los homosexuales en el ejército, es decir, las reglas excluyen a soldados y marineros a causa del género de su opción sexual. En Estados Unidos, donde esta lucha ha sido más severa, los críticos argumentaron en términos de libertades civiles y eficacia militar, señalando que en efecto la opción sexual tiene poco que ver con la capacidad para matar. Los almirantes y generales defendieron el statu quo con una variedad de motivos espúreos. La razón no reconocida era la importancia cultural de una definición particular de masculinidad para mantener la frágil cohesión de las fuerzas armadas modernas. (Conell, 1997, p.8).

Se trata de un modelo de masculinidad asociado estrechamente a la concepción de la competitividad y por tanto vinculado a conceptos de dominio y agresión. David Gilmore sostiene que la masculinidad tradicional conlleva a una obligación por parte de los hombres a no rehusar la contienda

y a exhibir un carácter de heroísmo y coraje que evidencie su valor. Además de asumir la competencia y tener éxito en ella (Gilmore, 2008, p.33).

En este ámbito de la conquista y la intimidación poseer un arma resulta particularmente atractivo como estrategia para obtener el respeto y la seguridad que no podrían conseguir de otra manera. El arma actúa como un elemento de poder para cierto tipo de hombres que carecen de otros elementos para acceder a ámbitos de dominio. La violencia física se constituye, en consecuencia, en un elemento de poder para hombres que se encuentran desposeídos de otros signos de dominio como el dinero o el estatus social, por lo que la única forma de ejercer control es a través de la violencia física. El arma en sí se configura como el signo del poder y en consecuencia del honor.

Punto importante en este discurso son las tecnologías desarrolladas para desempeñar actividades como la caza y la guerra, los cuales satisfacen las necesidades de subsistencia y dominio. Estas armas fueron elaboradas con el fin de cazar y de proporcionar defensa, constituyéndose una casta de hombres calificados. La guerra y la caza, en consecuencia, son el signo de la división del trabajo y los roles de género, asociando las armas y sus prácticas a la masculinidad.

Es en este contexto las armas adquieren un valor ligado a la identidad de su portador, la propia etimología de la palabra arma deviene del plural en latín *armum*, relacionado con la palabra *armus* que significa hombro y brazo superior. De esta forma el arma es considerada una extensión del propio cuerpo, una parte íntegra del combatiente.

En distintas culturas apreciamos ritos de iniciación que instituyen al guerrero o cazador como portador de un arma, lo que le relaciona con una serie de pericias y valores como la valentía, el poder, la destreza, la fuerza, etc. Un ejemplo de esto es la figura del "Caballero" la cual se constituyó como ícono de la ética heroica en Occidente. En la ceremonia de iniciación, que incluía una vigilia en la capilla ante el altar y las armas que asumiría en defensa de los débiles y la gloria de Dios, el caballero reflexionaba sobre su vida y se purificaba para compartir la esencia divina (*númina*). Las armas eran consagradas junto a la persona del caballero, estableciendo un nexo indisoluble entre estos.

Estos ritos sagrados pueden ser apreciados, incluso, en culturas no mediterráneas, como los aztecas. Los guerreros Mexicas, por ejemplo, eran divididos en dos clanes bélicos: los águila (cuauhtli, cuauhteuctli) y los jaguares (ocelopilli), cada miembro del respectivo clan adquiriría simbólicamente las habilidades y proezas de su animal totémico. En este ámbito las armas utilizadas, más que herramientas, son consideradas atributos del guerrero, constituyéndose en el símbolo del honor personal. Este concepto se unió en los discursos tradicionales (épicos e históricos) al imaginario del conquistador.

En el texto de *Masculinidad a Debate*, Krin Gabbard sostiene que el arma, como signo de la masculinidad, proviene de la metáfora de la exploración fronteriza y del conquistador, ya que la aventura y el coraje son valores propios de la identidad hegemónica masculina y se encuentran presentes en todos los relatos heroicos. Para explorar nuevas tierras es necesario portar un arma, ya que la conquista requiere asumir una postura ofensiva. La conquista no es un acto pasivo, requiere del enfrentamiento con los conquistados, quienes no renunciarán a su autonomía fácilmente, es por ello que se considera a las armas como una necesidad de ofensa y defensa. En este contexto las armas se constituyen en la herramienta más eficaz para abrirse paso, no solo en la guerra, sino también en la vida (Kring Gabbard, 2008, p.63).

La hombría, en consecuencia, no es una identidad pasiva. Requiere el enfrentamiento contra otros hombres, quienes no renunciarán a un sitio de poder y dominio fácilmente. En este contexto el cuerpo es asumido como un espacio de conquista, por lo que muchos hombres anhelan dominar y someter a otros sujetos, como si estos fueran tierras por explorar. Bajo estas premisas se puede asumir al desarrollo armamentista como una estructura del poder, asociado claramente a la identidad de género.

Conclusiones

En este artículo hemos establecido los tres vértices de la identidad masculina tradicional: el heroísmo u honor, la violencia (como ordenador social) y la libertad, que asocian la masculinidad a los espacios públicos y al control del destino y del mundo.

La hombría se articula desde la dominación, en primer término de la propia vida, por lo que la libertad para ejercer “nuestro destino” se constituye en una premisa esencial. Es común en los relatos de hombres que estos señalen que se han formado a sí mismo en la escuela de la calle o de la vida, donde han enfrentado las adversidades y han salido victoriosos. Desde ese momento solo reconocen la autoridad de otros como ellos, es decir, quienes hayan superado las pruebas de la vida.

La calle se constituye en el espacio masculino por excelencia y, en consecuencia, un espacio peligroso y violento donde solo algunos hombres pueden mantener el centro y el dominio excluyendo a las mujeres y a otros hombres considerados más débiles o femeninos.⁵ La calle es el espacio en el cual se desarrollan los grandes acontecimientos, el ámbito de lo público y del mundo. En este escenario se despliegan los signos del poder estableciendo los códigos relacionales, siendo el acto de apropiación de los espacios públicos, por parte de los hombres, en sí un acto de rebeldía. A su vez la calle representa, también, un espacio de libertad y de expresión. Acceder a ella y librarse de las regulaciones impuestas por el sistema de ordenamiento significaría acceder a un ámbito de poder y reivindicación.

El heroísmo y el honor, en tanto, se establecen como el modelo hegemónico sublimado, en él se contienen los elementos de violencia justificados bajo el velo del patriotismo, el valor y “deber”. De esta forma nos constituimos en guerreros para conquistar el mundo que nos rodea (la naturaleza, las civilizaciones, a hombres y mujeres).

Finalmente la violencia se sitúa como dínamo y ordenador de este sistema de la masculinidad actuando como un ordenador social. De esta forma el poder derivado del ejercicio de la violencia se constituyen en el reflejo de lo masculino. Los hombres anhelan el poder por los beneficios

⁵ El caso de la agresión y muerte de Daniel Zamudio (homosexual muerto en Santiago de Chile en marzo del 2012 y que generó un amplio movimiento social) es emblemático ya que su ataque responde más que a un acto de rechazo de su opción sexual a un aleccionamiento de conducta por parte de los sujetos dominantes (hombres heterosexuales). Recordemos que en la declaración de uno de los imputados se señaló que ellos le advirtieron que se fuera de ese parque, un espacio público reservado al heterosexismo, como Daniel no acató la advertencia fue castigado. ^probablemente este mismo acto de disciplina miento en otro momento histórico o cultural hubiese sido bien percibido por la opinión pública y social. Ver Duran, Manuel, Dossier “Violencia y Terror sobre los Cuerpos” Nomadías 13. Universidad. de Chile.

que conlleva y comprenden tempranamente que la única manera de retener estos privilegios es ejercer la violencia no solo contra lo femenino (mujeres, débiles, ancianos, niños, homosexuales), sino también contra otros hombres, estableciendo un orden jerárquico, donde el modelo del "héroe" se establece como paradigma. Fuera de este diagrama se encuentra lo abyecto, lo expulsado de lo masculino, (homosexuales pasivos) quienes han perdido su calidad de hombría. Esta violencia es disimulada por los valores del heroísmo, concediendo una licencia hacia la violencia masculina. Es así que los hombres pueden ser violentos si actúan como guerreros, defensores, ajusticiadores, vengadores, educadores (con la esposa y los hijos) o patriotas. La nación se comprende en consecuencia como co-relato de la masculinidad.

Referencias

Academia Humanismo Cristiano Santiago, Núcleo de Antropología Urbana.

(2003). *Masculinidad(es) en los vagabundos del barrio Franklin*.

Badinter, E. (2002). *XY La identidad masculina*. Alianza Editorial, Madrid.

Bourdieu, P. (2000). *La Dominación Masculina*. Ed. Anagrama, Barcelona.

Bourdieu, P. *La Dominación Masculina*. (Artículo) 1998. CEME Centro de Estudios Miguel Henríquez. En: Archivo Chile Historia Político Social. Movimiento Popular consultado julio 2013 en http://www.archivochile.com/Mov_sociales/mov_mujeres/doc_gen_cl/MSdocgencl0011.pdf

Connell, R. W. *La Organización Social de la Masculinidad*. En: Valdés, Teresa y Olavarría, José. (1997). ISIS-FLACSO Ediciones de Mujeres / Santiago de Chile, Chile.

Foucault, M. (1998). *Historia de la Locura en la Época Clásica, Tomo I*. F.C.E. México.

Diamond, J. (1998). *Armas, gérmenes y acero o Armas, gérmenes y acero: breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años* (título original en inglés: *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies*, -*Armas, gérmenes y acero: El destino de las sociedades humanas*).

Durán, M. (2012). Dossier "Violencia y Terror sobre los Cuerpos" Nomadías 13. Univ. de Chile.

Fuller, N. (2012). "Repensando el Machismo Latinoamericano". *Masculinidades y Cambio social*.

Fuller, N. (2002). "Adolescencia y riesgo: reflexiones desde la antropología y los estudios de género. (En: José Olavarría, ed. *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*.)" Chile: FLACSO, 2003. pp.71-84.

- Gabbard, K.** (2008). *Hombres de película, en Masculinidades en Debate* Àngels CARABÍ y Josep M. ARMENGOL (eds.) Barcelona: Icaria
- Goicovic, I.** (2011). "Ámbitos de Sociabilidad y Conflictividad Social en Chile Tradicional. Siglos XVIII y XIX" CEME Centro de Estudios Miguel Enríquez. Archivo Chile. Consultado en: http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/goicoi/goico0013.pdf el 15 de diciembre
- Gilmore, D.** (2008). *Culturas de la masculinidad*, David Gilmore. En: Àngels CARABÍ y Josep M. ARMENGOL (eds.) *Masculinidades a Debate*. Barcelona: Icaria.
- Gillette, D.; Moore, R.** (1993) "La Nueva Masculinidad" Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
- Kaufman, M.** (1999). *Las Siete P's de la Violencia de los Hombres*, Traducción de
- Laura E. Asturias.** Consultado en 27 de julio 2013. <http://www.michaelkaufman.com/wp-content/uploads/2009/01/kaufman-las-siete-ps-de-la-violencia-de-los-hombres-spanish.pdf>
- Museo de Concepción.** *Reseña de Noventa Años Común*. Mus. Reg. Concepción 6:35-62. 1992 Primera y Segunda Parte.
- Menjívar Ochoa, M.** *¿Son posibles otras masculinidades?* Rev. Reflexiones 83 (1): 97-106, ISSN: 1021-1209 / 2004.
- Montesinos, R.** (2012) *Los enfoques de la Masculinidad* En: «Los Retos de la Masculinidad», Editorial Gedisa, Barcelona, http://www.guerradelpacifico1879.cl/consultado_en_febrero.
- Navarrete, M.** (1999). *La Lira Popular. Poesía Popular impresa del Siglo XI*. Colección Alamiro de Ávila. Dibam, Santiago de Chile.
- Olavarría, J.** (edc.). (1997). *Masculinidad/es: poder y crisis*, Cap. 2, ISIS-FLACSO: Ediciones de las Mujeres N° 24, Santiago de Chile pp. 31-48.

De Ramón A. (2000). *Santiago de Chile*. Editorial Sudamericana. Santiago de Chile.

Peralta, Juan B. "El andarín chileno" "Combate de un hombre con dos leones". Lira Popular Pliego 79. Link a *Colecciones Digitales del Archivo de Literatura Oral*. Pliego 79. http://coleccionedigitales.cl/R/STQD9CYAM7CYXCX2D32ABJPKAYK1QS3L5L2KD8AJCR1FBJNT5F-02490?func=results-jump-full&set_entry=000001&set_number=000048&base=GEN01

Quijada, Mónica. (2003). "Inventando la Nación. Iberoamérica siglo XIX". En: *Dinámicas y Dicotomías de la Nación*. F.C.E. México.

Retamales Quintero, Francisca. "Vagabundos, mendigos y torrantes; Configuraciones sociales del habitar la calle en el Barrio Puerto de Valparaíso". Tesis de licenciatura Escuela de Antropología Universidad de Humanismo Cristiano. 2010. <http://bibliotecadigital.academia.cl/simplesearch?query=Masculinidad%28es%29+en+los+vagabundos+del+barrio+Franklin&submit=Buscar+>

Rubin, Gayle. (1975). *El Tráfico de las Mujeres. Notas sobre la Economía Política del Sexo*. Reiter Rayana (Comp.) *Toward and Anthropology of Women*, Monthly Review Press. Nueva York.

Salazar, G. (1985). *Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. LOM Ediciones, Santiago de Chile.

Salazar, G. (1999). *Historia Contemporánea IV. Masculinidad y feminidad*, LOM ediciones.

Salinas, M. (1981). *Canto a lo Divino y Religión Popular en Chile*. Santiago de Chile. Ediciones Rehue.

Subercaseaux, B. "Raza y Nación el caso de Chile" *Revista A Contra Corriente*, Vol. 5, No. 1, Fall 2007, 29-63.

Stuven, A.M. (2000). *La Seducción de un Orden*. Ediciones Universidad Católica, Santiago.

Viveros Vigoya, M. (2009). *La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual*. Colombia. Revista latinoamericana de estudios de familia ISSN: 2145-6445. Ed.: Centro Editorial Universidad de Caldas, v.i fasc.n/a pp.63-81.

Viveros Vigoya, M. (2000). *Dionisios Negros. Corporalidad, Sexualidad Y Orden Socio Racial En Colombia. ¿Mestizo Yo?* En: Colombia Isbn: 958816718x Ed.: Ces- Facultad De Ciencias Humanas- Un, V.1, pp.95-130.

**Tecno-génesis y antro-po-génesis en Bernard Stiegler:
O de la mano que inventa al hombre**
Techno-genesis and antro-po-genesis in the work of Bernard
Stiegler: Or how the hand invent the human

Marcela Rivera Hutinel*

Resumen

A partir de una revisión de la lectura del *Discurso sobre el origen de la desigualdad* que Bernard Stiegler propone en *La técnica y el tiempo*, y que establece un diálogo explícito con el abordaje deconstructivo que Jacques Derrida hace de la obra de Rousseau en *De la gramatología*, el presente ensayo procura reflexionar sobre el modo en que la tradición metafísica ha denegado el problema de la técnica, obturando la pregunta por el nexo entre la historia del hombre y la historia de sus prótesis. Desde esta matriz deconstructiva de pensamiento de la técnica, se intenta pensar que la mano no pertenece simplemente al hombre, no es mano «humana», sin que el hombre sea a su vez un producto, una *invención* de la mano.

Palabras clave: tecno-génesis, antro-po-génesis, tecnicidad originaria, mano, invención del hombre.

Abstract

In the text *Technic and Time*, Bernard Stiegler proposes a reading of *Discourse about the origin of inequality* establishing an explicit dialogue with

*Licenciada en Psicología y Filosofía, Pontificia Universidad Católica, Chile. Docente del Departamento de Filosofía de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, de la Licenciatura en Teoría e Historia del arte de la Universidad Alberto Hurtado y de la Carrera de Sociología de la Universidad Arcis. Doctorando en Filosofía mención Estética y Teoría del arte, Universidad de Chile (Beca Conicyt). E-mail: mriverahutinel@gmail.com.

the deconstructive approach that Jacques Derrida makes of the work of Rousseau in the his *Grammatology*. From a reading of the Stiegler's text, in this essay I intend to think about the way in which metaphysical tradition has denies the problem of technique by opening the inquiry for the relationship between the history of mankind and the history of its prosthesis. From the deconstructive matrix developed by Derrida and Stiegler on the thinking about technique, this essay proposes to think on that the hand not simply belongs to a man, not just a "human hand", but man is also its product, a hand's invention.

Key Words: techno-genesis, antro-po-genesis, originary technicity, hand, invention of the human.

Tal como está constituido, este par [de manos] no solamente ha servido a los propósitos del ser humano, los ha ayudado a nacer, los ha precisado, les ha dado forma y figura. El hombre ha hecho la mano; quiero decir que él la ha separado poco a poco del mundo animal, la ha liberado de una antigua y natural servidumbre, mas la mano ha hecho al hombre. [...] entre la mano y el espíritu las relaciones no son tan simples como las que existen entre un jefe obedecido y un dócil servidor.

Henri Focillon, *Elogio de la mano*.

La prótesis no es una simple prolongación del cuerpo humano, es la constitución de este cuerpo en tanto que «humano» (las comillas pertenecen a la constitución). Ella no es un «medio» para el hombre, sino su fin, y se conoce la esencial equivocidad de esta expresión, «el fin del hombre».

Bernard Stiegler, *La técnica y el tiempo I. La falta de Epimeteo*.

“Cuáles son los límites donde el cuerpo del yo humano puede detenerse...”

En Junio de 1947, un año después del cese de su confinamiento en el psiquiátrico de Rodez, Antonin Artaud esboza las siguientes líneas: “El rostro humano todavía no encontró su cara [...] Hace mil y mil años que el rostro humano viene hablando y respirando y uno todavía tiene la impresión de que no ha empezado a decir lo que es y lo que sabe” (Artaud, 1996, p.21).

El pasaje forma parte de un breve ensayo titulado «El rostro humano», que quedó registrado en la plaqueta que acompañó la exposición de sus dibujos en París en julio de ese mismo año. El rostro del hombre, afirma Artaud en dicho texto, no ha contado aún el secreto de esa *vieja historia humana* que se presume entrelazada a cada una de sus cavidades; mil y mil años han pasado, y ningún pintor en la historia del arte ha sido capaz de suscitar este relato. Esa será –nos dice– su tarea, el afán de sus retratos: desencadenar, con cada golpe vacilante de su trazo, la enunciación de esta vieja, larga historia. Artaud contraviene así toda presunción respecto del rostro como marca inalterable de la *humanidad del hombre*, como rasgo cuya propiedad definiría, en su invarianza, las fronteras de aquello que lo humano *es*, forzándonos más bien a pensar en una *historia del rostro* que permanece de suyo inacabada, abierta como los diversos orificios que lo surcan: ojos, nariz, boca, oídos, abocados a la pesquisa infatigable de una cara que *aún no llega*. Es entonces que Artaud manifiesta su perplejidad respecto de los bordes que separan al cuerpo del hombre del torbellino de su afuera; en lo que concierne a dicho cuerpo, señala, parece no haber certeza respecto de los límites donde éste se fija: “Algunas veces, junto a las cabezas humanas, he hecho aparecer objetos, árboles o animales, porque todavía no estoy seguro de *cuáles son los límites donde el cuerpo del yo humano puede detenerse*” (Artaud, 1996, p.22). Enseguida veremos que es en esta hesitación ante los *confines* de lo humano que despunta la afinidad entre Artaud y Bernard Stiegler; será en este temblor de un borde que parece sustraerse o desdibujar su línea donde sus andaduras se crucen. En ambos, cabrá barruntarlo, la fuerza de este seísmo parece capaz de abrir las puertas de su pensamiento.

De modo que, si se ha elegido esta pregunta como punto de partida del presente ensayo sobre el trabajo filosófico de Bernard Stiegler, es en tanto que ella parece reverberar en el fondo mismo de las reflexiones desplegadas en su obra *La Técnica y el Tiempo* (extenso ensayo en tres volúmenes publicado entre 1994 y el 2001, y cuyo vórtice gira en torno a esa *trama de artefactos* que condicionan la relación entre el hombre y la materia). Stiegler procura elucidar allí el modo en que la historia del hombre se enlaza a la historia de sus prótesis, interrogando en qué medida estos *órganos técnicos* –desde el

primer fragmento de sílex tallado hasta los actuales sistemas de producción hiperindustrial- resultan *discernibles* de aquello que llamamos lo «humano», hasta qué punto, en otras palabras, esos soportes técnicos serían *disociables* de esta forma de lo viviente, de ese cuerpo llamado humano, que ellos vendrían a suplementar. Tal es, señala Stiegler, “la dificultad misma de nuestra cuestión: el hombre, la técnica. ¿Dónde comienza(n), dónde termina(n) el hombre - la técnica?” (Stiegler, 1994, p.112). Esta pregunta, en la que atisbamos el eco de la vacilación artaudiana ante la *unidad* o la *indivisibilidad* de las fronteras que delimitan lo humano, es bosquejada por Stiegler en el primer volumen de su libro, que lleva por nombre «La falta de Epimeteo», en el marco de una revisión del *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* de Jean-Jacques Rousseau y, más precisamente, del carácter aporético de la cuestión antropológica que este texto de 1754 despliega. Esta interrogante –“¿dónde comienza(n), dónde termina(n) el hombre - la técnica?”- se hallaría, subraya Stiegler, alojada igualmente en el texto de Rousseau, aunque ella, lo veremos, parezca eludirse en su potencia deconstructiva, cada vez que en dicho texto se intenta captar al hombre en el umbral de su nacimiento, “tal como ha debido salir de las manos de la naturaleza” (Rousseau, 2002, p.32).

En el prefacio de su *Discurso*, Rousseau afirma que, con vistas a conocer la fuente de la desigualdad entre los hombres, es preciso “deslindar (en francés, *démêler*: separar aquello que se presenta mezclado) lo que le viene [al hombre] de su propio fondo”, lo que pertenece, por consiguiente, a su *constitución original*, a su *naturaleza*, de “lo que han añadido o cambiado en su estado primitivo las circunstancias y el progreso” (Rousseau, 2002, p.21). *Debe* haber, según las indicaciones del ginebrino, una naturaleza del hombre *anterior* a las transformaciones que han inoculado en ella “todos los progresos de la especie humana”, una constitución esencial *previa* a la serie de alteraciones suscitadas por aquel devenir artefactualmente constituido (Rousseau piensa aquí en los efectos perversos de las instituciones que provocan tales cambios: la industria, la medicina, las leyes). Debe ser posible, en consecuencia, “separar -la palabra utilizada es nuevamente: *démêler*- lo que hay de originario y artificial en la naturaleza actual del hombre” (Rousseau, 2002, p.22), aún cuando ante esta tarea que el filósofo se impone,

deba afrontar la siguiente contrariedad: el alma humana, tal y como ésta se muestra en el presente, y a raíz del despliegue de esos mismos artificios, ha prácticamente perdido su *semblante originario*. De la naturaleza del hombre *antes* del cambio, se lamenta Rousseau, poco o casi nada se conserva, ya que, “de igual forma que la estatua de Glauco, a la que el tiempo, el mar y las tempestades habían desfigurado tanto que parecía menos un dios que una fiera salvaje, así el alma humana [...] por así decirlo *ha cambiado de apariencia hasta el punto de ser casi irreconocible*” (Rousseau, 2002, p.21). El autor del Discurso no declara, como lo hace Artaud con la mirada puesta en sus retratos, *que el rostro humano aún no encuentra su cara*, sino más bien que el alma del hombre ha perdido indefectiblemente la suya, mostrando una faz corroída por lo artificial, lo mediato, la técnica y lo protético que *las circunstancias y el progreso* han introducido en ella. Rousseau quisiera limpiar el moho que encubre y corroe la naturaleza actual del hombre, signada por su ingreso en la técnica. Ahora bien, es precisamente por este *gesto*, que anhela discernir entre lo originario del hombre y su devenir artefactual o artificial, que Rousseau comporta, para Stiegler, una cierta ejemplaridad en la tradición filosófica, al punto que este texto de 1754 se ofrece al lector como “un excelente arquetipo del discurso de la filosofía sobre la técnica”:

El *Discurso sobre el origen de la desigualdad* pertenece a esta tradición para la cual, en el origen, no hay más que la caída fuera del origen, momento aporético, y donde esta aporía siempre se anquilosa finalmente en una mitología que opone dos momentos: aquel de la pureza, aquel de la corrupción –del antes, del después, mas el punto que los separa se presenta siempre ya diluido. Es un excelente arquetipo del discurso de la filosofía sobre la técnica, que cuenta por medio de una ficción, sino por medio de un mito, cómo al hombre de la pura naturaleza le sigue por una caída el hombre de la cultura, de la técnica y de la sociedad. (Stiegler, 1992, p.112).

Todos los discursos metafísicos habrán procedido de este modo: enfrentados al *problema del origen*, a esa “cuestión de su origen [que] siempre oprimió la garganta del pequeño hombre” -la expresión es de Pascal Quignard (2006, p.24)-, estos discursos procuran disolver la aporía que subyace a ese umbral por siempre traspasado, a ese *punto* que se quiere asir pero que *se presenta siempre ya diluido*, y lo hacen *anquilosando*, endureciendo esta aporía, por medio de una partición. La tradición metafísica se definiría, entonces, por

esta denegación de la aporía del origen, y por el consiguiente establecimiento de una *lógica oposicional*, que separa, de un lado, lo que *sería* de suyo originario -el *arché*, lo más antiguo, lo que, siendo [en] el principio, permanece simple, puro, intacto- y, del otro, aquello que, interrumpiendo ese orden primordial, sobrevendría en un *segundo momento*, socavando la pureza inescindida, indemne, de ese mismo origen. De modo que, lo que viene *después* de ese momento originario, es mentado siempre por la metafísica como una *herida*, como una *falta*: se lo llama «caída», «pérdida», «olvido», «accidente». Piénsese aquí, a sugerencia de Stiegler, en el *mito del alma alada* que Platón relata en el *Fedro*, mito que describe cómo el alma pierde sus alas cuando. “por un extravío funesto” [248c], “no puede volver a la estancia de donde ha partido” [248e]; el alma, entonces, caída fuera del origen, establece su morada en un cuerpo terrestre; piénsese, asimismo, en la oposición que este mismo diálogo establece entre la *anamnesia*, la memoria viva, y la *hipomnesia*, esa técnica de memoria que comparte los mismos defectos del cuerpo, puesto que agudiza el *olvido del origen* en el que el alma se encuentra. El *Fedro* de Platón, por cierto, no significa para Stiegler un mero ejemplo entre otros, sino la más antigua enunciación de una tradición filosófica que “ha denegado -el término francés es *refoulé*: reprimido, rechazado- la técnica como objeto de pensamiento” (Stiegler, 1994, p.11). Es contraviniendo a esa “metafísica que nace en el *Fedro*”, que Stiegler va a recurrir al mito de la falta de Epimeteo que Platón refiere en el *Protágoras*, dando cuenta de que allí se emplaza otro pensamiento referente a la proteticidad. Según este mito, los hombres serían el producto de una *doble falta*: cuando Zeus pidió al titán Prometeo que hiciera aparecer a los seres vivos que no son inmortales, confiándole unas cualidades para que las distribuyera entre ellos, Epimeteo, su hermano, que le había pedido encarecidamente encargarse de la distribución, agota el reparto entre los animales privados de razón (los llamados *aloga*), y *olvida* guardar una cualidad para los hombres. Prometeo, entonces, trata de compensar el *olvido de Epimeteo* yendo a *robar* a Atenea y a Hefestos el secreto de las artes y el fuego, es decir, la técnica. La falta de Prometeo -el robo del don de la tecnicidad- procura suplementar la falta de Epimeteo -el olvido de la especie humana. Estas dos faltas, señala el autor de *La técnica y el tiempo*, tramarían la

falta de origen que afecta a los mortales que nosotros somos. Escribe Stiegler: “Este olvido accidental, generador de prótesis y artificios que subsana una carencia de origen, es también el origen de la hipomnesia, que más tarde Platón opondrá a la anamnesia del origen. En oposición a la metafísica que nace en el *Fedro*, el mito de la falta de Epimeteo dice que *en el origen sólo hay una carencia originaria de origen y que el hombre, sin cualidad, sólo es por defecto: deviene*” (Stiegler, 2005, p.34).

Cabe notar que, con respecto a aquel gesto metafísico que deniega la aporía del origen trocándola en oposición, es explícito el diálogo que Stiegler sostiene con el pensamiento de Jacques Derrida y, particularmente, con la lectura que éste hace, en *De la gramatología*, de los textos de Rousseau. Stiegler -que señala en la apertura de su libro que “Jacques Derrida ha hecho posible este trabajo, y no solamente por su obra” (Stiegler, 1994, p.12)- procura reactivar en su lectura del *Discurso* las «paradojas del suplemento» que la deconstrucción derrideana ya había vuelto patentes en el relato rousseauiano sobre el *origen* del hombre. Derrida expone, en aquel texto de 1967, el carácter paradójico de lo que Rousseau mienta cada vez bajo la categoría de «suplemento», mostrando que si bien el discurso rousseauiano declara que este suplemento *habría debido* no anexarse a la plenitud indemne del origen, la literalidad del texto signado por Rousseau parece más bien afirmar que lo que se concibe como *mero añadido* irrumpe desde el fondo de los tiempos, impugnando con esta intrusión tanto la simplicidad del origen como la exterioridad del suplemento:

La metafísica -apunta Derrida leyendo *El ensayo sobre el origen de las lenguas* de Rousseau- consiste entonces en excluir a la no-presencia determinando al suplemento como *exterioridad simple*, como pura adición o pura ausencia. *Lo que se añade no es nada, puesto que se añade a una presencia plena, a la que es exterior [...]* La paradoja es que se anule la adición por considerarla como una pura adición [...] El concepto de origen o naturaleza, no es más que el mito de la adición de la suplementariedad anulada por el hecho de ser puramente aditiva. (Derrida, 1971, p.211).

De modo que, si el *Discurso sobre el origen* es, para Stiegler, “un excelente arquetipo del discurso de la filosofía sobre la técnica”, lo es en tanto que recurre a la *ficción* o al *mito* de un hombre originario cuyos atributos no guardan relación alguna con la *tecnicidad*. Aquí, la idea de una humanidad

pre-técnica respondería a este *mito del origen, a este mito del carácter aditivo del suplemento*, anulado por el hecho de ser puramente aditivo. Pues el discurso metafísico no vacila nunca, al menos en el estrato más visible de su texto, respecto de la exterioridad de la técnica que bordea los *confines* del hombre. El motivo de esta oposición entre lo técnico y lo humano estaría contenido, señala Stiegler, en la pregunta misma por el *origen*, toda vez que, tramada a esta pregunta, asoma siempre la cuestión del *ser*: sostener un discurso sobre el origen del hombre es siempre preguntarse por aquello que el hombre es, por aquello que lo define *desde siempre y por siempre* en tanto que hombre. Y puesto que la técnica pertenece al devenir, ella comporta necesariamente para la metafísica el estatuto de un elemento suplementario, con el que hombre puede subsidiariamente llegar a alternar, pero que no le es, desde el origen, constitutivo:

La cuestión del origen es la cuestión del ser. Si se trata del ser del hombre –del origen del hombre en tanto que define lo que el hombre es, su «naturaleza», su «physis»- será preciso saber distinguir, en el hombre, lo que él es esencialmente, aquello que lo determina en todo tiempo y para siempre en tanto que hombre, de aquello que él es accidentalmente, aislar los predicados esenciales de los accidentales. También habrá que saber a qué atenerse respecto al devenir del hombre. Se presiente ya aquí que estas distinciones, necesarias a propósito de no importa qué ente, y el discurso que las autoriza, la ontología, corren el riesgo de fracasar al recaer en «el ente que somos nosotros mismos», si nosotros llegamos a establecer que la tecnicidad es esencial al hombre. (Stiegler, 1994, p.108).

Éste es el envite de *La técnica y el tiempo*. Mostrar que la tecnicidad es esencial al hombre mismo, que *hombre y técnica* irrumpen entramados en el movimiento de su venida mutua, y que la metafísica, prisionera de su deseo de origen, adolece de una inhabilidad constitutiva para pensar esta proteticidad originaria. Pero para lograr establecer que hombre y técnica están ligados por esta relación co-constituyente, habrá que dejar, ante todo, de buscar la verdad del hombre fuera del tiempo, siguiendo en esto la advertencia que hace Nietzsche, en el párrafo segundo de *Humano, demasiado humano*, respecto del «pecado original de los filósofos»:

Todos los filósofos tienen el defecto común de partir del hombre actual y creer que con un análisis del mismo llegan a la meta. Involuntariamente, el hombre se les antoja como una *aeterna veritas*, como algo invariable en medio de la vorágine, como una medida

cierta de las cosas [...] El pecado original de todos los filósofos es la falta de sentido histórico [...] No quieren enterarse de que el hombre ha devenido. (Nietzsche, 2007, p.44).

Sólo cuando logremos barruntar, junto con Nietzsche, que nada en el hombre es lo suficientemente fijo, lo suficientemente perenne, sólo cuando, contraviniendo con ello el presupuesto antropológico de la *invarianza* de lo humano, advirtamos en el hombre a ese animal aún no-determinado, a ese «animal todavía no fijado» (la fórmula es de Nietzsche), podremos desplazar la pregunta por el *origen* del hombre y articular entonces el problema de su *invención*. Sólo a partir de allí podremos, como nos propone Stiegler en esta inusitada *genealogía del suplemento* (cf. Stiegler, 2005b, p.339) que se despliega en su obra, prestar oídos a la vacilación del genitivo que cimbra en el aserto «la invención *del* hombre»:

La invención *del* hombre: sin que sea preciso complacerse en ello, la ambigüedad *genitiva* indica una cuestión que se desdobra: ¿«Quién» o «qué» inventa? ¿«Quién» o «qué» es inventado? [...] La ambigüedad del genitivo impone al menos que se demande: ¿Y si el *quién* fuese la técnica? ¿Y si el *qué* fuese el hombre? ¿O bien es preciso aventurarse más acá o más allá de toda diferencia entre un *quién* y un *qué*? (Stiegler, 1994, p.145).

La mayéutica tecnológica: o de la mano que inventa al hombre

Se tratará, pues, para Stiegler, de mentar, más que el *nacimiento* del hombre, su *invención*, solicitando para ello, afectándolas acaso de caducidad, a las oposiciones categoriales por las que la razón metafísica ha aprehendido hasta ahora el problema de la técnica. Sin duda, es Heidegger quien ha interrogado de manera decisiva este modo en que la tradición ha comprendido la técnica, desde lo que él mismo consigna, en *La pregunta por la técnica*, como su determinación antropológica e instrumental. La tradición occidental, constata el filósofo alemán, ha pensado a la técnica esencialmente bajo la categoría de *medio*, es decir, como pura instrumentalidad que, dependiente del *hacer del hombre*, no participa en sí misma de la constitución de los fines.¹ No es fortuito, entonces, que Stiegler refiera a dicho ensayo en

¹“Nosotros, escribe Heidegger, preguntamos por la técnica cuando preguntamos por lo que ella sea. Todo el mundo ha oído las dos frases con las que se responde a nuestra pregunta. Una dice: la técnica es un medio para un fin. La otra dice: la técnica es un hacer del hombre. Ambas determinaciones de la técnica se copertenecen. Porque poner fines, crear y usar medios para ellos es un hacer del hombre” (Heidegger, 1993, p.74). Se han introducido ligeras modificaciones en la traducción, teniendo a la vista la versión de Eustaquio Barjau (Heidegger, 1994, p.11 y ss).

la «introducción general» a su trabajo, dando cuenta del nexo que Heidegger elabora allí entre la aprehensión de la técnica en términos de *medios* y de *fin*es y la idea de *causalidad* que «desde hace siglos» pesa sobre nosotros como verdad meridiana. Cautivos de esta interpretación, cada vez que oímos hablar de la técnica, nuestra atención recae en el fabricante, en la *causa eficiente* que *opera* en la producción del objeto, que le conferiría por este mismo acto un fin; en el aserto «la invención del hombre», nuestros tímpanos sólo pueden consentir que el hombre comparece allí como el agente de la invención. En el marco de este privilegio acordado a la *causa eficiente* se asevera que, “dado que el producto técnico no es un ser natural, no tiene su causa final en sí mismo. La causa final, que aparece como exterior al producto, está situada en el productor que, a la vez que es causa eficiente, se transforma en portador de la causa final” (Stiegler, 1994, pp.22-23). Y ni siquiera hoy, en el marco de la más extensa de las transformaciones del régimen productivo, cuando las máquinas devienen ellas mismas las “portadoras de herramientas” y “la relación del hombre con el objeto técnico se encuentra profundamente alterada”,² esta convergencia de las causas en el *productor* del objeto –que sólo parece concebible en un modelo artesanal de producción– ha sido cuestionada. Dicha persistencia de la concepción instrumental y antropológica de la técnica quedaría en evidencia en una remisión que el ensayo de Heidegger hace a la mano, más precisamente, a un modo de concebir la relación de la mano con la tecnicidad, que tendría lugar a partir del advenimiento de la industria moderna:

Sigue siendo correcto que también la técnica moderna es un medio para fines. De ahí que la representación instrumental de la técnica determine todos los esfuerzos por colocar al hombre en el respecto correcto para con la técnica. [...] Lo que queremos, como se suele decir, es «tener la técnica en nuestras manos» [La expresión usada por Heidegger es: «*geistig in die Hand bekommen*»; “tener [la] espiritualmente en el puño”, de acuerdo a la versión de Acevedo]. Queremos dominarla. El querer dominarla se hace tanto más urgente cuanto mayor es la amenaza de la técnica de escapar al dominio del hombre. Ahora bien, *suponiendo que la técnica no sea un simple medio, ¿qué pasa entonces con la voluntad de dominarla?* (Heidegger, 1994, p.10).

² Con vistas a tomar conciencia de la especificidad de la técnica contemporánea, habría que acoger la afirmación de Gilbert Simondon en *El modo de existencia de los objetos técnicos*, respecto de que el objeto técnico ya “no podría ser considerado como un puro utensilio” (Simondon, 2008, 37). Stiegler, recogiendo este diagnóstico, escribe: “Simondon caracteriza a la técnica moderna por la aparición de individuos técnicos que toman la forma de máquinas: antes, el hombre era portador del útil, y era él mismo el individuo técnico; hoy, son las máquinas las portadoras de herramientas y el hombre ya no es más el individuo técnico [...] su relación con el objeto técnico se encuentra profundamente alterada”. Op. cit., p.37 (ed. esp., p.44).

La comprensión corriente de la técnica moderna continúa aferrada, como subraya Heidegger, al juego de las oposiciones heredadas de la tradición; la «mano» que quiere dominarla constituye, justamente, un indicio del modo en que hasta ahora *hemos concebido* el problema de la técnica, transido en la actualidad por el deseo de *restituir* al hombre su poder frente a una técnica que, amalgamada a la ciencia, parece, hoy por hoy, arrastrar a la humanidad a la *impotencia*. Como en el *Discurso* de Rousseau, el hombre se presenta aquí *enfrentado* a la técnica, confrontado a lo que en ella parece *alterar* su potencia originaria. Mas, propone Heidegger, ¿qué sucede si nos dejamos conducir por el pensamiento de que la técnica no constituye un *mero medio*? Es en la senda abierta por esta pregunta, y por los análisis de *Ser y tiempo* respecto del ente intramundano (ese ente siempre ya técnico, inaccesible como *vorhandene* –como «ser-ahí-delante» en la traducción de Jorge Eduardo Rivera; palabra por palabra, el ser ante o delante la mano, una mano que en este caso pone a distancia al ente para disponerlo ante nosotros en relación representativa-, ente intramundano que debe más bien ser pensado como *zuhandene*, como «lo a la mano», ese modo de ser específico del ente *en uso*) que Stiegler se propone llevar a cabo una «analítica de la proteticidad» (cf. Stiegler, 1994, p.187), una analítica de ese «ente que somos nosotros mismos» en tanto que existentes cuyo ser-ahí o cuya facticidad se acusará, a lo largo de los análisis de *La técnica y el tiempo*, como *esencialmente* protética. Este ente, este «quién», cuyo *ser* es constitutivamente *por-defecto* o *en-devenir*, sólo tendrá lugar, intentaremos dar mínimos atisbos de ello, en una originaria co-implicación con lo que Stiegler denomina el «qué»: aquel “medio elemental completamente constituido de suplementos donde el elemento, en otras palabras, *falta siempre*” (Stiegler, 2005a, p.31).

Hace falta, con vistas a pensar la técnica de otro modo, esto es, con vistas a sostener la *aporía del origen* que la tradición habría denegado, que la partición entre el productor del objeto técnico, como *viviente organizado*, y la *materia inorgánica* que aquel dotaría de forma, sea puesta en entredicho. El concepto que Stiegler acuña para trazar esta solicitud es el de *materia inorgánica organizada*. Lo que caracteriza el modo de existencia de los objetos técnicos, plantea Stiegler en el capítulo primero de *La falta de Epimeteo*,

dedicado a las “Teorías de la evolución técnica”, es que éstos constituyen unos *entes inorgánicos*, pero sin embargo, organizados, puesto que se trata de materia que se *transforma* en el tiempo, sin depender para ello de la *fuerza organizadora* de esta forma de lo viviente que llamamos *vida humana*. Estas «organizaciones no orgánicas de la materia» estarían, en efecto, atravesadas por una *dinámica* cuyos ritmos no pueden determinarse desde un punto de vista antropológico.³ Más aún, esta historia del suplemento parece modificar, en sus continuas alteraciones, las condiciones mismas de *constitución de lo humano*: “La lógica del suplemento que es siempre ya la *historia* del suplemento es una *tecno-lógica* mediante la cual la materia inorgánica se *organiza* y afecta al organismo vivo del que ella es el suplemento originario” (Stiegler, 2002, p.11). Se trata, pues, de un movimiento doble, donde el *quién* y el *qué* “se inventan uno al otro, como si hubiese una *mayéutica tecnológica* de aquello que se llama el hombre” (Stiegler, 1994, p.152). Stiegler entrega un elemento en su trabajo que podría esclarecer esta aseveración. Se trata de una referencia a los análisis desplegados por el paleontólogo francés André Leroi-Gouhran en su libro *El gesto y la palabra* (1965), respecto del papel que juega la exteriorización técnica en el proceso de hominización. Leroi-Gouhran relata en este texto el escozor que causó, en el medio paleontológico, el hallazgo de un fósil al que resultaba difícil acordarle el nombre de hombre, pero que tallaba útiles en los confines de la era terciaria:

Ningún fósil relativamente cercano a nosotros procura un tal sentimiento de extrañeza, casi de molestia o de discordancia; ninguno deja esta impresión de hombre deshumanizado más que la de mono humanizado. Esa incomodidad proviene del hecho de que los australantropos son en realidad menos unos hombres con cara de mono que hombres con caja cerebral desafiando a la humanidad. Estábamos listos a admitirlo todo, salvo el habernos iniciado por los pies. (Leroi-Gouhran, 1971, 67).

Que la técnica haya aparecido antes de que terminara la evolución del cerebro, que en el despuntar de la hominización, la materia gris no comande, sino que responda plásticamente al destello del sílex fragmentado (posición de pie, manos libres y utilización de órganos artificiales están, señala el paleontólogo, indisolublemente ligadas; en contraposición a estas primeras características

³La necesidad de una tecnología, entendida como ciencia de la evolución técnica o de la tecno-génesis, enunciada por Marx en el primer libro de *El Capital*, recupera en este lugar su preeminencia. Stiegler referirá, a su vez, a los trabajos de Bertrand Gille (*Histoire des techniques*), André Leroi-Gouhran (*L'Homme et la Matière, Milieu et techniques*) y Gilbert Simondon (*Du mode d'existence des objets techniques*).

de humanización visibles, la organización cerebral del hombre sería un carácter adquirido relativamente tarde) debería conducirnos, como afirma el propio Leroi-Gouhran, a “una revisión completa de los conceptos sobre el hombre” (cf. 1971, 94). Nosotros debemos contentarnos aquí con esbozar cómo Stiegler recoge de la obra de este paleontólogo -una paleontología, afirma él, esencialmente no antropológica- la exigencia de pensar este problema: una evolución *no simplemente biológica* de este ser *esencialmente técnico* que es el hombre.

La evolución de la «prótesis», que no es ella misma viva, y por la que el hombre se define en tanto que ser vivo, es lo que constituye la realidad de la evolución del hombre tal y como si, con él, la historia de la vida tuviera que continuar por otros medios que la vida: es la paradoja de un ser vivo caracterizado en sus formas de vida por un ser no-vivo –o por las trazas que su vida deja en el no-vivo. (Stiegler, 1994, 64).

Esta *paradoja de un ser vivo caracterizado en sus formas de vida por un ser no-vivo*, es asimismo la paradoja de un viviente que está constitutivamente *fuera de sí* mismo. De cierto modo, es así como Rousseau piensa el comienzo de la desnaturalización: como exteriorización de sí, como salida fuera de sí. Al imaginarse al hombre del origen, lo supone “andando sobre sus dos pies, sirviéndose de sus manos como lo hacemos nosotros con las nuestras”; “Lo veo –escribe- calmado su hambre bajo un roble, apagando su sed en el primer arroyo, encontrando un lecho al pie del mismo árbol que le ha proporcionado el almuerzo” (Rousseau, 2002, 31-32). Este hombre originario tiene todo *al alcance de la mano*: es prácticamente inmóvil, casi no se traslada; su sed, su hambre, su sueño son apaciguados en el mismo lugar, sin necesidad de mediación, casi sin desplazamiento. Su cuerpo es el único instrumento que conoce, ya que, a diferencia de nuestros cuerpos a los que la industria habrá arrebatado sus fuerzas, el suyo no requiere de ninguna prótesis (quiebra las ramas sin necesidad de un hacha, lanza una piedra sin necesidad de honda). Goza de “la ventaja de tener siempre a disposición todas las fuerzas [...] y de llevarse siempre a sí mismo todo entero, por así decirlo (Rousseau, 2002, 33). Rousseau dice ver estas *manos vacías* de instrumentos, *desnudas, pero colmadas*, del hombre del origen, como si en ellas lo humano recuperase su propio fondo. Stiegler, en cambio, trazando esta *«historia de la mano»*, ya

no puede estar seguro de *cuáles son los límites donde la mano humana puede detenerse*. Quizás, nos dice, esta mano que *tiene todo bajo la mano*, que prende sin necesidad de maniobrar, de manipular, no es tal, puesto que la mano, que ahora se barrunta atravesada por una tecnicidad constitutiva, que se muestra ella misma como un «órgano técnico viviente», parece no tener jamás nada a su alcance; la mano no sería mano en sí misma, sino por aquello que la pone fuera, a distancia de sí. “La mano, escribe Stiegler, no es una mano más que en tanto ella da acceso al arte, al artificio y la *tekhnè*” (1994, 124). “La mano humana -escribe a su vez Leroi-Gourhan- es humana por lo que se desprende de ella y no por sí misma” (1971, 237). Son manos que no *pertenecen* a lo humano, sino que ellas son lo que éste recibe de *tekhnè*, como si esas manos constituyesen la partera que hace advenir al hombre mismo.

Referencias

- Artaud, A.** (1996). "El rostro humano". En Revista Artefacto 1. *Pensamientos sobre la técnica*.
- Derrida, J.** (1971). *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Focillon, H.** (1947). *Elogio de la mano*. Buenos Aires: Ateneo.
- Heidegger, M.** (1993). "La pregunta por la técnica", en *Ciencia y técnica*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Heidegger, M.** (1994). *Conferencias y artículos*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Leroi-Gourhan, A.** (1971). *El gesto y la palabra*. Caracas: Ediciones de la Universidad Central de Venezuela.
- Nietzsche, F.** (2007). *Humano demasiado humano*. Madrid: Akal, 2007.
- Platón.** (1871). "Fedro". En *Obras completas de Platón*. Traducción de Patricio de Azcárate. Madrid: Medina y Navarro.
- Rousseau, J.-J.** (2002). *El discurso sobre el origen de la desigualdad*. Barcelona: Biblioteca de los grandes pensadores RBA.
- Simondon, G.** (2008). *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Stiegler, B.** (1994). *Le technique et le temps 1. La faute d'Épiméthée*. Paris: Galilée.
- Stiegler, B.** (2002). *La técnica y el tiempo II. La desorientación*. Hondarribia: Hiru.
- Stiegler, B.** (2005a). *Pasar al acto*. Hondarribia: Hiru, 2005.

Stiegler, B. (2005b). "Derrida y la tecnología: la fidelidad en los límites de la deconstrucción y la prótesis de la fe". En: *Jacques Derrida y las humanidades*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Quignard, P. (2006). *Retórica especulativa*. Buenos Aires: El cuenco de plata.

La Cuestión de lo “Social” como forma Gubernamental
Apuntes sobre la perspectiva de Nikolas Rose
The question of what “Social” as a way Governmental
Notes about the prospect of Nikolas Rose

Andrés Durán*

“La cuestión política, en suma, no es el error, la ilusión,
la conciencia alienada o la ideología; es la verdad misma”
Michel Foucault

Resumen

El artículo expone los lineamientos generales desde donde Nikolas Rose hace un tratamiento de “lo social” en clave gubernamental. Para ello se recogen los elementos históricos que han caracterizado al gobierno social, en contraste con el que ha hecho funcionar el liberalismo clásico. El texto finaliza con la pregunta por la muerte de lo social en nuestra actualidad.

Palabras clave: Liberalismo, Lo social, Gobierno.

Abstract

This paper describes guidelines where Nikolas Rose makes a treatment of “the social” in government key. This sets out the historical elements that have characterized the social government, in contrast to which has operated the classical liberalism. The text ends with the question of the death of the social in our present.

Keywords: Liberalismo, The social, Government.

* Psicólogo. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Perteneciente al equipo de Psicología Social de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Email: adiurant@gmail.com

Hoy, en los albores del siglo XXI la sentencia asociada al problema que nos convoca parece ser clara: "lo social", aquello que durante un período no menor de tiempo recorrió los intersticios de lugares heterogéneos bajo el signo de lo social, bajo su vestimenta, ha dejado de parecernos esa completa evidencia cuyo brillo nos encandilaba. La pregunta contemporánea por su forma histórica, por el material de su constitución, por el desarrollo y despliegue de su funcionamiento; el cuestionamiento político por las condiciones que posibilitaron su aparición en tanto dominio particular en el cual se conjugaron sueños y deseos de mucha gente; en fin, la minuciosa enunciación que lo interpela entendiéndolo como un cumulo de prácticas, instituciones y dispositivos de regulación política, lentamente ha ido desplazando hacia un plano secundario aquellas viejas interrogaciones que en su decir la daban absolutamente por sentada, esto es, alejando con cada vez mayor recurrencia toda esa amalgama discursos que lo comprendían como siendo una entidad profundamente a-problemática dentro de la cual solamente cabía operar. Así, lo que antaño funcionó como una clave explicativa cargada de una certidumbre casi irrefutable (lo social), hoy se ha vuelto un campo y una zona necesaria de explicar, o lo que sería prácticamente lo mismo, un lugar necesario también de volver comprender. En tal sentido es que de un tiempo al nuestro, distintos pensadores provenientes de lugares académicos y políticos disimiles han emprendido la no menos ardua tarea de *pensar lo social*,¹ es decir, de instalar, respecto de él, una discusión o una *problematización*.

¹Es sumamente interesante notar que el trabajo de problematización de 'lo social' no se circunscribe de ninguna manera a algún tipo de disciplina en particular, más bien sucede lo contrario, es posible identificar dicho ejercicio de cuestionamiento inscrito en una variedad formas disciplinares. Para el caso de la Sociología ver por ejemplo a Bruno Latour, *Reensamblar lo social, una introducción a la teoría del actor-red*, Manantial, 2008; Jacques Donzelot, *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*, 2007, Claves; Robert Castel, *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, 2004, Paidós. En Psicología Social, ver por ejemplo el trabajo desarrollado por Pablo Fernández Chrislieb, *La Psicología Colectiva un fin de siglo más tarde*, Anthropos, 1994 y, el de Miquel Domènech y Francisco Tirado, *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*, 1998, Gedisa. En Filosofía, consultar el trabajo de Jean Baudrillard, *A las sombras de las mayorías silenciosas*, Kairós, 1978; Hannah Arendt, *La condición Humana*, Paidós, 1958; Gilles Deleuze, "El Auge de lo Social", 1979. Introducción a texto: *La policía de las Familias*, de Jacques Donzelot. En Economía y Ciencias Políticas ver Nikolas Rose, *¿La Muerte de lo Social? Re-configuración del territorio de Gobierno*, Revista Argentina de Sociología, 2007.

El presente trabajo tiene por objetivo pasar revista a una de aquellas formas contemporáneas de problematización de “lo social”, particularmente la que el pensador británico, Nikolas Rose, ha emprendido hace algún tiempo.² En dicho trabajo, ya se verá, Nikolas Rose logra producir un modo de aproximación a la cuestión referida, en que “lo social”, antes de presentarse como un destino al que toda forma humana debiese aspirar, más bien se nos muestra como una compleja articulación y desarticulación continua de dispositivos de poder que posibilitan un singular ejercicio de gobierno: el *gobierno de lo social*.

Nikolas Rose y el concepto de Gobierno

La empresa intelectual de Nikolas Rose puede inscribirse al interior de la línea de trabajos desarrollados por Michel Foucault en momentos en que finalizaba la década de los setenta, poco antes de su muerte, línea de acción que hoy por hoy ha sido denominada con el nombre de estudios sobre *gubernamentalidad* (Vázquez, 2005). En dichos trabajos de lo que se trata, fundamentalmente, es de violentar el pensamiento político en lo que tiene de reificado y naturalizado, vale decir, trastocarlo en ciertos conceptos, idearios y supuestos por cuanto se encuentran absolutamente arraigados en nuestro cotidiano vivir y que en buena medida funcionan como sostén estratégico de una cantidad importante de prácticas deseables de modificar. La comprensión de “lo social” es tan sólo uno de estos campos práctico-conceptuales. Para tal efecto Nikolas Rose realiza un peculiar distanciamiento de enfoque respecto de conocidas formulas utilizadas por el pensamiento político clásico, tanto en lo que se refiere a modalidades de comprensión, como también un distanciamiento en lo que se refiere a recurrentes juicios que de tales comprensiones se desprenden. Se trata de un apartamiento

² Particularmente en tres sitios específicos: “The death of the social? Re-figuring the territory of government. *Economy and Society*”, 1996. Este último traducido al castellano por Ana Grondona y titulado: “¿La Muerte de lo Social? Re-configuración del territorio de Gobierno”, publicado en *Revista Argentina de Sociología*, 2007; “The Social”, en *Powers of Freedom: Reframing Political Thought*, 1999; “Political power beyond the State, problematic of government”, *British Journal of Sociology*, 1992. Escrito junto a Peter Miller.

radical de aquella perspectiva política que fue inaugurada hace poco más de dos siglos en Europa y que fue ramificada rápidamente por otros muchos lugares, siendo Latinoamérica uno de ellos: distanciamiento de lo que Rose llama perspectiva filosófico-constitucional o directamente modelo jurídico liberal.

Desde el punto de vista del autor británico, las continuas dicotomías puestas en juego por aquel enfoque para poner en funcionamiento diversas tácticas de comprensión e intervención: Estado/Sociedad Civil, Público/Privado, Dominación/Emancipación, Libertad/Coerción, y que han alimentado y acoplado preguntas como ¿Desde donde es que emana ese tipo de poder? ¿A quién representa tal o cual sistema? ¿Cómo es que puede legitimarse tal racionalidad? se aprecian como preguntas insuficientes respecto a la imperativa necesidad de captación de las tecnologías históricas de poder que en la actualidad son puestas en funcionamiento. Es en este escenario que emerge concepto de gobierno, noción que ha sido tomada de la caja de herramientas foucaultiana y vuelto operativa por los teóricos de la gubernamentalidad, entre ellos, por supuesto, por Nikolas Rose.

Como es sabido,³ durante el comienzo de la década de los 70 el pensamiento de Michel Foucault sufre un importante giro respecto a la manera de enfrentar los problemas teóricos y políticos en los cuales él estaba trabajando. Aquel giro tuvo que ver, fundamentalmente, con la inscripción al interior de su perspectiva de la fórmula *poder-saber*. Con esto no sólo se trató de una modificación conceptual en las expresiones que posibilitaron en su momento describir y caracterizar la producción histórica de distintos objetos (la emergencia de ciencias humanas en el siglo XIX, el discursos de la economía política, la practica psiquiátrica, el mecanismo de la prisión, etc.), se trató además de un trastocamiento esencial que más allá de una sustitución meramente terminológica, supuso un vuelco epistémico en el desarrollo de su labor, rotación que terminaría finalmente por modificar las reglas del juego dentro del que se estaba participando.

³ Al respecto existen dos muy buenos trabajos: Francisco Vázquez García, Foucault, *La historia como crítica de la razón*, Montesinos, 1995. Y, Rodrigo Castro Orellana, *Foucault y el Cuidado de la Libertad, Ética para un Rostro de Arena*, 2008, LOM.

Puede sostenerse que la *lógica* del 'gobierno',⁴ aquella que Nikolas Rose extrae para llevar a cabo una problematización de lo social, es una lógica que debe ser comprendida al interior de este giro foucaultiano en el modo de enfocar los problemas teórico-políticos del cual venimos haciendo referencia un poco más arriba. Dicho de otro modo, el concepto de *gobierno* en Foucault, así como también el que se encuentra desplegado en los trabajos de Nikolas Rose, hace suya la mayoría de las características de la noción de poder elaboradas por Foucault en la década de los 70, y las incorpora al interior de su perspectiva para poder operar. Así, pues, supuestos como el de la *polivalencia táctica de los discursos, el carácter relacional y eminentemente productivo del saber, la inmanencia del conocimiento* respecto de otro tipo de relaciones, hacen del ejercicio de gobierno una instancia casi indiferenciada de la regulación biopolítica que ya Foucault venía dibujando por lo menos desde la publicación del primer tomo de la *Historia de la Sexualidad I. La voluntad de saber* (Vázquez, 2005).

Ahora bien, el hecho de que la categoría de "gobierno" utilizada por Rose para problematizar lo social (que es aquí lo relevante) tome la *mayoría* de las características del modelo de poder estratégico, y no *todas* sus características, es un matiz importante en el cual hay que detenerse, sobre todo para los intereses de este trabajo. Si bien es cierto que se presenta, luego de la utilización de la categoría de gobierno por parte de Foucault, una similitud en el modo de plantear los problemas, puesto que las características de la lógica son casi las mismas, no es menos cierto que se produce a su vez un desplazamiento medular, una suerte de traslado que no debe entenderse, sin embargo, como un salto rotundamente discontinuo o un corte radical que va de un punto a otro, sino más bien, como una complejización, una más, al interior del propio pensamiento foucaultiano (Castro Orellana, 2009). ¿Pero de qué se trata esta complejización? Sobre todo de lo siguiente: del hallazgo por parte del autor de la *Historia de la Locura*, de la existencia de una forma de poder que sería irreducible a los procesos de disciplinamiento que

⁴ Como se dijo anteriormente, la utilización de la idea de gobierno en Foucault es producto de un traslado, una transición en el modo de plantear todo el problema y comenzó a ser delimitado en tanto concepto con precisión fundamentalmente a partir de los cursos que impartió en el Collège de France y que han sido publicados hace pocos años y traducidos al castellano muy recientemente; se trata de los cursos titulados *Seguridad, territorio y población*, dictado el año 78, *El nacimiento de la biopolítica*, impartido el 79 y *El gobierno de sí y de los otros* 82 y 83.

él mismo había descrito con importante empeño. En efecto, cabe destacar en primer lugar que la complejización a la que me refiero está relacionada, en lo fundamental, con el descubrimiento por parte de Foucault de la preeminencia histórica de una forma de poder que en su actividad y lógica manifiesta sutiles diferencias respecto del modelo de guerra desarrollado por él mismo en su *analítica del poder*. La emergencia de esta modalidad es identificada por el genealogista francés en pleno siglo XV, y entre sus características primordiales se encuentra la de articularse alrededor justamente de la pregunta por el gobierno: ¿Cómo gobernar y ser gobernados de la mejor manera posible? Esta operación, que en principio sólo se mantuvo circunscrita a un conjunto de prácticas reducidas (el gobierno del alma, al interior de lo que Foucault denomina poder pastoral), habría sufrido desde entonces una importante ramificación y desmultiplicación, incorporándose lentamente a prácticas de muy diversa índole: gobierno de los niños, gobierno de la casa, gobierno de mendigos y pobres, gobierno de la economía, gobierno de la salud, gobierno de la seguridad, gobierno de sí, etc. Podríamos agregar nosotros, de conformidad con los argumentos de Nikolas Rose (1990), gobierno de lo social. De ahí que Foucault pueda sostener que desde entonces occidente se ha gubernamentalizado (Foucault, 1995, p.3).

Pero veamos ¿Cuál es o cuáles son las sutilezas que incorpora esta nueva manera de desplegar el ejercicio del poder esta vez en nombre del gobierno? Me detendré principalmente en un punto, tal vez el de mayor importancia para los efectos de nuestro trabajo: *el objeto de gobierno*. Cuando la modalidad de poder es descrita por Michel Foucault o Nikolas Rose como una relación de gobierno, como un ejercicio de gobierno, el objeto de dicho ejercicio se modifica. Recordemos que lo medular de la analítica del poder que Foucault había comenzado a desarrollar durante la década de los 70 estribaba en la identificación de un poder que operaba sobre los cuerpos, capilarmente, poder que llegada la Modernidad había sido anexado a un conjunto de instituciones disciplinarias (escuelas, cárceles, hospitales, fábricas). Pues bien, "en el gobierno, la acción (entendida como conducción de conductas) no toma como blanco al cuerpo (una materia, un potencial de fuerzas por dominar), sino a las acciones de los otros (o de uno mismo)"

(Vázquez García, 2004, p.75). Vale decir: la modificación que se presenta entre una operación (modelo disciplinario) y otra (modelo de gobierno) radica principalmente en que aquello sobre lo cual se ejerce una relación de poder de tipo gubernamental ha de ser siempre una entidad provista de la capacidad de agencia, de la cualidad de acción, o para decirlo de una manera más clara, la ejecución de un gobierno implica siempre el requerimiento del *hacer del otro*. Así, “el gobierno, -a diferencia de la dominación, de la relación cuerpo a cuerpo- no pretende anular la iniciativa de los gobernados -es decir de su práctica de libertad-, imponiéndoles un estándar, sino emplearlas a su favor” (Vázquez García, 2004, p.75). Si lo que se trataba de identificar en principio con la integración de la fórmula “poder” era el complejo despliegue de éste sobre una multitud de cuerpos (sean los cuerpos suplicados, sean los cuerpos disciplinados) -lo que Foucault había denominado como anatomopolítica del cuerpo humano en 1976- ahora, con esta nueva forma de ver y hacer ver los problemas (grilla de gobierno), se trata de captar, con la mayor precisión posible, los numerosos dispositivos puestos en juego para instrumentalizar la acción, la actividad, el movimiento, o la agencia los hombres, todos los cuales son ahora los elementos que operan como blanco y objetivo de un ejercicio de poder que tiene por función llevar a cabo una operación de gobierno. Podríamos decir parafraseando al mismo Foucault: entre el ejercicio de gobierno y la acción de los gobernados no se produce ningún movimiento de anulación o clausura, estos más bien se encabalgan en un llamamiento profundamente sutil que implica tanto al uno como al otro. Este es un punto en el que Nikolas Rose es también muy claro: “Para dominar es necesario ignorar o intentar aplastar la capacidad de acción de los dominados. Pero para gobernar es necesario reconocer la capacidad de acción y ajustar hacia sí mismo esas capacidades. Gobernar es actuar sobre la acción. [...] Por lo tanto, cuando se trata de seres humanos, gobernar es presuponer la libertad de los gobernados” (Rose, N. 1999, p.3).

De lo dicho se desprende la siguiente distinción: el concepto ‘*gobierno*’ en Michel Foucault, así como también en Nikolas Rose, es un término que no puede ser homologado al de “dominación”, si por tal se entiende la capacidad que contiene un dispositivo de poder de anular, efectivamente al

otro, en su posibilidad de actuar. Más bien: un gobierno es aquella madeja de agenciamientos sobre otras acciones diversas siempre incitadas a efectuarse por medio de múltiples tecnologías de regulación política: gobernar es incitar a actuar de un modo determinado, y no de otro.

Dos claves para entender lo "social" en Nikolas Rose

Si uno detiene la mirada un poco y aprecia la importante cantidad de lugares por los que transita y aparece la palabra "social", tal vez en primera instancia se impresione: "justicia social", "trabajo social", "intervención social", "política social", "construcción social", "bienestar social", "seguridad social", "economía social", "participación social", "historia social", "pensamiento social", "crítica social", "organización social", "proyecto social", "psicología social", "leyes sociales", "responsabilidad social", "acción social", "ciencias sociales", etc., la lista podría ser interminable. Ante tal recurrencia parece pertinente, cuando menos, realizarnos la siguiente pregunta: ¿por medio de cuáles engatusamientos, seducciones y arreglos hemos llegado a vivir en un mundo en que "lo social" ha aparecido por doquier acompañando las más variadas formas discursivas, escoltando las más diferentes instituciones, y resguardando los más nobles de los sueños? Para responder a esta pregunta y seguir el camino de nuestro trabajo nos detendremos sobre dos claves de comprensión,⁵ dos *supuestos* a la base, con las que Nikolas Rose opera en sus textos de problematización de lo social.

⁵ Es imprescindible para una buena comprensión de las dos claves que presento esta pequeña precaución: como se argumentó en el apartado anterior, 'lo social', problematizado como lo ha hecho Nikolas Rose, nunca va desligado del 'gobierno', más bien siempre marchan de la mano, uno al lado del otro, por ejemplo: '*gobierno social*', '*gubernamentalidad social*' o '*gobierno de lo social*'. Pero, ¿Quiere decir esto acaso que la noción de 'gobierno' y la noción de 'social' son para el británico una misma cosa? De ninguna manera. Decir que 'van de la mano', no es igual a decir, por supuesto, que son lo mismo, cuestión sin embargo en lo que se puede caer si se realiza una lectura somera de los argumentos del autor. Me interesa enfatizar este punto: al decir que para un autor como Nikolas Rose referirse a 'lo social' es referirse a la vez a un *modus operandi* de acción gubernamental, no se está queriendo decir que términos como el de 'gobierno' y el de 'lo social' refieran a lo mismo o que equivalgan lo mismo. De hecho, 'gobierno' y 'lo social' son dos categorías diferentes que pueden ir acompañadas, como hemos esgrimido más arriba, pero no necesariamente. Así en Rose, en efecto 'lo social' mayoritariamente va acompañado del concepto de 'gobierno', pero el concepto de 'gobierno' a su vez puede no ir de la mano del concepto 'de lo social', sino, por ejemplo, acompañar más bien a la noción de 'liberalismo', en su sentido clásico. La importancia de esta aclaración y distinción radica en lo siguiente, el apelativo de lo 'social', cuando es utilizado como lo hace Nikolas Rose, siempre agrega un plus de cualidad, plus que no viene contenido *en sí* al interior del concepto de gobierno, sino que más bien se le es agregado.

I. La primera clave sostiene lo siguiente: lo social, en rigor, es una forma que puede eventualmente no darse, una configuración que puede fortuitamente no aparecer, no manifestarse en ningún lado, o dicho en otros términos, cabe la posibilidad de que se pueda ejercer perfectamente una relación de gobierno en ausencia completa de aquello que denominamos “lo social”.

II. La segunda de las *claves* arguye que “lo social”, en tanto dominio investido completamente de historicidad, siempre ha de ser pasado por el rallador de la especificación y de la caracterización cuando se lo quiera referir.

Comencemos por la primera clave. Desde el planteamiento de Nikolas Rose es absolutamente plausible el hecho de que puedan haber modalidades de gobierno (conducción de conductas, regulación de procesos) sin que exista, por otro lado, ese espacio de “lo social” tan referido en ciencias sociales, y otros lugares. Sin embargo esto no es tan fácil de comprender, pues contiene implícitamente ciertas complicaciones. Es una clave atravesada de complicaciones dado que atenta contra uno de los *a priori* más arraigados de nuestro sentido común ilustrado, incluso de nuestro cotidiano vivir, aquel que entiende que lo social es esa parcela de la realidad, y que en nuestro mundo una parcela como esta siempre ha existido, y siempre existirá: está en todas partes, en cada recoveco del mundo, en cada esquina de la ciudad, en cada gran o pequeño lugar, tanto que de hecho su real existencia es una cuestión de la que nadie estaría dispuesto a dudar, e incurrir en ello sería simplemente una manifiesta falacia (Tirado, 2003). Lo social sin duda existe, y se lo ve. Se lo ve manifestándose constantemente en múltiples espacios institucionales, lugares en los que, como se nos ha relatado, cada uno de nosotros logra socializar: la familia como espacio primordial de socialización, la escuela como lugar imprescindible de socialización, el trabajo como lugar importante de socialización, etc.; se lo ve también fraguarse en las constantes relaciones que entablamos diariamente con nuestros cercanos: socialización junto a nuestra comunidad de pares, socialización junto a nuestros hermanos o grupo de amigos, etc.; pero se lo aprecia además como siendo un alrededor, digamos, nuestro alrededor, como si éste tuviese la forma de un contexto

al interior del cual participarían organizadamente distintos actores-sociales (nosotros en tanto individuos en proceso de socialización), provistos de particulares pero muy importantísimas funciones, aptitudes, herramientas y habilidades también denominadas sociales. Diríamos que, en consonancia con este a priori, *en "lo social"* se está siempre, sin excepción, y vaya uno donde quiera que vaya, siempre se irá a parar a ese lugar que es el lugar de lo social.

La primera clave a la que me refiero, clave inscrita en la fórmula que Nikolas Rose nos propone, justamente intenta dismantlar esta especie de omnipresencia a-histórica de lo social que el pensamiento, en sus distintas modalidades de ejercicio, ha producido entre nosotros hace ya buena cantidad de tiempo atrás. Dismantlarlo en lo que tiene de trascendental y naturalizado por cuanto aparecería como una forma sin historia. Así, ante tal evidencia respecto de lo social, nuestra clave (la de Rose) argüiría lo siguiente: efectivamente cabe la posibilidad de que ni la escuela ni la familia sean instituciones en las que lo social necesariamente esté presente; efectivamente cabe la posibilidad de que las relaciones que entablamos con nuestros cercanos no sean, *necesariamente*, relaciones sociales; y efectivamente cabe la posibilidad, por último, de que no estemos alojados, de manera necesaria, siempre al interior ese espacio que sería el espacio de lo social. Lo social *puede* darse (Tirado, 2001, p. 71. La cursiva es mía), *puede* aparecer, o lo que sería prácticamente lo mismo, puede eventualmente tener un lugar de emergencia en el concierto de los modos de conducir las acciones de los otros, o de sí mismo, claro, pero *no necesariamente*. Lo fundamental de este punto, lo medular de esta primera clave de lectura, es que para Rose cuando se habla de lo social, cuando se la refiere con cierto rigor histórico, se está haciendo mención a una categoría de pensamiento que a diferencia de lo que se ha entendido comúnmente, no es en ningún caso un tipo sustancia trascendental al interior de la cual todos los hombres están destinados a vivir. Más aun, cuando enunciamos a lo social, cuando hacemos que surja entre palabras, instituciones e imágenes, no nos referimos con ello a otra cosa que a toda una amalgama de formas de intervención, programación, conocimientos, argumentos, contraargumentos, sueños y

dispositivos técnicos que tienen siempre su propia historia, que mantienen tras de sí un largo pero propio camino, camino posible de rastrear con algo de paciencia. Como sostiene el mismo Nikolas Rose en uno de sus pocos textos traducidos al castellano “[...] lo social no representa una esfera eterna y existente de la sociabilidad humana. Más bien, dentro de un limitado campo geográfico y temporal, pautó los términos en torno de los que autoridades intelectuales, políticas y morales, en ciertos lugares y contextos, pensaron y actuaron sobre su experiencia colectiva (Rose, N. 2007, p.115). Experiencia colectiva que, sin embargo, no fue problematizada de esa forma sino hasta la emergencia e instauración misma de lo social, digamos, hasta su nacimiento. De este modo, para un autor como Rose, por ejemplo, una ley cualquiera, una disciplina cualquiera, una organización cualquiera o un programa político cualquiera, puede, llegado el caso, devenir “social” en vistas de la promulgación y difusión de determinados objetivos, ideas y expectativas, pero a la vez pueden, perfectamente, devenir otra cosa muy diferente: leyes no sociales, disciplinas no sociales, organizaciones no sociales y acciones no sociales, pueden brotar por doquier (así ha sucedido según su principio de historicidad) y quedar anclados momentáneamente a cierto tipo de prácticas, instituciones y discursos también no-sociales. Así, “lo social” es siempre una forma histórica que debe ser comprendida en esos términos, de lo contrario se naturaliza, y dicho sea de paso también, simplemente se banaliza en su comprensión esencialista. La primera clave nos alerta de este peligro.

Acá conectamos con la segunda de las claves. Para hablar de lo social, Rose requiere de la puesta en escena de todo un trabajo de rastreo histórico (genealógico en el decir de Foucault) que le permite establecer ciertas diferencias, por muy difusas que en ocasiones éstas sean, entre lo que a él le interesa describir (en este caso lo social) y otro tipo de agenciamientos gubernamentales (recordemos que lo social es sólo un tipo de modalidad de gobierno, pero no el único). Vale decir, el británico se ve en la necesidad de dibujar, con la mayor precisión posible, aquellos contornos a partir de los cuales unas acciones, unas instituciones, unos procesos o incluso unos sujetos pueden, con propiedad, ser denominados como “sociales”, y por lo tanto, aquellos que también pueden no serlo. Visto de cerca, la segunda clave

no es exterior a la primera, mas bien, digamos, es una que la contiene. Esto es así porque argumentar solamente que "lo social" no es en ningún caso una sustancia trascendental, eterna, y natural a toda existencia humana no es suficiente, no por lo menos para los efectos del trabajo genealógico que la perspectiva de la gubernamentalidad se propone realizar. Hace falta, en el mismo proceso de enunciación, un paso más, un esfuerzo mayor: se requiere dar con su materialidad, con su cuerpo, su textura, se requiere mostrar toda esa trama de materiales que posibilitan la articulación de "lo social" en un lugar o momento determinado.

Ahora bien, en relación a este segundo punto ya tenemos una pista, Nikolas Rose nos ha entregado un pequeño punto de visibilidad del que podemos valernos para continuar en nuestro recorrido. Recordemos que para él "lo social" es un modo de gobierno, una forma histórica de agenciamientos políticos, por lo que su materialidad, aquello de lo cual se compone y alimenta para poder operar, debe ser rastreado siempre del lado de procedimientos que tienen por objeto guiar cierto tipo de acciones. Así por ejemplo, atender a folletos, panfletos, periódicos, revistas, proyectos, cálculos, resultados de análisis o proyecciones políticas, modalidades de campañas, decisiones científicas, cifras, conocimientos, discursos, encuestas, etc., es absolutamente relevante para establecer el modo en que una estrategia gubernamental se puede constituir. La importancia de todo esto radica en que cada uno de estos elementos puede hacer de puente, en un momento determinado, entre ciertos puntos tácticos para posibilitar la juntura de un gobierno, en nuestro caso, por ejemplo, la juntura de un gobierno de tipo social.

De esta forma, si en la primera de nuestras claves se trataba primordialmente de refutar todo tipo de argumento que tienda a des-historizar a lo social, y resaltar tanto como se pueda la radical historicidad que la conforma; ahora, a partir de esta segunda clave, de lo que se trata es de asentar, de la manera más precisa posible, las características de lo que en primera instancia se ha historizado, es decir, una práctica de gobierno. Como dice Nikolas Rose, "se trata de establecer lo que está implícito en el término social" (Rose, N. 1999, p.57). ¿Qué es lo que se supone que está a la base cuando la palabra "social" está inscrita en tal o cual discurso? ¿Qué es lo

que se supone que está a la base cuando tal o cual discurso es enunciado en nombre de lo social? Responder estas preguntas para Nikolas Rose implica trabajar teniendo en cuenta estas dos claves descritas brevemente.

Nikolas Rose: Gobernar desde un punto de vista “social”

En rigor, desde el punto de vista de Nikolas Rose a “lo social” se deriva, o como dice nuestra humilde pregunta, a lo social se llega, históricamente. Desde un lugar que es no-social se deviene social. La pregunta es cómo, cómo es que se llega a ser social. Digamos de entrada que ese lugar no-social del cual viene la forma misma de lo social se denomina, bajo las coordenadas propuestas por Nikolas Rose, “liberalismo”, o más precisamente liberalismo clásico.

Como se sabe (Foucault, 2004b), éste fue una modalidad particular de pensamiento gubernamental que se instauró a principios del siglo XVII en Europa y que rápidamente fue ganando adeptos en distintos lugares del mundo, tanto más cuanto que sus ideales y programas políticos se organizaron alrededor de consignas como las de libertad, igualdad, progreso o autonomía. Su nacimiento estuvo acompañado de creaciones importantes: nuevas costumbres fueron desplegadas bajo el alero sus signos y nuevos lenguajes fueron configurados a propósito de su racionalidad. Ahora bien, para Nikolas Rose la importancia del liberalismo en tanto creación gubernamental está anclada a un hecho fundamental: su puesta en funcionamiento logró facilitar rápidamente el despliegue de novedosas relaciones de fuerza que actuaron sobre la vida de los hombres y sobre diferentes procesos que estaban teniendo lugar, justamente, para regular esas mismas formas de vida. Se trató, según este autor, de relaciones de poder que hasta entonces no tenía precedentes. (Rose, N. 1999). En efecto, como se ha dicho en otros lugares (Foucault, M. 2004 b), el liberalismo, ese liberalismo primigenio desarrollado, por ejemplo, en Adam Smith, no solamente consistió en ser una doctrina económica o una ideología mercantil que intentó dejar atrás modos de intercambio considerados como arcaicos, se trató también de una verdadera

reconfiguración de las maneras de hacer *en* la sociedad y de hacer *a* la sociedad, todo lo cual quedó reflejado en la mayoría de los puntos fuerte en torno de los que la administración liberal se sustentó. Tres aspectos caben destacar en relación a esta forma de gobierno: a) al nivel de lo *político*, el liberalismo tal y como se presentó a partir del siglo XVIII, manifestó un rotundo rechazo de las formas de gobiernos absolutistas por cuanto sus prácticas se apoyaron indiscriminadamente en los principios de la arbitrariedad y de la exacción, lo que se fue denominado históricamente como Razón de Estado (Foucault, M. 2004); b) al nivel de lo *económico*, el liberalismo mostró un importante alejamiento de todo tipo de intervención estatal que no se ajustara al modelo que su misma doctrina -el famoso *laissez faire*- había creado, es decir, un profundo distanciamiento de todo ese sistema de prohibiciones que en el orden de lo económico se había instaurado con el gobierno de policías (Rose, N. 1999); c) al nivel de lo *epistemológico*, la gubernamentalidad liberal efectuó un rechazo radical de aquella representación teológica de conocimiento que había sido producido por las instituciones eclesiásticas de la época, y que funcionaban como dictámenes verídicos respecto de qué prácticas podían ser llevadas a cabo al interior de un territorio y qué tipo de actividades se encontraban impedidas de realizar.

En términos de contrapartida a esa forma monárquica de emprender el ejercicio de gobierno, la racionalidad "liberal" logró producir ciertas cuestiones importantes, cuestiones todas que, como se verá, han entrado en directa relación con el problema de lo social. Destacaremos tres. En primer lugar hay que mencionar la elaboración por parte del pensamiento político liberal de todo un conjunto de operaciones epistémico-económicas que iban a permitir la articulación racional de ciertos procesos considerados en su mayoría como fenómenos de la naturaleza (leyes naturales económicas). Es decir, la producción política de verdaderos *mercados* de intercambio de los intereses individuales, tal y como el liberalismo dieciochesco lo había planificado. En segundo lugar, cabe destacar la invención por parte del liberalismo clásico de importantísimas tecnologías de comprensión *positiva* de la sociedad y del hombre, vale decir, la creación histórica de toda una gama de formas técnico-epistemológicas (saber psicológico sobre el hombre, saber sociológico sobre la

sociedad, por ejemplo) que lentamente irían presentándose a sí mismas como conocimientos pertinentes e indispensables de manejar si es que se quería llevar a cabo un ejercicio de gobierno concordante con el nuevo espíritu del progreso liberal. En tercer lugar, hay que indicar la invención liberal de dos entidades importantemente ligadas entre sí: el *sujeto de derechos* moderno y a la institución de la *sociedad civil*. Ambas formas encontraron su espacio de existencia a partir de la democratización operada por el pensamiento liberal luego del derrocamiento histórico de esa figura sujeto-monarca que mantuvo para sí todo un sistema de privilegios casi imposibles de franquear, casi imposibles justamente hasta la llegada e implantación del liberalismo.

Ahora bien, la sucinta descripción de alguno de los elementos entorno de los que una forma como la liberal pudo estabilizarse críticamente frente el Antiguo Régimen (Mercado, Sociedad Civil, Sujeto de Derechos, Ciencias Humanas y Sociales) tiene su relevancia, y para Nikolas Rose es doble. De un lado, es el efecto estratégico de una pugna gubernamental que dio al traste con la Razón de Estado y todo el sistema de arbitrariedades políticas que lo caracterizaban, pero de otro, cada uno de estos elementos fueron presentándose a sí mismos también como puntos móviles de apoyo sobre los cuales "lo social" pudo sostenerse para emerger problemáticamente en tanto modalidad gubernamental. Así, el "liberalismo" a la vez que ser un antecedente directo del gobierno de lo social en el sentido referido por Rose, fue también su condición histórico y política de posibilidad; es sobre esa base, en buenas cuentas, que lo social pudo aparecer. Se trata de un antecedente directo, primero, puesto que el advenimiento lo social surge impregnado de elementos que el liberalismo clásico había creado durante el transcurso del siglo XIX -nueva relación entre gobierno y sistemas conocimiento; intrínseca conexión entre acciones de gobierno y acciones de autoridades expertas; etc. (Rose, N. 1996)-, pero como su condición de posibilidad, a la vez, dado que la razón del nacimiento de lo social, el *leitmotiv* de su emergencia, fue justamente la existencia misma de un gobierno que tomó la forma de un liberalismo, y de todas las consecuencias que su modalidad de poder trajo consigo luego de su puesta en funcionamiento. Si lo social pudo tener cabida en la historia de las formas de regulaciones políticas de los hombres y de las sociedades, se debe

a que fundamentalmente mantuvo desde sus inicios una inextricable relación con el gobierno liberal, una íntima (aunque conflictiva) conexión con todas aquellas funciones y consecuencias que de él se desprendieron.

Ahora bien, a mediados del siglo XIX en Europa, y a principios del XX en Latinoamérica, la consigna ya se hacía escuchar: "[...] el orden tenía que ser social o dejar de existir" (Rose, N. 2007, p.115). Casi ninguno de los campos que el pensamiento liberal había puesto bajo su potestad quedó sin cuestionamiento, sin ser puesto en tela de juicio por algún tipo de agenciamientos particular; el gobierno de las libertades comenzaba a ser interpelado.⁶ Literalmente, todo el mundo podía oler lo que entre ellos (lo que a pesar de ellos) se había estado forjando: una sociedad putrefacta y enteramente indigna. Calles citadinas, espacios de trabajo, instituciones pedagógicas, hospitales, hogares particulares, casi la mayoría de los espacios por los que comúnmente circulaba gran cantidad de gente se habían vuelto lugares imposibles de transitar, pues una inmensa cantidad de elementos infecciosos lo habían impedido. Y durante aquel período todo se expandía: importantes fiebres azotaban a poblaciones enormes; hombres, mujeres, niños, jóvenes y ancianos las padecían noche tras noche. Por otro lado, las condiciones de vida en las que la mayoría de la gente se encontraba viviendo

⁶A modo de descripción se pueden esquematizar las siguientes críticas lanzadas al liberalismo desde la forma de 'lo social': a) en primer lugar, el gobierno desde un punto de vista social puso en tela de juicio muchas de las prácticas de corrección disciplinaria que el liberalismo decimonónico había instaurado en pos de resguardar los intereses de ciudadanos considerados como los más aptos y capaces. Lo disciplinario fue interpelado por distintos profesionales de las ciencias de la sociedad por cuanto antes que tratar al problema en su realidad social, se lo despolitizaba intentando enderezar un desperfecto que en rigor solo parecía ser un efecto de un problema mayor; b) el gobierno desde un punto de vista social puso en tela de juicio la capacidad que tendría la lógica del mercado autoregulado para poder mantener cohesionada al conjunto de la sociedad. Dicha manera de gestionar las relaciones entre los sujetos era lentamente percibida más como una de las causantes principales a partir de las cuales las calamidades emergían, que como una práctica desde la que algo puede ser solucionado; c) el gobierno desde el punto de vista social cuestionó la legitimidad del sistema de derechos privados que había sido instaurado por el liberalismo del siglo XIX, por cuanto justamente operaba como legitimador de todas las prácticas de injusticia que se habían logrado visibilizar. Lo jurídico-penal, antes que ser una entidad protectora de las atrocidades por las cuales la población estaba pasando, se presentaba sobre todo como un instrumento técnico que estaba al servicio de los intereses de aquellos que justamente promovían la degradación de la vida; d) en cuarto lugar, el gobierno desde el punto de vista social problematizó la eficiencia de las tecnologías de la beneficencia liberal puestas en funcionamiento para poder gestionar las desgracias acontecidas en sociedad. Aquella práctica no fue considerada sino como una de las formas a partir de las cuales esa misma sociedad moribunda podía ser re-producida por muchos lugares. Para una descripción más detallada véase al respecto: Nikolas Rose, *Powers and Freedom*.

también se mostraban absolutamente precarias: un hacinamiento feroz que hacía más dificultosa la posibilidad de no enfermar producto de algún tipo de contagio; la presencia y manifestación de una desafiliación laboral aberrante, tanto más cuanto que la remota posibilidad de recibir ayuda médica en caso de enfermedad se encontraba mediatizada por la obtención de salario para poder pagarla: quien no tenía cómo solventarla simplemente moría en las peores condiciones. En conexión con lo anterior, se aprecia por entonces un incremento de todo aquello que se catalogó como criminalidad: robos de diferentes tipos, y asesinatos múltiples se hicieron presente en la sociedad, trayendo como consecuencia una importante sensación de inseguridad e inestabilidad, la que por supuesto hacía cada vez más insoportable el cotidiano vivir.

De miseria y degradación lentamente se cubría todo,⁷ por lo menos para algunos. Las clásicas voces liberales que habían tomado bajo su cargo la conducción y la regulación de las calamidades que (según ellos) “la vida traía consigo” parecían no ser más voces autorizadas, no por lo menos para efectos de contrarrestar lo que estaba sucediendo. Por el contrario, esas voces aparecían como voces que hacían parte del mismo mal que se intentaba repeler. Ni el campo natural de las leyes económicas, ni el ámbito liberal de lo jurídico, eran ya medios suficientes “para lograr el orden y la seguridad” (Rose, N. 2007, p.115) de la población, la solución no estaba en su interior. Así, de las iluminadas promesas ya no quedaba nada, ni siquiera ánimo de recordarlas. Nada de fraternidad, nada de igualdad, que decir de libertad. Si para algo servían dichos ideales ilustrados era más bien para recordar que gracias a ellos ya no se podía vivir, no por lo menos con dignidad.

En este marco, lo social “devino una suerte de *a priori* del pensamiento político” (Rose, N. 2007, p.115), una especie de antesala desde la cual muchas intervenciones tomaron forma y comenzaron a funcionar. Muchos personajes

⁷ En América Latina, particularmente en el Chile de mediados del siglo XIX, la situación no era muy diferente, y María Angélica Illanes nos lo recuerda: “Hambre, cesantía, prostitución, hacinamiento, insalubridad, explotación, abandono, criminalidad, eran los signos de una sociedad agudamente desintegrada. La mortalidad infantil, la más alta del mundo, constituida el símbolo de un territorio social donde el hijo del proletariado no tenía legitimidad histórica. Las pestes –viruela, cólera, alfombrilla- las enfermedades infecciosas –tuberculosis, tifoidea, sífilis- perseguían implacablemente”. La situación era, en efecto, escalofriante: “En 1885 nacieron en Chile 61.965 personas; ese mismo año murieron 66.818. Las víctimas en su mayoría eran niños”. Como muy bien dice la historiadora: “En Chile nacer para vivir era realmente un privilegio” (Illanes, M. 1990. P. 27).

emprendieron la tarea de hablar en su nombre, desde él muchos simplemente lo apreciaron como aquello que en lo inmediato debía tener cabida, existencia y operatividad; otros, con argumentos propios de un docto liberal, por el contrario, lo rechazaron sosteniendo la tesis de que su posibilidad era ni más ni menos que un rotundo retroceso a esa época de la Razón de Estado que tanto trabajo había costado abatir: era retornar a la maldición misma que el fantasma de *lo absoluto* encarnaba. Lo cierto es que de diferentes modos lo social apareció atrapado en las múltiples pasiones políticas de la época (Rose, N. 2007), en sus redes, en sus enmarañados vericuetos argumentativos, tanto así que al igual que sucedió con el concepto de lo "económico" en pleno auge del liberalismo, el concepto de lo social se fue insertando al interior del repertorio técnico y epistemológico de buena cantidad de profesionales, políticos y activistas del momento hasta hacerse parte del cotidiano. Habría que decir que con bastante intensidad "lo social" fue recurrentemente proclamado. Expertos en medicina, en política, entendidos en psicología y en sociología alertaron por doquier sobre la ineficacia e inutilidad que los clásicos dispositivos liberales mostraban al momento de intentar "contrarrestar el agudizamiento de la lucha de clases y los efectos destructivos del mercado auto-regulado en la cohesión social" (Vázquez, F. 2009, p.202). Antes que mantener a la unida sociedad, cohesionada e integrada en sus elementos, las variadas estrategias caritativo-disciplinarias que habían sido puestas en marcha desde los inicios del siglo XIX con el objetivo de higienizar (concepto liberal) y moralizar (concepto religioso) a los sujetos de gobierno, provocaban una degradación social manifiesta y evidente: gracias a tales intervenciones más bien el enfermo (que era la gente y la sociedad) agudizaba.

Junto a tales sentencias distintos diagnósticos comenzaron a proliferar, un variopinto número de sistemas taxonómicos y recetas de curación se dieron a conocer por todos lados, lecturas que no difirieron en lo fundamental: sociedades enfermas producto de la ausencia completa de prácticas *solidarias* necesaria para poder vivir de manera conjunta en el marco capitalista que se ha instaurado; sociedades enfermas producto de la aberrante insalubridad que de la mayoría de las ciudades brotaba afectando a poblaciones importantes; sociedades enfermas producto del abandono en que había incurrido la

clase política dirigente desde hace buena cantidad de tiempo; sociedades enfermas, en fin, producto de un sistema de derechos que sólo unos pocos podían ejercer, mientras que otros, la mayoría, solamente les quedaba esperar la buena voluntad del prójimo y de su eventual ayuda caritativa. El escenario dibujado por aquellos discursos fue categórico: la sociedad estaba profundamente afectada y se volvía patológica y anómala con el transcurso de su andar, y todo por causa de un implacable modelo de gobierno que operaba minimizando a no más poder la intervención del Estado en el orden de lo económico, y que había liberado al máximo los procesos “naturales” a partir de los cuales todo mercado podría operar sin mayores regulaciones.⁸

Sin embargo, dichos discursos críticos no sólo fueron dispositivos diagnósticos de una situación que se hacía cada día más insostenible, fueron también discursos propositivos: se dijo que era *en* lo social y no en otro lugar donde se iba a encontrar alojada la posibilidad, sino de curar la enfermedad propiamente tal, sí por lo menos de alivianar sus efectos. En lo social se comenzó a depositar ciertas esperanzas. Pero ¿qué era lo que ese nuevo espacio de lo social contenía y que suscitó tanto debate político en torno al problema identificado? ¿Cuáles eran los elementos, las ideas o las estrategias que ‘lo social’ traía consigo para anular, contrarrestar o, en su defecto, minimizar las desgracias por las que un conjunto no menor de poblaciones estaban pasando? Respuesta: “lo social” venía investido de un *nuevo arte de gobernar*, de una nueva mentalidad de gobierno, y con ello, de todo un aparataje técnicos y tecnológico que posibilitaba, por lo menos en teoría, invertir el funcionamiento de ese juego del que ya nadie quería participar, el juego ‘liberal’. Desde ahora, y a partir de este nuevo escenario elaborado, “la nación debería ser gobernada en nombre de los intereses de la protección social, de la justicia social, de los derechos sociales, de la solidaridad social” (Rose, N. 2007, p: 115), y respecto de ello, la modalidad liberal de gobierno se declaraba incompetente. El juego, en sus reglas, se modificaba.

Cuando el siglo XX comenzaba a aparecer lo social ya se había estabilizado. Luego de haber librado una importante batalla frente a un liberalismo que no daba tregua, en Europa y otros lugares del mundo el

⁸ Es importante notar en este punto que se trata de una minimización de la acción gubernamental, no de una eliminación radical y completa de la actuación de la forma Estado. Cf. Vázquez García (2009).

dispositivo gubernamental de 'lo social' pudo quedar arraigado y se ramificó.⁹ Múltiples técnicas de inscripción y materialización fueron esenciales en todo este proceso, mecanismos sin los cuales cualquier diagnóstico, cualquier crítica y cualquier propuesta de intervención elaborada al respecto hubiesen quedado apartadas en el rincón de la especulación política, sin posibilidad de operatividad alguna. Entrevistas llevadas a cabo por expertos en pobreza, fichas de anotación de precariedad de la vida, censos estadísticos, gráficos de mortalidad, tablas de morbilidades, informes científicos, exámenes psicológicos, cifras de suicidios y natalidad, cada uno de estos instrumentos fueron sólo algunos de los elementos técnicos que sirvieron de soporte para ensamblar distintos requerimientos políticos en la forma de conocimientos científicos, todo en función de emprender un gobierno conforme a un punto de vista social.

Si bien es cierto, como dice Nikolas Rose (1999), que en una primera instancia este trabajo "quedó plasmado a un conjunto casual de dispositivos dirigidos a tal o cual problemática específica de un sector o tema, y que solamente una minoría de dispositivos de gobierno estaban vinculado al aparato político formal" (pág. 58), no es menos cierto que con el transcurso del siglo XX la mayoría de estas prácticas comenzarían a ser anexadas al aparato formal del Estado desde donde lentamente serían vueltas operativas. Lo que en principio sólo mantuvo un carácter difuso, más bien ligado a un ejercicio de crítica política sustentado en un profundo malestar cultural, poco a poco fue transformándose en un requerimiento imprescindible de tomar en cuenta por todos aquellos que deseaban comenzar a conducir las acciones de los otros. Digamos que desde el siglo XX en adelante se asiste a un verdadero reordenamiento formal de lo que Rose (2007) denomina gobierno a distancia: la gestión política comenzó ser socializada. La gestión de la pobreza y vagabundaje son en este sentido dos de las actividades de gobierno de las que más conocimiento se tiene, pero en absoluto fueron los únicos campos en que diversos agenciamientos *sociales* fueron desplegados. En el área laboral, por ejemplo, toda una gama de movimientos sociales invistieron la cotidianidad

⁹ Para el caso el auge de la llamada Cuestión Social en Chile puede servir de referencia el hoy clásico estudio de Sergio Grez Toso: la cuestión social en Chile. Ideas y debates precursores. Disponible en: www.memoriachilena.cl

del trabajador que aun gozaba de la posibilidad de remuneración;¹⁰ en el sector salud, una gran cantidad de medidas sociales fueron emprendidas en función explícita de contrarrestar las nefastas consecuencias que el liberalismo había traído consigo.¹¹ El ámbito educacional no fue la excepción, las escuelas y dispositivos de enseñanza se transformaron en importantes sitios de transmisión del saber social, tanto más cuanto que se trató de un espacio de continua circulación de potenciales agentes sociales: estudiantes, profesores y apoderados iban a ser receptores privilegiados de toda este saber social en vistas de los beneficios que traía de la mano.

Así, lo social y su imponente “realidad ya no podía ser ignorada” (Rose, N. 2007, p.15.), por supuesto no lo fue. Con cada vez mayor detenimiento se elaboraron técnicas de mapeo de lugares en los cuales se hacía necesario instaurar la forma de lo social, con cada vez mas recurrencia se hizo imperativo elaborar minuciosas cartografías en relación a sitios en los que se presentaba la enfermedad, o, una de las muchas enfermedades suscitadas; pero también con cada vez mas regularidad se produjeron procesos de identificación y rastreo de las técnicas y técnicos de mayor idoneidad para que el despliegue de cada una de las tareas programadas pudieran llegar a puerto deseado. ¿Cualquiera puede ser un agente social? ¿Cualquier forma técnica es pertinente utilizar para lograr los objetivos propuestos? En absoluto. Entonces ¿Quién estaba capacitado para actuar en lo social? ¿Quién tenía el saber para operar en lo social? Como dice Rose “el gobierno de lo social fue un gobierno experto” (2007, p.141), motivo por el cual psicólogos, urbanistas, enfermeros, sociólogos, filósofos, matemáticos, médicos, arquitectos, salubristas, ciudadanos ilustrados y políticos debieron aprehender las reglas del juego que lo social estaba dibujando con tenacidad, debieron asir el modo y el ritmo que imponía gradualmente, y así lo hicieron. Lo social se aprehendió y con ello “se abrieron una multitud de nuevos espacios para el juicio experto: oficinas de diverso tipo, oficinas de beneficiarios, de seguro social, de desempleo” (Rose, N. 2007, p.142). Pero más importante aún fue el hecho de que con el arraigo político de lo social se pudo abrir camino para la

¹⁰ Para el caso de la Cuestión Social en Chile referido al ámbito del trabajo, puede consultarse: *La intervención social en Chile*, de Juan Carlos Yáñez Andrade (2009). Ril Editores.

¹¹ Para el caso de las estrechas relaciones entre Cuestión Social y Salud en Chile, ver el ya citado texto de María Angélica Illanes (1990).

elaboración de nuevas interrogantes respecto del ejercicio de gobierno. Y no se trató tanto de preguntar: ¿Cómo podemos articular un tipo de sociedad en la que no exista más alguna modalidad de intercambio mercantil? O, ¿Cuáles son las herramientas con las que contamos para configurar una sociedad en la que podamos prescindir completamente del sistema de derechos instaurados por los liberales?¹² Si no más bien ¿Cómo hacer para que los distintos vaivenes que la lógica del mercado trae consigo cada cierto tiempo sean *articulados* de la mejor manera posible con otros procesos de igual importancia para nuestras sociedades, como son los procesos biológicos y los civilizatorios? ¿Cómo hacer para poder armonizar, ajustar y conciliar en una media aceptable los distintos procesos biológicos a los que toda población está sujeta, los procesos de civilidad que la misma sociedad ha instalado entre nosotros para poder vivir en conjunto, *con* esa la lógica subyacente del mercado que tiende siempre hacia la imposición económica de los intereses de muchos en desmedro de los de unos pocos? Preguntas para las que se elaboró una respuesta técnica, filosófica también,¹³ pero sobre todo técnica, la cual iba a ser el dispositivo *asegurador* (Rose, N. 1999).

Para sacar adelante a una sociedad en penumbras como las que había fraguado el liberalismo feroz, hacía falta, se dijo, instalar cuotas importantes de *seguridad* o de *protección*, y esto fue un imperativo. Si de lo que trataba con el auge de lo social era poder conjugar los distintos procesos operados en sociedad de manera que no se produjera una destrucción total de la misma, el ingrediente que se requería era el de el *aseguramiento*, que es de hecho lo que se vio vulnerado y casi destruido con la gama de prácticas que la administración liberal puso en marcha. Hay que recordar que al respecto el liberalismo mantenía una máxima a la base absolutamente infranqueable:

¹² Con 'lo social' no se trató de la toma de los medios de producción vía golpe de Estado proletario, por cuanto a la base existiría una relación problemática del orden "capital-trabajo. Se trata de otra cosa: es la administración discreta, sensata y reformista de lo económico y lo político lo que con el auge de 'lo social' se intentó entablar. Esto es importante: si bien el gobierno emprendido en nombre de 'lo social' logró poner sobre la mesa una importante crítica al modo a partir del cual se había gestionado desde el siglo XIX la sociedad a manos del liberalismo, sustentándose para ello en argumentos varios, es cierto también que dichos argumentos no fueron argumentos que escaparon al liberalismo en tanto lógica de gobierno, fueron en ese sentido argumentos pre-liberales, extra-liberales, o a-liberales. Cfr. Vázquez García (1990).

¹³ Para una descripción rigurosa del trasfondo filosófico que presenta la técnica aseguradora ver: Pierre Rosanvallon (1995). *La nueva Cuestión Social, repensar el Estado de Providencia*. Ediciones Manantial.

toda desgracia ocurrida a lo largo de la vida es de exclusiva responsabilidad de quien la padece, por lo que su eventual superación o mejoramiento sólo incumbía a ese sujeto para quien el sufrimiento había llegado. La seguridad, en este escenario, es siempre del orden de la responsabilidad individual, es el individuo mismo el que debe protegerse de las calamidades de la vida.

Pues bien, desde el punto de vista de Rose (1999), con la instauración y estabilización de lo social en tanto práctica gubernamental todo esto cambió: el dominio de la *seguridad* fue progresivamente asignado al Estado en nombre de todos los ciudadanos, transformándose en una importante entidad encargada velar por las posibles desgracias que podían ocurrir. Así, la mayoría de los infortunios que habían sido caracterizados por el liberalismo clásico como procesos naturales o efectos de leyes de la naturaleza que gobernaban a la sociedad comenzaron paulatinamente a ser vistos como importantes eventualidades relacionadas con el contexto, con el entorno en el que se desarrollaban, es decir, apreciados como acontecimientos conectados con determinados factores de la sociedad: factores económicos, factores espaciales, factores alimenticios, etc. En una palabra, comenzaron a ser entendidos como *riesgos*. En “lo social” las calamidades ocurridas de facto, son riesgos posibles de prevenir.

Con cada vez más insistencia se van incorporando al Estado estrategias propias de la lógica de lo social, que la sitúan al lado de otros muchos elementos que ya venían haciendo su tarea (dispositivos de identificación, saberes expertos, etc.). En este juego de inscripción, el poder del Estado fue llamado a presentarse como un mediador clave *entre* la vida de los ciudadanos sufrientes y la lógica de la misma sociedad con sus factores (Rose, N. 2007, p.117). En *medio* de ese movimiento natural del mercado, de sus vaivenes, y la vida misma de los sujetos, el Estado iba a ser insertado con la esperanza de lograr moderar los efectos destructivos que habían caído sobre la existencia de los hombres y mujeres. Así, “por medio de los mecanismos de seguridad social [...] el Estado asumió la responsabilidad sobre una variedad de riesgos –ante los individuos, ante los patrones, ante el propio Estado- en nombre de la sociedad” (Rose, N. 2007, p.127). Junto con lo anterior, las distintas funciones habían sido designadas a los sujetos del gobierno liberal fueron

modificadas. Si se quería mantener el beneficio providencial que el gobierno social proveía a los sujetos utilizando para ello la forma Estado, el sujeto mismo debía comportarse también como un ser social, vale decir, como un sujeto acorde a los principios que tal racionalidad impondría: sensatez, serenidad, prudencia y regularidad serían los nuevos rasgos (los necesarios) de identificación de todo ciudadano social. Antes que sujetos de intercambios de intereses privados (concepción liberal) la nueva forma de gobierno debía producir sujetos solidarios (concepción social); antes que caritativo, el sujeto debía presentarse esta vez como preventivo.

Ya avanzados el siglo XX, la vida de los hombres se ve asegurada completamente. Desde el nacimiento hasta la muerte, en el hogar o en el trabajo; casi la totalidad de los espacios por los que diferentes sujetos transitaban día tras día fue atravesada por el dispositivo: seguridad urbana, seguridad médica, seguridad laboral, seguridad legislativa, seguridad económica, seguridad educacional, seguridad familiar, etc. El seguro social no tardó en volverse obligatorio, y se universalizó. Digamos que este fue el momento en que la forma de lo social pudo llegar a su cenit, al punto culmine de su ejercicio gobierno. Fue su apogeo. El gobierno de la vida de los hombres devino social.

Lo Social se reconfigura...un nuevo arte de gobernar aparece.

Es ya nuestro último apartado, debería subtitularse *conclusión*, pero por razones de coherencia con este trabajo lo he titulado como se ve. Por razones de coherencia, en efecto, puesto que lo que se ha intentado en estas pocas páginas es ensayar una narración, un relato ilustrativo respecto de la deriva que un término como el de "lo social" ha tenido en un autor como Nikolas Rose, vale decir, apreciar cómo es que aquel concepto tan recurrente en el sentido común ilustrado, ha sido entendido y trabajado por un autor aun poco conocido para nosotros; se ha tratado de esclarecer el modo en que lo social ha sido enhebrado al interior de su perspectiva. Lo importante fue 'lo social' en Nikolas Rose. En tanto tal, más que concluir nuestro trabajo deberíamos hacer como procede el anglosajón en el suyo, es decir, intentando

generar algún tipo de apertura, una fisura, un punto desde el cual se nos permita seguir pensando para avanzar en la tarea de problematización de lo que somos en la actualidad. Tal vez el gesto más apropiado para lo anterior sea retornar a esa pregunta que sigilosamente ronda todos los textos en los que Nikolas Rose enfrenta el problema de “lo social”, tal vez volver a ella sea lo que necesitamos.

En uno de los textos ejes de su trabajo al respecto Nikolas Rose se pregunta ¿lo social ha muerto? aludiendo explícitamente a una de las tres tesis elaboradas por Jean Baudrillard en la década de los setenta¹⁴ ¿lo social ha muerto? se interroga una y otra vez como si en la misma pregunta se encontrara contenida un atisbo de respuesta: ¿lo social ha muerto? Ante lo cual Nikolas Rose argumenta: “referirse a la ‘muerte de lo social’ puede, indudablemente, llevar a un error. Efectivamente, las políticas ciertamente sociales están siendo, crecientemente, articuladas en un nivel supranacional mediante cuerpos internacionales [...] Sin embargo, a pesar de la persistencia indudable del tema de la sociedad y de la cohesión social en la discusión política contemporánea, lo social, en el sentido en el que ha sido entendido por cerca de un siglo, está, sin duda experimentando una mutación” (Rose, N. 2007, p. 115-116). La metáfora de la *muerte* no calza con la perspectiva de Rose: más bien, dice, lo social ha *mutado*. ¿Qué puede querer decir esto para un personaje que trabaja, como lo hemos visto, desde la óptica de la gubernamentalidad? Mutación de lo social, bien, ¿pero en estricto rigor qué es lo que muta? Digamos que son los objetivos, las metas, los dispositivos, las tácticas que antes configuraban el espacio de *lo social* es aquello que está mutando casi imperceptiblemente. En una palabra: muta el territorio de gobierno y las relaciones de poder que dentro de él se fraguaron en su momento. Estos parecen no ser los mismos, y de hecho no lo son; las condiciones a partir de las cuales pudo emerger lo social, a finales del siglo XIX, ya no son iguales a las de nuestra actualidad, esas condiciones nos son más bien extemporáneas. En nuestro tiempo, particularmente en un país como el nuestro, el dibujo presenta otros colores, otras líneas son las que

¹⁴ Cfr. Jean Baudrillard (1978), *Cultura y Simulacro*.

¹⁵ Algunos autores contemporáneos se han aventurado a utilizar el concepto de lo post-social para comprender las dinámicas actuales de nuestra sociedad. Para ver algunas propuestas véase: Bruno Latour, *Reensamblar lo social, Una introducción a la teoría del actor Red*; Maurizio Lazzarato, *Por una política Menor*; Francisco Tirado y Miquel Domènech, *Lo virtual y lo social*.

lo bordean, otra es su textura: ya no hay más *social*¹⁵ gubernamentalmente hablando. A cambio de ello, en la práctica, tenemos aun otros tipos de llamados, otros gritos intelectuales y otras consignas han tomado la tarea de interpelarnos en tanto sujetos de gobierno, en tanto gobernados, pero también en tanto gobernantes; otros modos de existencias han sido producidos y nos han comenzado a atravesar lentamente. Rose arguye: antes que un espacio *social* se pide un espacio *comunitario*, antes que obligaciones comúnmente aceptadas para con la sociedad se requiere de una lealtad siempre *flexible* para con nuestros cercanos, antes que de solidaridad hacia un compañero se trata, hoy, del cuidado de sí, de la protección de sí sobre sí, esto es lo que importa. En la era de lo "post-social", el gobierno de los hombres se modifica envistiendo el campo de vida en términos globales.

Es de esperar que el murmullo iniciado por los estudiantes hace ya un tiempo, y hecho propio por diferentes actores del espectro político, formal o no, logre materializar nuevamente a "lo social" en términos de lógica efectiva de gobierno, haciendo desaparecer esa evidencia de sentido común que hoy nos sujeta a vivir una vida en que no solamente la educación, sino la salud, la vivienda, la ciudad, el trabajo, y en el extremo, uno mismo, es entendido como nicho de negocio o lucro. Es de esperar la institucionalización de ese susurro "social" que hoy resiste en las calles, y que indica, sigilosamente, que otra vida es posible.

Referencias

- Foucault, M.** (1976). *Historia de la sexualidad*. Tomo 1, *La voluntad de saber*: Siglo veintiuno.
- Foucault M.** (2004). *El nacimiento de la Biopolítica*. Editorial FCE.
- Lazzarato, M.** (2006). *Por una política menos. Acontecimiento y política en las sociedades del control*. Traficante de Sueños.
- Rose, N.** (1999) *Una Historia Crítica de la Psicología*. Capítulo 2 Disponible en: http://caosmosis.cracia.net/wp2pdf/texto_de_caosmosis.pdf.
- Rose, N.** (2007). *¿La muerte de lo social? Reconfiguración del territorio de gobierno*. Revista Argentina de Sociología, año/vol. 5, número 008. Buenos Aires. Pp. 111-150.
- Tirado, Francisco Javier** (2001). *Los objetos y el Acontecimiento. Teoría de la socialidad mínima*. Tesis doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona.
- Tirado, F. y Domènech, M.** (2001) *Extituciones: del poder y sus anatomías*. Política y Sociedad 36, Madrid (pp.191-204).
- Vázquez, G.** (2005) *Tras la autoestima. Variaciones sobre el yo expresivo en la modernidad tardía*. Gaoka.

El hospital, el cuerpo y la clínica psicoanalítica: materiales para una discusión

The hospital, the body and the psychoanalytic clinic: materials for a discussion

Francisco Pisani*

Resume

El presente artículo propone una discusión sobre la clínica psicoanalítica en el hospital, problematizando el lugar de la escucha y la mirada, en relación al cuerpo y al sujeto que padece una sintomatología de orden psíquico. A través de un caso, se ubican ciertas coordenadas de intervención en el contexto multidisciplinario, para reflexionar sobre el cruce entre clínica psicoanalítica y el hospital.

Palabras clave: hospital, escucha psicoanalítica, cuerpo, síntoma.

Abstract

This paper proposes a discussion on the psychoanalytic clinic at the hospital, discussing the place of listening and looking, in relation to the body and subject suffering from psychological symptoms. Through a case, certain coordinates are placed in the context of multidisciplinary intervention to reflect on the intersection between psychoanalytic clinic and the hospital.

Keywords: hospital, psychoanalytic listening, body, symptoms.

*Psicólogo clínico, Magíster en Psicología Clínica Universidad de Chile. Miembro del Centro de Estudios e Investigación en Psicoanálisis Lacaniano de Santiago de Chile.

La clínica de la mirada

En la “Lección de anatomía del profesor Tulp” (1632) Rembrandt propone una escena. Emergiendo desde un fondo oscuro, el profesor Tulp enseña bajo una mirada escudriñadora los secretos de la anatomía a sus estudiantes, atentos a la enseñanza de su maestro. La mirada cobra todo su protagonismo, es una mirada sobre el cuerpo diseccionado, como también de los libros de anatomía dispuestos para ser leídos. Para Foucault (2003), la mirada se inscribe en el nacimiento de la clínica, una mirada que recorre los cuerpos, sus superficies, escrutando, describiendo, produciendo un saber sobre la enfermedad. Es un cuerpo desplegado como campo sobre el cual se ensaya una semantización de los pliegues, superficies y espacios. La “Lección de anatomía”, a su vez, despliega el movimiento de la transmisión de la experiencia de “la anatomía patológica” que deviene en discurso científico, discurso médico. Se trata de la narración de los secretos ocultos del cuerpo a los aprendices, por parte de la autoridad del enseñante.

La medicina moderna ha fijado su nacimiento a finales del siglo XVIII reflexionando sobre sí misma, operación que instala, como nos dirá Foucault, una modestia eficaz de lo percibido. Modestia que no respondería a una actitud de deshecho o de recriminación de la teoría, sino más bien a un movimiento que coincide con una mirada que se detiene en el sufrimiento del hombre. La mirada del clínico se sitúa ante la percepción del color, las manchas, la dureza, las superficies del cuerpo. Es el ojo quien deviene en depositario y fuente de la claridad que permitiría traer a la luz la verdad. No habría división entre teoría y experiencia, la formación del método clínico está vinculada a la emergencia de la mirada del médico en el campo de los signos y síntomas.

En la tradición médica del siglo XVIII, la enfermedad se presentaba al observador de acuerdo con síntomas y signos. Los unos y los otros se distinguen por su valor semántico, así como por su morfología. El síntoma es la forma bajo la cual se presenta la enfermedad: todo lo que es visible, él es lo más cercano a lo esencial; y es la primera transcripción de la naturaleza inaccesible de la enfermedad. Tos, fiebre, dolor de costado y dificultad para respirar, no son la pleuresía misma —ésta no se ofrece jamás a los sentidos— “no

revelándose sino bajo el razonamiento”– pero forman su “síntoma esencial” ya que permiten designar un estado patológico (por oposición a la salud), una esencia mórbida (diferente, por ejemplo de la neumonía) y una causa próxima (una difusión de seriedad). Los síntomas dejan transparentar la figura invariable, un poco retirada, visible e invisible, de la enfermedad [...] El reconocimiento de sus derechos constituyentes [de los signos y síntomas] acarrea la desaparición de su distinción absoluta y el postulado de que, en lo sucesivo, el significante (signo y síntoma) será enteramente transparente para el significado que aparece, sin ocultación ni residuo, en su realidad más maquinal, y que el ser del significado –el corazón de la enfermedad– se agotará entero en la sintaxis inteligible del significante. (Foucault, 2003, p.132).

La medicina aparece, bajo el recorrido arqueológico, como producto de condiciones históricas determinadas que definen el campo de sus experiencias posibles, sus prácticas y racionalidad. La ciencia supone un campo privilegiado para el conocer, operación que requiere como núcleo central a un sujeto que permitiría la visualización del territorio de la verdad. Nos encontramos ante la identidad pura entre el sujeto y lo que conoce. El sujeto es el centro indiscutido de todo conocimiento, y sólo gracias a él, como consecuencia lógica, será posible el acceso a la esencia de lo que se llamará enfermedad.

En esta relación diádica de sujeto-objeto, relación médico-paciente que reproduciría la lógica de las ciencias de la naturaleza -situación, como hemos visto, signada por la transparencia de la relación-, es donde aparece una alteridad radical. Emergería la presencia de un tercero, que no es más un cuerpo y sus anomalías, sino una escena bajo el signo de las alteraciones de orden conductual y psíquico. Así, de la medicina se funda una nueva disciplina que atenderá el campo de los alienados, los locos, los anormales.

La clínica inaugurada a partir de la mirada del médico a los cuerpos de los enfermos, se desplazó a la exploración de los contenidos de la conciencia. Con la posibilidad de pasar del signo observado al síntoma referido, la experiencia subjetiva toma valor diagnóstico. No basta ya con las conductas, sino que aparece un nuevo actor, un sujeto, un padecer de orden psíquico; cambio epistemológico que sumó complejidad a la experiencia patológica. Se trataría de un pasaje que va del campo de la mirada al campo de la palabra.

La nueva disciplina que se ocupará de ese otro campo de la enfermedad será bautizada como psicopatología. Ésta se propuso como tarea abarcar las diversas formas de la locura y fue possibilitada, en parte, por el dispositivo del asilo. Encontramos aquí la evolución de aquello que a partir del siglo XIX sentará las bases de un discurso que se preguntará por los signos y síntomas de la enfermedad mental. El cuerpo del anormal será separado y puesto a disposición de la medicina tras los muros del manicomio. En este sentido la psicopatología, en su fundamento, supone que en la descripción acuciosa de los aspectos comunes y las diferencias de los alienados podrían hallarse cuadros susceptibles de ser agrupados, comprendidos, explicados y tratados.

El efecto del trayecto del espíritu de la razón es el surgimiento de los anormales, los marginados, los insanos, que agrupadas bajo el nombre genérico de locura, se fragmentará en una variedad de formas sintomáticas psicopatológicas y entidades nosográficas: alucinaciones, delirios, obsesiones, manías, cuyo esplendor se alcanza en los tratados de las distintas escuelas psicopatológicas de finales de siglo XIX. Para el siglo XX la fenomenología toma el relevo de la psicopatología descriptiva, dando un nuevo fundamento epistémico al problema. La obra de Jaspers (2006) sistematiza y ordena el saber acumulado a la fecha, y brinda un fundamento teórico a la experiencia clínica. A mediados del siglo XX la estadística y el pensamiento sustentado en la pretensión de lo "a-teórico" toma fuerza como posibilidad de acuerdos y convenciones mundiales, conocidas bajo las formas de los manuales diagnósticos.

El psicoanálisis se inscribe en tensión con la clínica y la psicopatología de su época. No rompe con ella, ni se suma por completo. Conservará, transformará y producirá algunos de sus conceptos: diagnóstico, síntoma, melancolía, delirio y psicosis, entre otros, proponiendo un discurso teórico novedoso y una práctica clínica que le es propia. Así, Freud, como descubridor de la etiología sexual de las neurosis y las operaciones psíquicas implicadas en la formación de síntomas, aportará una nueva aproximación al acervo psicopatológico.

Del hospital y del cuerpo en psicoanálisis

El hospital es el campo clínico propio y privilegiado de la medicina, en cuya lógica opera un saber sobre el organismo ligado a la mirada, lo que supone una relación y una concepción del cuerpo. A diferencia del discurso psicoanalítico, el médico supone al paciente en posición de objeto, un objeto recostado para ser intervenido en su organismo en vista a lograr su bien: la recuperación y la rehabilitación en el registro de la salud. Sin embargo, encontramos en la etimología de la palabra 'hospital', del latín *hospes*, un origen que permite pensar otra relación entre sujeto y cuerpo, en cuanto nos remite a 'huésped'. Esta palabra porta cierta solidaridad con hospedar, algo del orden del *pathos*, un cuerpo que sufre, un sujeto que padece de su cuerpo.

El cuerpo del que el psicoanálisis se ocupa, a pesar de que no existe una teoría específica del mismo, si se puede rastrear en la relación fundamental que establece Freud entre cuerpo y síntoma. Esta relación se haya desde el nacimiento del psicoanálisis, justamente en el punto de imposibilidad del discurso médico de intervenir en un sufrimiento que no respondía a la "anatomía" conocida. Esto es, la histeria conversiva.

Freud descubre que la palabra no solo sirve a la comunicación, sino que a su vez tiene efectos en el sufrimiento del sujeto, como un padecer encarnado en la corporalidad, articulando, de esta manera, lo psíquico y lo corporal de una manera inédita. La palabra ocuparía no sólo un lugar central en esta articulación, sino que al mismo tiempo comportaría un poder que se constata a través de sus efectos: los de levantar la sintomatología psíquica.

Cabe la pregunta por ¿cómo dar lugar a una concepción psicoanalítica del cuerpo en el hospital público, y la relevancia clínica que podría tener para la cura de un sujeto afectado por un padecer?

Caso M: El cuerpo y el síntoma

Un paciente hospitalizado debido a una afección en su organismo, que requiere de tratamiento y rehabilitación bajo el modelo médico, y el que

fracasa porque su fundamento se halla en otra área: ése es el lugar propio para la escucha analítica. M. tiene 3 años, no se alimenta por boca, se estudia medicamente, se descubre que no hay impedimento físico para ello, sino que la causa se encuentra en otro registro, distinto a la biología. Es ahí donde la posición analítica permite el inicio de un tratamiento que contemple una lectura de ese padecer, y una manera de hacer con ello.

Con poco más de un año y medio M. tiene un accidente, cae del tercer piso de su casa. Las circunstancias en que sucedió no son claras, al parecer estaba con su padre. Tuvo como consecuencia un TEC grave, craneotomía, una hemiparesia fasciobraquiocrural y trastorno de alimentación, requiriendo sonda nasogástrica para alimentarse. Después de varios meses en un hospital general, llega a una institución para ser hospitalizado con el objetivo de su rehabilitación.

Luego del accidente la madre lo entrega adopción, refiere a la trabajadora social que “no lo quiere”. Las razones que argumenta es que tiene seis hijos más y una hermana melliza de él. En ese momento se estaba separando del padre debido a que M. y su hermana fueron producto de una “aventura” que tuvo la madre. Se hicieron los trámites para que pudiera ser susceptible de adopción.

Cuando M. llega al hospital, hace más o menos un año, se observa inmóvil, muy poco contactado con el medio y poca respuestas a los estímulos.

La fonoaudióloga y la terapeuta ocupacional son las profesionales que piden apoyo a la unidad de psicología, debido a las conductas que presenta. No recibe alimentos por boca. Se niega a comer, no existiendo razones médicas para ello, razón por la cual se alimenta con una sonda nasogástrica. Según lo relatado por sus tratantes tiene conductas agresivas con los terapeutas que no parecieran tener un patrón, las que se describen como desorganizadas. Golpea con manotazos que parecen inmotivados a los otros.

Un primer acercamiento fue acompañar a los tratantes, especialmente a la fonoaudióloga. M., luego de probar algunas cucharadas, se negaba a seguir comiendo, como un intento de decir que no a ese Otro. Ante la insistencia y las múltiples estrategias aplicadas por la fonoaudióloga, M. se enoja, golpea,

mira para el lado como haciendo un desaire. Él toma la cuchara y transfiere la comida de un plato a otro. Introduce la cuchara en su boca y acumula la comida allí, para luego botarla. Limpia los restos de comida repartidos en su mesa, lo que acompaña diciendo 'botó'. Son lo que parecieran ser distintas variantes para no recibir el alimento de un Otro. Se intenta que él elija qué comer presentándole varias alternativas, no come lo suficiente para suspender la sonda nasogástrica. El médico tratante propone que si no se alimenta por boca se realizará una gastrostomía, lo que implica una operación para que el alimento pase directamente a su estómago.

Una de las primeras estrategias con M. fue invitarlo a trabajar en el box, para diferenciar esta intervención de la serie de "otros" que circulan, como los niños, los padres de otros niños y los tratantes que pasan frente a él. De este modo se marcó un lugar y un tiempo estable.

En el box realizo una apuesta de presentar a un Otro distinto, al desmarcarme de los tratantes que demandan que realice ciertas actividades de orden terapéutico, de rehabilitación física y de alimentación por boca.

Espontáneamente M. señala con su dedo una caja de juguetes, se la acerco, saca los juguetes uno por uno y los tira al suelo hasta vaciar la caja. Dice 'botó'. Señala otra caja con juguetes, le pregunto si quiere la caja con juguetes, sólo apunta con el dedo, realiza la misma operación. Esta vez, cuando las tira al suelo, uso un semblante de preocupado y recojo cada juguete con mucho cuidado, los limpio, y los dejo con delicadeza sobre el escritorio. La caja queda vacía, le digo: 'la caja esta vacía'. La toma, introduce su cabeza en ella y balbucea fuerte, llena el vacío con su voz y su cabeza. Señala los juguetes que dejé en el escritorio, le pregunto: '¿quieres los juguetes?' Sólo señala, se los entrego uno por uno y los guarda en la caja. Los vuelve a lanzar al piso, dice "botó". Intervengo: 'Si, M. bota los juguetes'. Este dicho se orienta a situar un Otro con mayúscula en un intento de encadenar el significante 'botó'. Un S_1 con un S_2 , es decir, articular ese significante amo en un discurso. Corto la sesión.

La segunda sesión me sorprende que al ir a buscarlo a la sala pareciera sonreír y mostrarse contento de que fuera por él; es una diferencia a su *facies hipómímica* habitual.

Comienza a sacar juguetes y pareciera que los va tirar al piso. Esta vez le digo 'dame'. Me los pasa en la mano, a cada uno de ellos los nombro, y juego hasta dejarlos en el escritorio. Si es un auto digo 'es un auto', con sorpresa y con su respectivo sonido. M. observa y continúa. Se encuentra con una cuchara, la toma, hace un sonido similar a un suspiro, y con decisión juega a comer de un modo muy serio. Visualiza una olla, llena la cuchara con el contenido imaginario y come con dedicación. Comienza a golpear con fuerza la cuchara con la olla, cada vez más fuerte, me mira y golpea, va a tirar la olla, le digo 'dame', me la pasa y la dejo en el escritorio. Tira los otros juguetes, ofrezco mi palma para que me los dé y me golpea con ellos. Pongo semblante de dolor: 'Ay, me duele', se ríe, muy serio le digo: 'eso me duele'. Tira al piso los juguetes y dice 'botó'. Los recojo y digo: 'con cuidado'. Acaricio un juguete con forma de niño, se lo acerco, lo toma, lo muerde y lo tira al piso. Lo tomo cuidadosamente y lo dejo en el escritorio. Corto la sesión. Este corte responde al intento de interrumpir ese goce de 'botar' los objetos. Para M., al parecer, los objetos solo pueden ser botados, lo que podría responder a algo del orden de lo traumático y de la repetición de la escena de *ser 'botado'*.

En el trayecto de la tercera sesión dice 'mamá', ya en la sesión repite el juego de sacar los juguetes y me los pasa en la mano. Se encuentra con los juguetes de cocina, se los mete a la boca, los muerde fuerte, grita mientras los muerde, se excita, los golpea. Esta relación al objeto comida pareciera ser el lugar donde la relación al Otro se ve atravesada por un punto inasimilable. Aquí se juega algo del orden de lo real, en cuanto el registro de la necesidad y su inscripción pareciera alterado, y así también la demanda, que debe pasar por el Otro. En el *Seminario V*, Lacan se pregunta: "¿Qué es la demanda? Es lo que, de una necesidad, por medio del significante dirigido al Otro, pasa." (2004, p.90). Es decir, que la alimentación no pertenece exclusivamente al campo de la necesidad sino también al de la demanda y al del deseo. Se trata de una necesidad que debe pasar por el Otro. Pero se trata también de un rechazo al Otro, aunque éste no sea total. El no aceptar la comida como a su vez el botar cada objeto, pareciera responder a una lógica, a una suerte de operación que consiste en expulsar al Otro. Sin embargo, dará muestra de que es susceptible a la palabra en el marco de la transferencia.

Está con tos, lo imito en función de espejo, se ríe, le digo 'M., estás enfermito'. Comienza a golpear su cuerpo de modo repetitivo, pudiendo hacerse daño. Enérgicamente le digo 'M. ¡no!'. Se calma e inicia un juego nuevo, me señala con su dedo la caja de un piano de juguete, toma una jirafa pequeña y la introduce dentro de ella. Se sorprende, exclama 'oh', la saca y la vuelve a insertar varias veces, lo que daría cuenta de la función de lo simbólico. A través de este juego se manifiesta el umbral de lo simbólico, del juego de presencia y ausencia que evoca la función del *fort-da* freudiano. Cuando termina su juego corto la sesión. Lo voy a dejar a su sala y se despide con un beso sonoro. Su gesto provoca sorpresa. Le devuelvo el beso.

En las semanas siguientes cuando me ve pasar cerca de él apunta con su dedo hacia el box, lo que pareciera ser algo del orden de la demanda, lo que leo como la instalación de la transferencia. M. demanda ir a su sesión.

Una vez instalada la transferencia, paso a un negocio a comprar con él algo para beber, unas galletas, un chocolate, algo crujiente y sonoro, al inicio de cada sesión. En medio de ésta, cuando no me esta mirando, comienzo a comer con deleite, pero para mi mismo. En un comienzo sólo me mira y luego sigue jugando. Al paso de las sesiones comienza demandar que le de, apuntando con el dedo, a lo cual respondo 'es mi comida, tu tienes la tuya'. Esta intervención apunta a hacer operar un deseo, es decir, que se pueda instalar una falta en él. El resultado a lo largo de las semanas es que comienza a comer.

En el transcurso de las semanas, M. come, retiran la sonda por la cual se alimentaba, y demanda su alimentación. Es decir, pasa del rechazo al Otro a una demanda al Otro. Hasta aquí el caso.

Este campo descubierta por Freud, en el que falla la clínica biomédica, es el lugar privilegiado para la escucha del sujeto. En el terreno hospitalario dar lugar a esa escucha –si se quiere lectura– no sólo implica dar lugar a su discurso, sino también intervenir, alojar al equipo de tratantes en relación a ese sujeto singular. Así, proponer estrategias de abordaje con el equipo, que se orienten desde una ética y una aproximación a lo real, es también parte de la posición analítica. En el caso M. se acompañó al equipo en una lectura de la sintomatología del paciente que excedía por mucho al orden de la conducta

observable, para inscribirse en un registro mucho más fundamental: su manera única de relación al Otro. Vale decir, ser un desalojado, un rechazado por el Otro. A través de las discusiones clínicas con el equipo se fueron tomando estrategias y potenciando intervenciones que contemplaban esta hipótesis de trabajo.

La invención de un lugar

La posibilidad de intervenir desde una posición analítica como parte de un equipo multidisciplinario en un hospital, comporta el desafío de otorgar una escucha de la singularidad del sujeto. La posibilidad de alojar aquello único a través del dispositivo de la transferencia. De este modo, acompañar en la lectura/escucha del cuerpo que habla, a través de su sintomatología –aquella que se ha ido construyendo a partir de la lógica de la transferencia– es lo que permitirá la intervención psicoanalítica. De esta manera, la construcción del dispositivo supone algo del orden de la invención, en cuanto no esta asegurado de antemano. Para Lacan la invención se diferencia de la creación, pues la primera no es *ex nihilo*, requiere de un terreno previo, así en el *Seminario XVIII* refiere: “Si se inventa, es en el sentido en que la palabra *invención* quiere decir que se encuentra una buena cosa ya bien instalada en un rinconcito, en otras palabras que se hace un hallazgo. Para hacer un hallazgo, se necesitaba que esto ya estuviera bastante pulido, limado ¿por qué? Por un discurso”. (2009, p 46).

Esto es la posición analítica, no se identifica con ningún ideal de sanación, ni con la institución y su discurso salutífero. Habría que inventar en el hospital un lugar que no existe para el psicoanalista, porque como no existe el título de este, no existe tampoco su perfil de cargo. Así Lacan (2004) refiere que como “la mujer no existe”, el psicoanalista tampoco, es uno a uno. Sin embargo, lo que si hay, son actos analíticos y sus efectos.

El campo biopsicosocial, que es el modelo de tendencia creciente en el servicio público, comporta una protocolización de las prácticas clínicas, que puede pensarse como el descrédito creciente de la palabra en la época. El

empuje burocrático de la institución inunda todas las áreas y las relaciones, lo que implica una orientación por lo universal, supone el ideal, que admite, llevado a su extremo, la lógica de lo totalitario. Esto es, todos iguales y la eliminación de toda diferencia.

En el campo de la salud mental, esto supone cierta homogenización, un ideal de adaptación que está al servicio del poder, del control y de las políticas públicas. El psicoanálisis sospecha del “para todos iguales” y devela la inoperancia de esta pretensión. Él sostiene una práctica del uno a uno, del caso a caso, lo que es salud para uno no lo es necesariamente para otro. El ideal del éxito terapéutico, del bienestar, de la ausencia de conflicto, es un imposible a realizar y la clínica enseña la existencia de un resto imposible de ser tomado por el significante. El psicoanálisis tiene algo incómodo, un doble trabajo, porque hay que inventar cada vez con cada caso, en cuanto no procede con la norma, con el ideal, con los protocolos. Sin embargo, sí hay principio orientadores y una ética. Lo que no implica un desprecio, una negación de las reglas, sino un saber hacer con ello y la institucionalidad.

¿Cómo pensar y sostener una práctica clínica en el hospital orientada por una ética que permita alojar algo del orden del deseo, cuando su terreno propio es el organismo y su enfermedad, favoreciendo así una clínica que se oriente por lo real? Es posible constatar en las instituciones de salud públicas –no en todas, pero las que se sitúan desde la lógica del “para todos iguales”– cómo estas rechazan pacientes que no se adaptan a los protocolos, o sea, aquellos que no cumplen el perfil. Cabe la pregunta por ¿cómo crear instituciones que respondan a la lógica del deseo, que se sitúen como un Otro barrado que permita alojar esa singularidad? Es posible pensar que dar lugar a la falta-en-ser en el Otro es lo que permite el surgimiento del deseo. La posibilidad de un Otro barrado es lo que puede producir una pregunta para el sujeto, en cuanto pregunta y deseo se anudan para producir algo del orden de lo nuevo, de lo inédito y su máxima diferencia.

Uno de los desafíos más complejos a trabajar con el equipo, es el poder diferenciarse del ideal salutífero, del *furor sanandi*, para desde la posición analítica ofrecer un lugar otro, que permita el desarrollo de una demanda de tratamiento que se oriente hacia un más allá del organismo. Esto es construir

en el dispositivo clínico un síntoma bajo transferencia.

En el caso de un hospital de niños implica de un modo más evidente articular el trabajo con los padres y aquellos que ocupan ese lugar cuando los hay. Un cuerpo afectado por una enfermedad, un traumatismo en lo real, implican una vivencia compleja que no necesariamente deviene en una experiencia. Esto vale no sólo para el paciente, sino también para los padres, e incluso con el equipo cuando los casos tienen un alto impacto que engancha con la propia angustia de los tratantes. Que devenga en experiencia significa que ese acontecimiento en lo real del cuerpo pueda ser hablado, rodeado, dar los primeros pasos para que no sólo se intervenga el organismo, sino que el sujeto sea alojado, hospedado, más allá de la situación vital en juego, y albergar la posibilidad de que el equipo, desde su diferencia, también pueda leer algo del caso más allá de los protocolos, y aproximarse así a la invención de un saber hacer nuevo para cada sujeto.

Referencias

Barros, Marcelo. (2009). *Psicoanálisis en el Hospital. El tiempo del tratamiento.*

Buenos Aires: Grama.

Foucault, Michel. (2003). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada.*

Buenos Aires: Siglo XXI editores Argentina.

Jasper, Karl. (2006). *Psicopatología general.* México: Fondo de la cultura económica.

Lacan, Jacques. (2004). *Las Formaciones del Inconsciente. El seminario 5.*

Buenos Aires: Paidós.

Lacan, Jacques. (2009) *El seminario 18. De un discurso que no fuera del semblante.*

Buenos Aires: Paidós.

Lacan, Jacques. (2004). *Aun. El seminario 20.* Buenos Aires: Paidós.

Laurent, Eric. (2000). *Psicoanálisis y salud mental.* Buenos Aires: Tres haches,

Naparstek, Fabián y col. (2005). *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo.* Buenos Aires: Grama.

Los OFT como estrategia educativa para formar personas en Chile: un paradigma en crisis.

The OFT as an educational strategy for training people in Chile: a paradigm in crisis.

Miguel Marticorena Araya*

Resumen

El presente artículo corresponde a una investigación bibliográfica, cuyo foco de análisis es el proceso de implementación de los Objetivos Fundamentales Transversales (OFT), política educativa diseñada y ejecutada en Chile durante el *Gobierno de la Concertación* con el propósito de favorecer y potenciar en los estudiantes el desarrollo de un conjunto de habilidades, actitudes y valores correspondientes a un perfil de egreso establecido a partir de amplios consensos a principios de los 90. El análisis evaluativo de esta política se apoya en varios estudios recientes, los cuales permiten identificar importantes dificultades en su proceso de implementación. Las principales dificultades detectadas dicen relación con falta de conocimientos y competencias específicas en los docentes, así como a la carencia de orientaciones técnicas, supervisión y retroalimentación de especialistas al interior de los colegios. Así mismo se detecta que desde el Gobierno no ha existido una línea clara a nivel presupuestario, ni se han implementado sistemas de evaluación efectivos con cobertura nacional. Ello se asocia con resultados deficientes en diversos indicadores (violencia escolar, bullying, embarazo adolescente, consumo de drogas y alcohol entre otros), así como con la poca visibilidad y relevancia de esta política a nivel social. Estos

* Psicólogo PUC, Magíster en Psicología Educacional, Estudiante de Doctorado en Estudios Americanos en la Universidad de Santiago de Chile. Académico de la Universidad de Santiago de Chile. E-mail: m_marticorena@yahoo.es

resultados son analizados a la luz del modelo de la reproducción social de Bourdieu, así como de los últimos planteamientos en relación a la “fabricación de individuos” de Araujo y Martuccelli.

Palabras clave: política educativa, desarrollo de habilidades, perfil de egreso, fabricación de individuos.

Abstract

This article is a literature review, the focus of analysis is the process of implementing Transversal Fundamental Objectives (OFT), designed and executed educational policy in Chile during the *Gobierno de la Concertación* in order to promote and enhance student-developing a set of skills, attitudes and values to a graduate profile established from broad consensus in the early 90s. The evaluation of this policy analysis is based on several recent studies, which allow identifying significant difficulties in the implementation process. The main difficulties encountered are related to lack of specific knowledge and skills of teachers and the lack of technical guidance, supervision and feedback from experts into schools. Also it is found that since the Government has not been a clear line budget level, nor have implemented effective evaluation systems with national coverage. This is associated with poor outcomes in various indicators (school violence, bullying, teen pregnancy, drug and alcohol consumption among others), as well as poor visibility and policy relevance of this social level. These results are analyzed in light of the model of Bourdieu’s social reproduction, as well as recent approaches in relation to the “making of individuals” of Araujo and Martuccelli.

Key words: educational policy, development of skills, graduate profile, making of individuals.

Introducción

La educación en la actualidad es sin duda un tema de interés público instalado desde hace ya varios años, y que concita diversas expectativas de parte de los distintos sectores de la sociedad. Particularmente desde el año 2006, y especialmente durante el 2011 los estudiantes secundarios y universitarios Chilenos han asumido un rol especialmente protagónico, a través de manifestaciones públicas donde han hecho saber sus opiniones críticas y su insatisfacción con el funcionamiento del sistema educativo actual, especialmente con respecto a las posibilidades de acceso a educación pública de calidad para los sectores de menores ingresos y al rol que le corresponde al Estado en esta tarea.

Por otro lado el Gobierno de la Concertación realizó grandes esfuerzos para llevar a cabo una reforma al sistema educativo estatal, cuyos frutos tardaron tal vez demasiado tiempo en hacerse evidentes. Sus objetivos apuntaban fundamentalmente a mejorar la calidad y la equidad de la educación entregada, privilegiando la educación Básica y Media y hacia el final del periodo la Educación Parvularia y la Educación Superior. Sin embargo, las demandas de los estudiantes apuntan hoy exactamente a los mismo objetivos, lo cual pone en evidencia la existencia de un juicio negativo de parte de sus principales interesados, a pesar de que los datos oficiales tanto nacionales (últimos resultados del SIMCE) como internacionales (PISA), muestran una tendencia general del sistema a mejorar su calidad y a una disminución paulatina de las diferencias de rendimiento en función del origen social de los alumnos.

Sin embargo, el foco de la discusión sobre la calidad de la educación ha tendido a enfocarse en los resultados académicos de los llamados Objetivos Verticales y Contenidos Mínimos obtenidos en pruebas estandarizadas como el SIMCE (el cual constituye hoy prácticamente la única forma de operacionalizar la calidad con que funciona el sistema educativo), dejando fuera de la discusión el proceso llevado a cabo con los Objetivos Fundamentales Transversales, cuyo propósito esencial es que la educación sea capaz de potenciar un desarrollo pleno e integral de los estudiantes en todos los ámbitos de su existencia (cognitivo, social, afectivo y ético).

Este será justamente el eje de análisis de este ensayo, puesto que de un tiempo a esta parte, este ámbito menos popular del sistema educativo está cobrando cada vez más relevancia, a pesar de no existir ningún sistema de evaluación formal que permita tener luces sobre la efectividad de las políticas desarrolladas por el Gobierno, ni estar en el foco del debate público. Las razones de este renovado interés dicen relación con el deteriorado perfil de muchos de los egresados del sistema de educación municipal y los problemas que los aquejan durante su permanencia en el sistema educativo, los cuales son en su mayoría de conocimiento público, es decir, violencia escolar, bullying, embarazo adolescente, consumo de drogas y alcohol, deserción escolar y baja autoestima entre otros (MINSAL, 2011; MINEDUC, 2011).

Para cumplir con los objetivos antes mencionados se realizará una breve descripción de esta política a nivel teórico, así como de las principales propuestas para su implementación en Chile. Luego esta propuesta será confrontada con los resultados de algunas investigaciones recientes que han intentado poner en evidencia la efectividad de su implementación, ello se complementará con algunos datos relevantes obtenidos a partir de una evaluación sobre este tema encargada por la Dirección de Presupuesto (DIPRES) a fines del Gobierno de Michelle Bachelet el año 2009.

Posteriormente para analizar estos resultados se utilizarán los planteamientos de Bourdieu (1977) para reflexionar en torno al rol social que esta política está cumpliendo, es decir, en qué medida está operando como una herramienta de transformación y desarrollo social o por el contrario de reproducción de las desigualdades preexistentes. A continuación este análisis será confrontado con el modelo de los procesos de individuación de Martuccelli y Araujo (2010), quienes desde la sociología del individuo aportan una renovada mirada respecto del proceso de "fabricación de individuos".

Finalmente en las conclusiones se plantea la existencia de una crisis en el paradigma imperante dentro de la educación estatal chilena, respecto de la formación de personas, en la medida que por un lado la aplicación de esta política se encuentra muy lejos de aproximarse a los resultados esperados, debido no sólo a las deficiencias de los procesos de implementación, sino a la forma en que este currículum fue concebido y quienes participaron de este

proceso, lo que lleva finalmente a cuestionar los fundamentos epistemológicos del concepto de ser humano a la base, así como los supuestos teóricos que sustentan la forma en que su desarrollo debe ser orientado desde el interior del espacio educativo.

Antecedentes del proceso de formulación de los OFT

Dentro de los antecedentes históricos de esta política es preciso destacar que al término de la Dictadura Militar se crea la Ley Orgánica Constitucional de Educación (LOCE), donde se instaura la descentralización del curriculum (marzo de 1990). En dicha ley se establece que el MINEDUC debe generar un marco de Objetivos Fundamentales y Contenidos Mínimos Obligatorios.

Posteriormente el gobierno de la Concertación en sus primeros años, se vio en la necesidad de poner en funcionamiento la LOCE, dada la imposibilidad de modificarla en el corto o mediano plazo. En ese momento existía un consenso mayoritario acerca de la necesidad de realizar una reforma sustantiva al Sistema Educativo, que implicaba por un lado la modernización del currículum en Enseñanza Básica y Media, y por otro la incorporación de la perspectiva de la educación integral promovida por diversos organismos internacionales.

Es preciso destacar que la propuesta de los Objetivos Fundamentales Transversales tiene como fuente de inspiración la Conferencia Mundial sobre Educación para Todos, realizada en Jomtien, Tailandia (1990), el informe Delors, presentado a la UNESCO por la Comisión de Educación para el Siglo XXI (1996) y el informe presentado por la Comisión Nacional para la Modernización de la Educación en Chile, también conocido como el informe Brunner (1995).

La aplicación de los OFT en la educación chilena

La actual política educativa que apunta a complementar la formación académica (Objetivos Fundamentales y los Contenidos Mínimos Obligatorios,

correspondientes al plan académico de estudios que se imparte en todos los colegios del país) con un modelo de formación integral en Chile, correspondiente a los Objetivos Fundamentales Transversales (OFT), surge a principios de los 90, durante el Gobierno de Patricio Aylwin. Su objetivo central dentro del marco curricular chileno (en el contexto de la Reforma Educacional) era:

Propiciar una formación integral para los alumnos y las alumnas de Educación Básica y Media, que responda a las nuevas necesidades educativas, promoviendo un mayor desarrollo personal y una formación ético valórica, que les permita enfrentar con seguridad los desafíos del presente y futuro y hacer un aporte real a la construcción de un mundo mejor (Magendzo, 1997, p. 10).

La idea de transversalidad se constituye así en un elemento innovador dentro de esta reforma educativa, al orientarse hacia la educación global, sostenida sobre cuatro ejes, cuales son: la globalización de la cultura, la educación integral de la persona, la organización democrática de la escuela, y el compromiso de la educación con la problemática socio-natural. De este modo, el concepto de transversalidad pretende instalar una nueva manera de entender la realidad y vivir las relaciones sociales desde una visión sistémica, aportando así a la superación de la fragmentación de las áreas de conocimiento, a la adquisición de valores, a la formación de actitudes, a la expresión de sentimientos y maneras de entender el mundo, y a las relaciones sociales en un contexto específico (Magendzo y otros, 2003).

Esta perspectiva pretende incorporar a todos los actores de la comunidad escolar, en la medida que los OFT se plantean objetivos de aprendizaje que deben cruzar todas las experiencias de aprendizaje de los estudiantes en su vida escolar. Sin embargo, pone especial énfasis en la figura de los docentes, a quienes se pide que se hagan cargo de la parte que les corresponde, dentro de la totalidad de los aprendizajes implicados (Mineduc, 2001).

Es preciso señalar que la transversalidad forma parte del llamado "currículum para la vida", lo cual puede generar interpretaciones equivocadas, en el sentido de que la formación académica no lo sea. En efecto todo el currículum se orienta a formar a los estudiantes para la vida, otorgándoles un conjunto de saberes, habilidades, valores y experiencias que hacen dialogar

lo conceptual o cognitivo, con lo formativo. No obstante, la formación para la vida desde esta perspectiva, pretende alcanzar una integración y un equilibrio entre estos dos ámbitos del aprendizaje. Es decir, formar sujetos flexibles, creativos, con capacidad para innovar, con juicio crítico y capacidad de tomar decisiones, moralmente sólidos y a la vez con un dominio de conocimientos fundamentales para dar respuestas a las nuevas demandas y desafíos que el mundo actual les plantea (Mineduc, 2001).

Es preciso destacar también que la transversalidad se funda en un enfoque valórico y axiológico, el cual coincide con los propósitos de la educación definida en el Marco Curricular. Estos objetivos apelan al desarrollo de las distintas dimensiones de los estudiantes: personal, social, moral y del pensamiento (Magendzo y otros, 2003).

Tal cual como se señala en el marco curricular, el desarrollo de los OFT no se limita a un solo subsector de aprendizaje o a un nivel de enseñanza, sino que debe estar presente en toda la Educación Básica y Media. En los actuales programas los OFT son abordados en los distintos subsectores curriculares. Es por ello que en el trabajo de aula que realiza el docente, se espera que logre considerar que el desarrollo de los contenidos y las actividades propuestas en cada uno de los programas de este nivel, está íntimamente relacionado con los OFT (Mineduc, 2001).

Antecedentes evaluativos en relación a la implementación de los OFT

En un estudio evaluativo realizado por Gubbins, Benavente, Cameratti y Reinoso (2005) se destaca la ausencia de una conceptualización clara respecto de la transversalidad, lo que se expresa en la ausencia de una identificación clara de los valores concretos a los que se alude, así como la dificultad para operacionalizarlos, y por lo tanto para describir elementos que puedan ser medidos o evaluados. A su vez, el mismo estudio destaca la inexistencia de un discurso que vincule la noción de transversalidad con el trabajo que se realiza en cada sector de aprendizaje. Por lo tanto los OFT no se relacionarían de manera explícita con los aprendizajes a desarrollar por las disciplinas del currículum.

Por otra parte Egaña y otros (2004) concluyen que los profesores no perciben en los OFT la existencia de elementos que podrían considerarse como innovadores. A su vez constatan vaguedad en el reconocimiento formal de estos objetivos, por lo que sería posible asumir un trabajo débil sin una clara orientación en términos de su implementación pedagógica, existiendo evidencia de ello dentro de este mismo estudio.

Las investigaciones revisadas son coincidentes al señalar que no se observa una especificación concreta que oriente con precisión el desarrollo del proceso de planificación de una clase para incorporar los OFT. De este modo la forma de abordarlos presentaría un carácter más bien intuitivo (Egaña y otros, 2003; Fernández y Jashes, 2001).

Es destacable también que en el discurso de los docentes se constata la existencia de una separación entre los aprendizajes de carácter vertical, es decir, de aquellos vinculados a las disciplinas y sectores de enseñanza, con los de corte transversal, vinculados al desarrollo personal de los individuos y grupos; lo cual vendría a confirmar que no se estaría logrando la integración entre la orientación formativa y la académica en los distintos sectores de aprendizaje (Egaña y otros, 2003; Gubbins y otros, 2005).

Una falencia importante con respecto a la implementación de los OFT dice relación con la ausencia un trabajo de coordinación y articulación sistemática al interior de los establecimientos. Producto de ello algunos docentes manifiestan sentirse solos a la hora de planificar e implementar este trabajo, careciendo de un trabajo de equipo y asesoría técnica para su ejecución (Gubbins y otros, 2005).

Así mismo se suman a las dificultades antes señaladas, aquellas relacionadas con la falta de orientaciones técnicas para realizar una evaluación de los OFT. Según los docentes ello obstaculizaría el poder evaluar de manera precisa y mediante criterios uniformes, la incorporación de valores por parte de los alumnos. (Egaña y otros, 2003).

A las investigaciones anteriores se suma un estudio evaluativo solicitado por la Dirección de Presupuesto (DIPRES) el año 2009 sobre el Programa de Educación Extraescolar correspondiente al periodo 2005-2008, que señala entre otras las siguientes conclusiones:

- Los Objetivos Fundamentales y Contenidos Mínimos existentes para la Educación General Básica, Media y de Adultos incorporan los contenidos formativos referidos a los Objetivos Fundamentales Transversales, de forma muy genérica, en comparación con la operacionalización que existe para los denominados Objetivos Fundamentales Verticales, asociados a los aprendizajes instruccionales.

- El programa no ha diseñado ni aplica mecanismos de evaluación de los aprendizajes de los alumnos asociados a los Objetivos Fundamentales Transversales, a diferencia de los Objetivos Fundamentales Verticales, cuyos aprendizajes son medidos a través del SIMCE.

- Se evalúa negativamente que el programa no cuente con mecanismos de participación ciudadana, ya que el programa contribuye, entre otros, a la formación en valores de ciudadanía, uno de los cuales es la participación. Pese a ello los OFT, tanto del nivel de educación básica como del nivel de media, identifican como un aspecto relevante el desarrollo de ciudadanos en un escenario democrático, el compromiso con su entorno y el sentido de responsabilidad social.

Finalmente este mismo informe de la DIPRES (2009) señala que en términos presupuestarios esta área no ha sido una prioridad en términos de implementación curricular. Ello a su vez coincide con la baja visibilidad de la Unidad de Apoyo a la Transversalidad, oficina ministerial encargada de la implementación de los OFT.

La mirada de la reproducción cultural de Bourdieu versus el proceso de individuación

Para Bourdieu y Passeron (1998) el rol socializador de la escuela tiene como propósito principal que los estudiantes desarrollen aquellas habilidades que posteriormente tendrán que utilizar cuando se inserten en el sistema productivo, en función de nivel socioeconómico al que pertenezcan.

Desde esta perspectiva el rendimiento escolar está estrechamente vinculado al capital cultural heredado,¹ el cual varía en las distintas clases

¹ El concepto de capital cultural heredado es entendido por Bourdieu como el total de saberes y maneras de usar el saber, transmitidos imperceptiblemente en el seno de las relaciones familiares (Cox, 1984).

sociales. Por tanto la mayor o menor distancia entre capital cultural heredado y la cultura de la escuela determinarán que la experiencia escolar sea de reeducación (confirmación discursiva de principios ya adquiridos prácticamente en la socialización familiar de manera inconsciente) o de aculturación, lo cual implica la adquisición discursiva de criterios que no han sido previamente incorporados (Bourdieu, 1997). De este modo, en la medida que las diferencias de capital cultural no pueden ser separadas de la estratificación social, la escuela tendería a reproducir de las diferencias sociales preexistentes.

Según Bourdieu, la mantención de este sistema de reproducción de las desigualdades sociales a través de la acción del sistema educativo, requiere que este proceso se mantenga oculto para sus principales protagonistas. A esto se refiere con el efecto ideológico de la institución escolar, el cual actúa a través del ocultamiento práctico de las vinculaciones existentes entre las calificaciones que otorga y el capital cultural heredado de los alumnos. Por lo tanto en una sociedad de ideología democrática burguesa (como es el caso de Chile), la escuela sería la institución fundamental de transmisión intergeneracional de privilegios, que no pueden ser abiertamente transmitidos (Bourdieu y Passeron, 1998).

Esta mirada del proceso socializador de Bourdieu si bien explica el rol de la escuela en una sociedad capitalista o liberal, asume que los individuos son básicamente productos sociales, es decir, el resultado de la interacción de "fuerzas sociales", que interactúan con su posición social, así como sus conductas y vivencias (Araujo y Matucelli, 2010). Sin embargo, el individuo final de este proceso, si bien es único e irreplicable, no tiene ninguna responsabilidad en su resultado, ya que no está en sus manos dirigirlo o intencionarlo en alguna dirección (Portocarrero, 2006).

El análisis anterior del modelo de Bourdieu, corresponde a un enfoque estructuralista respecto del proceso de constitución de individuos, en la medida que desde una mirada determinista, se generan mecanismos explicativos para la mantención de las desigualdades sociales, dejando fuera la perspectiva del individuo, para quién su participación en este caso sería irrelevante.

Esta mirada hoy aparece superada por planteamientos surgidos en los 80, que apuntan al retorno al sujeto (Beck, Gideens, Simmel, y Elias en Martuccelli, 2007), marcando de este modo el fin de la metáfora objetivista anterior, que tendía a imponer una “cosificación maquinaica” en la búsqueda de explicaciones a los procesos sociales y al funcionamiento de las personas (Portocarreo, 2006). En este sentido resulta esclarecedor el análisis realizado por Araujo y Matuccelli (2010) al señalar que aparte de la socialización (entendida como el estudio del proceso-socio psicológico en la fabricación de individuos), hoy aparecen cada vez más relevantes como modelos explicativos en la formación de individuos la subjetivación y la individuación. En términos generales la subjetivación se enfoca en el problema de la constitución del sujeto como resultado de una dinámica sociopolítica de emancipación, en tanto la individuación privilegia una mirada socio histórica para entender el tipo de individuo que es estructuralmente fabricado por una sociedad determinada.

Al respecto, Martuccelli propone privilegiar el proceso de individuación y tomar distancia de la socialización, en tanto la individuación permitiría reconocer la singularización creciente de las trayectorias personales, asociado a la diversidad de experiencias que tienden a singularizarlos a pesar de la similitud de sus posiciones sociales. Al realizar este giro teórico Martuccelli se diferencia de los modelos de individuación anteriores y propone un nuevo dispositivo para el estudio de los procesos de individuación, cual es la noción de prueba,² la que conlleva una modalidad específica de trabajo, mediante el cual el individuo se constituye en sujeto (Araujo y Martuccelli, 2012).

En síntesis este modelo logra un adecuado equilibrio en relación a propuestas anteriores, ya que, por un lado permitiría comprender el perfil de una sociedad a partir de un conjunto estandarizado de pruebas, y por otro procura dar cuenta históricamente del modo en que los individuos se constituyen como tales al tratar de cumplir con ellas.

Uno de los aportes más destacables de este modelo es el cambio de enfoque en la manera de entender la acción social, la que ya no sería el simple resultado de la acción de determinaciones sociales y culturales sobre

² El concepto de prueba es entendido como “...desafíos históricos, socialmente producidos, culturalmente representados, desigualmente distribuidos que los individuos están obligados a enfrentar en el seno de una sociedad” (Araujo y Martuccelli, 2012, p. 16).

el individuo, ya que, ésta siempre implica la mediación de una determinada representación de sujeto. El sujeto a su vez es ahora entendido como el resultado de un trabajo permanente realizado por los individuos, quienes se encuentran en medio de los discursos normativos y la contingencia, es decir, entre los ideales y la experiencia social.

¿En qué medida la aplicación de los OFT operan como un factor de transformación social o como un reproductor de las desigualdades sociales existentes?

En primer término parece necesario recordar que la propuesta de los OFT tiene como propósito fundamental aportar una formación capaz de potenciar el desarrollo de la persona de los alumnos y alumnas en todas sus dimensiones (personal, social, moral y del pensamiento), asumiendo implícitamente que el modelo academicista tradicional no lo estaba haciendo o no estaba dando los resultados esperados.

Es destacable que esta propuesta si bien buscó alcanzar el mayor de los consensos posibles, a fin de generar una alta identificación con ella de parte de la ciudadanía y un bajo nivel de resistencia a su aplicación, no consideró, en su formulación los valores y cosmovisiones de los sujetos de clase baja, ni de las diversas minorías étnicas, culturales y sexuales existentes en nuestro país, por ende consciente o inconscientemente busca lograr una suerte de homogeneización valórica y actitudinal desde la cultura dominante. Este solo hecho la convierte en una propuesta con una pertinencia cultural restringida sólo a determinados sectores de la población, correspondientes a las capas sociales medias y altas.

Esto podría explicar en parte los negativos resultados evidenciados en la evaluación presentada por la DIPRES (2009), cuyo foco de investigación fueron profesores y directivos de colegios municipales, posiblemente debido a que este discurso moralizante -desde la cultura dominante- de los profesores, podría entrar en conflicto con los valores y estilos de vida propios de las culturas locales en las comunas de clase baja, así como con aquellas familias pertenecientes a minorías étnicas (Mapuches, Rapanuis, Aimarás, entre otros).

Por otra parte si se mira al interior de los colegios particular pagados y particular subvencionados, quedará en evidencia que muchos de estos establecimientos además de tener una mayor afinidad entre las familias, los docentes y la cultura oficial (sintetizada en el currículum establecido por el Mineduc), cuentan en muchos casos con una estructura organizacional distinta a la de los liceos y escuelas municipales, ya que incorporan en ella a psicólogos educacionales, orientadores o encargados de pastoral (en el caso de los colegios confesionales), es decir, cuentan con profesionales especializados en la formación de personas que organizan, articulan, intencionan, supervisan y evalúan este trabajo. Además de esto, muchos colegios privados cuentan con material didáctico especialmente diseñado para apoyar el trabajo de los profesores jefes en las asignaturas de Orientación y Consejo de Curso, entregando de este modo propuestas pedagógicas concretas que se aplican en momentos concretos, a diferencia del profesor jefe de un establecimiento municipal, que debe apoyarse básicamente en su creatividad personal, sin ningún tipo de supervisión, retroalimentación o evaluación de parte de alguna autoridad competente de su institución. Sin duda que todas estas diferencias se relacionan con el hecho de que estos distintos tipos de colegios cuentan con niveles de recursos económicos considerablemente diferentes, puesto que tanto los profesionales especializados, como el material didáctico, implican costos difícilmente alcanzables para los colegios municipales.

De este modo los planteamientos de Bourdieu, para explicar el bajo desempeño en alumnos de clase baja, podrían ser útiles también para dar cuenta en alguna medida de las dificultades detectadas en el ámbito de la formación integral, ya que por una parte se evidencia que el capital cultural heredado de los alumnos en esta área también difiere significativamente con el discurso del docente en las comunas de clase baja, lo cual reduce significativamente sus posibilidades de éxito. A su vez, en aquellos casos en que se tenga éxito en la inculcación del discurso moralizante oficial, se tendrá una experiencia de aculturación como efecto secundario, lo cual podría generar un distanciamiento o conflictos con su cultura materna, dada la poca capacidad de esta propuesta curricular de responder de la diversidad étnica y cultural que presenta Chile.

Desde la mirada del proceso de individuación (Araujo y Martuccelli, 2012) antes mencionado, podría plantearse como hipótesis alternativa para explicar el fenómeno descrito, que Chile podría encontrarse ad portas de una crisis con respecto al paradigma dominante en la “fabricación de individuos”. Es decir, que aun cuando todavía está vigente una mirada estructuralista en la definición del tipo de individuo que se pretende generar, hay señales que apuntan a cuestionar este modelo a partir de una creciente demanda por mayor participación en la generación de políticas públicas en educación de parte de los mismos estudiantes secundarios y universitarios. No obstante, es preciso señalar que estas demandas aun no cuestionan de manera explícita el proceso mediante el cual se impone un modelo de individuo en el actual currículum vigente. En este sentido es relevante constatar la existencia creciente de colegios que desarrollan proyectos educativos considerados “alterativos”, los cuales tomando cierta distancia con las propuestas del gobierno en relación a los OFT y promueven explícitamente desde sus proyectos educativos algunas de las siguientes habilidades: capacidad críticas y/o reflexiva, compromiso social, sentido ético y proactividad. (Ejemplos de ello pueden considerarse establecimientos como el Colegio Raimapu,³ Colegio Latinoamericano de Integración, Colegio Latino Cordillera y el Colegio Francisco de Miranda entre otros).

Conclusiones y reflexiones finales

En Chile las diferencias de clase aparecen sustentadas entre otros factores por un sistema educativo que reproduce las desigualdades sociales de los alumnos que participan de él, privilegiando aquellos que poseen un capital cultural coherente con la cultura dominante y discriminando negativamente a aquellos que pertenecen a sectores de pobreza o a culturas minoritarias nacionales o extranjeras. Esta línea teórica ahora podría aplicarse también para explicar algunas de las múltiples deficiencias detectadas en la aplicación de los OFT como estrategia gubernamental para promover la formación integral de los alumnos.

³ De este colegio cuyo nombre en Mapudungún significa “tierra florida” egresó Camila Vallejos, una de las principales dirigentes del movimiento estudiantil chileno en 2011.

En relación a lo anterior es preciso destacar que la mayoría de las políticas de gobierno tendientes a superar las desigualdades de aprendizaje entre alumnos perteneciente a distintos niveles socioeconómicos, a través de las reformas educativas, se han enfocado preferentemente en lo académico, tanto en el periodo de la Concertación como durante el actual gobierno de Sebastián Piñera, lo cual se ha traducido en disminuciones leves pero sostenidas en el tiempo de las brechas en los aprendizajes medidas a través de instrumentos como el SIMCE (MINEDUC) y mejoras importantes en evaluaciones internacionales como PISA 2009, donde en un periodo de 10 años Chile mejoró significativamente, ubicándose en el lugar 44 entre 65 países evaluados en la prueba de lectura. Así mismo se aprecia un promedio de escolaridad creciente tanto de educación básica y media, como de educación superior, lo cual se asocia con aumentos leves, pero, progresivos en el *ingreso per cápita*, llevando a algunos expertos (Sapelli, 2011 y Torche, 2005) a concluir que la desigualdad en Chile estaría disminuyendo lentamente y que esta tendencia podría continuar en el futuro, especialmente si se mantienen o se fortalecen las actuales políticas orientadas a facilitar el acceso a la educación primaria, secundaria y terciaria de calidad. Estos resultados son alentadores y constituyen indicadores que avalan la efectividad de estas políticas. Sin embargo, estas señales moderadamente optimistas en el ámbito académico, no se asocian necesariamente con mejoras significativas en la calidad de vida de los estudiantes y sus familias, ello se evidencia en los elevados niveles de violencia que se observa entre los alumnos de todos los sectores, altos niveles de consumo de alcohol y drogas entre los jóvenes y la mantención de altas tasas de embarazo adolescente especialmente en los sectores sociales de más bajos recursos, así como un inicio cada vez más temprano de la actividad sexual en ambos sexos (MINSAL, 2011; MINEDUC, 2011).

Por otro lado es preciso tener una mirada crítica con el concepto de calidad que está evaluando la prueba SIMCE, ya que lo que mide es la implementación de un curriculum orientado a incorporar conocimientos y destrezas instrumentales funcionales al actual sistema productivo y económico, que no ha sido pensado, ni elaborado de manera democrática, ni participativa, por lo tanto tiende a priorizar las necesidades del macro sistema social y no las necesidades de los individuos.

Por otra parte resulta curioso constatar que el foco de las recientes demandas para mejorar la calidad de la educación, no alcanza a visualizar estas dificultades, pidiendo sólo mejores resultados y equidad, sin cuestionar directamente el concepto de calidad que hoy se utiliza para evaluar el desempeño del curriculum que se está implementando todo el país.

En este sentido para tener una educación de calidad (entendida como aquella educación capaz de formar individuos consientes de mismos, empoderados con su propio proceso de desarrollo y comprometidos activamente con los procesos sociales y políticos de su país) se requiere de un curriculum que refleje las necesidades de las personas y no sólo los intereses y visiones de quienes hoy poseen el poder político y económico para imponerlas.

Ahora bien, en la comprensión de los procesos de desigualdad se hace relevante una mirada capaz de integrar la perspectiva de la sociología cuyo foco tiende a relevar el efecto de las estructuras sociales en la conducta de los individuos, con la mirada de la psicología cuyo foco está puesto en los procesos intrapsíquicos que influyen sobre la conducta humana. Sin embargo, los recientes desarrollos de la sociología del individuo (Araujo & Martuccelli, 2010; Portocarrero, 2006) permiten alcanzar una nueva comprensión de estos procesos, superando las visiones estructuralistas que explican tanto el funcionamiento de la sociedad como el comportamiento de los sujetos a partir de variables macro, acentuando una perspectiva determinista. La sociología del individuo en tanto destaca también los procesos y acciones que este individuo realiza en el proceso permanente de constituirse como sujeto.

El reto de ayer consistió en leer e insertar las experiencias de los actores dentro y desde las lógicas grupales de los grandes procesos estructurales, hoy por hoy, a riesgo de perder toda posibilidad de comunicación entre los analistas y los actores, el objetivo es dar cuenta de los principales cambios societales desde una inteligencia que tenga por horizonte el individuo y las pruebas a que está sometido" (Martuccelli, 2007, p. 5).

Esta nueva mirada sobre el fenómeno social enfocada en los procesos individuales, podría abrir una brecha de esperanza, donde los individuos al hacerse conscientes de aquellas variables que los oprimen, podrían por

iniciativa propia actuar de manera organizada para modificar el modo de operar de algunas de estas macro estructuras del sistema. Al respecto hay que tener en consideración que esas macro estructuras también se constituyen y transforman a lo largo de la historia producto de la acción de los individuos mediante un proceso dialéctico. Ciertamente que ello se facilita cuando estas demandas por generar procesos de cambio en las instituciones, se dan en contextos verdaderamente democráticos, donde las opiniones de los grupos grandes y pequeños son tomadas en consideración, siendo de este modo reconocidas y valoradas por aquellos que generan las normas y las leyes que regulan el funcionamiento de dichas instituciones.

A modo de cierre de esta reflexión es preciso señalar que la investigación que hoy se realiza desde las ciencias sociales, no puede conformarse solo con describir, explicar, cuestionar o incluso denunciar las situaciones de injusticia social, sino que debe ofrecer alternativas concretas de solución que iluminen y orienten la generación de políticas que posibiliten niveles de desarrollo humano cada vez mayores, pero, al mismo tiempo ampliando y enriqueciendo el concepto de persona y de desarrollo humano (más allá de la expectativa de vida, el nivel educacional y el *ingreso per cápita* considerados en los Informes de Desarrollo Humano elaborados por el PNUD, 2011) incorporando indicadores de salud mental, respeto y tolerancia a la diversidad, cuidado del medio ambiente, y también el nivel de bienestar subjetivo alcanzado por los ciudadanos.

Referencias

- Araujo, Kathya y Martuccelli, Danilo.** (2010). *La individuación y el trabajo de los individuos*. Educação e Pesquisa, 36 (Esp.), 77-91.
- Araujo, Kathya y Martuccelli, Danilo.** (2012). *Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos*. Santiago: LOM.
- Bourdieu, Pierre.** (1997). *Razones prácticas*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean Claude.** (1998). *La reproducción, elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. México: Editorial Laia.
- Cox, Cristián.** (1987). *Clases, reproducción cultural y transmisión escolar: una introducción a las contribuciones teóricas de P. Bourdieu y B. Bernstein*. CIDE. Santiago.
- DIPRES.** (2009). *Programa de Educación Extraescolar. Evaluación de Programas Gubernamentales (EPG)*. Santiago.
- Egaña, L. / Assael, J. / Magendzo, A. / Santa Cruz, E. / Varas, R.** (2003). *Reforma Educativa y Objetivos Fundamentales Transversales. Los dilemas de la innovación*. Santiago: Programa interdisciplinario de Investigación en Educación.
- Fernández, C. / Jashes, J.** (2001). *Objetivos Fundamentales Transversales (OFT) en la Enseñanza Media: La mirada de los profesores*. Documento de trabajo no publicado de la Unidad de Currículum y Evaluación, Mineduc.
- Gubbins, V. / Benavente, A. / Cameratti, C. / Reinoso, A.** (2005). *Prácticas educativas en Transversalidad: ¿Qué nos dicen los docentes?* Ponencia presentada a Jornadas de Psicología Educativa. La Serena.
- Magendzo, A. / Alarcón, C. / Carbonell, V. / Holt, D. / Marfan, J.** (2003) *¿Cómo trabajar los Objetivos Fundamentales Transversales en el aula?*. Santiago: Ministerio de Educación.

- Magendzo, A., Donoso, P. y Rodas, M.T.** (1997). *Los Objetivos Fundamentales Transversales de la Educación*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Martuccelli, Danilo.** (2007). *Cambio de rumbo*. Santiago: LOM.
- Ministerio de Educación.** (1998) *Objetivos Fundamentales y Contenidos Mínimos Obligatorios de la Educación Media*. Decreto N°220. Santiago.
- Ministerio de Educación.** (2001). *Criterios para una Política de Transversalidad. Unidad de Apoyo a la Transversalidad*. Santiago.
- Ministerio de Educación.** (2002). *Objetivos Fundamentales y Contenidos Mínimos Obligatorios de la Educación Básica*. Decreto N°232. Santiago.
- Ministerio de Educación.** (2011). *Encuesta nacional prevención, agresión y acoso escolar*. Octavo Básico SIMCE 2011. Pdf. Disponible en: http://www.mineduc.cl/usuarios/mineduc/doc/201207301558020_Encuesta_nacional_prevenicion_agresion_acosoescolar_2011.pdf 20-10-2012
- Ministerio de Salud.** (2011) "En salud los jóvenes eligen", Coordinador Felipe Hasen. Disponible en: <http://www.minsal.gob.cl/portal/url/item/b554a9fa5044ef14e04001011e017f17.pdf> 31-10-2012
- PNUD, Informe sobre el Desarrollo Humano** (2011) *Sustentabilidad y Equidad: Un futuro mejor para todos*. Disponible en: http://hdr.undp.org/en/media/HDR_2011_ES_Summary.pdf 20-10-2012
- Portocarrero, Gonzalo.** (2006) *Problematizando la subjetividad*. En: Díaz, X.; Godoy, L.; Stecher, A.; Toro, J. (Eds.) *Trabajo, identidad y vínculo social*. Santiago: Centro de Estudios de la Mujer. Universidad Diego Portales.
- Sapelli, Claudio.** (2011). *Chile: ¿Más Equitativo?*. Santiago: Ediciones UC.
- Torche, Florencia.** (2005). *Desigual pero fluido: El patrón chileno de movilidad en perspectiva comparada*. En: Foco 57. Expansiva. 29p. http://www.expansivaudp.cl/media/en_foco/documentos/12102005132043.pdf20-10-2012

Estado del arte de la psicología en emergencias y desastres en Chile y América Latina

State of the art of psychology in emergencies and disasters in
Chile and Latin America

Claudio Barrales*

Humberto Marín**

Rodrigo Molina***

Resumen

Especial interés ha causado en los últimos años el desarrollo de técnicas relacionadas con el estudio del comportamiento humano antes, durante y después de emergencias y desastres. Este nuevo campo de especialización llamado Psicología de emergencias y desastres ha centrado las miradas, no solo por la ocurrencia de eventos que han demandado su aplicación, sino también por el normal desarrollo y evolución que ha tenido la psicología en nuestro país y el continente. El presente texto trata de dar cuenta del estado de avance y punto de estado actual de esta especialidad dentro de la región latinoamericana.

Palabras clave: psicología emergencias, desastres, catástrofes, psicología Latinoamérica.

* Universidad Central de Chile. Escuela de Psicología. E-mail: cbarralesd@ucentral.cl

** Sociedad Chilena de Psicología en Emergencias y Desastres (SOCHPED), Email: humberto.marin@sochped.cl

*** Universidad Central de Chile. Escuela de Psicología. Email: rmolina20@gmail.com

Un resumen de dicho documento está disponible en: http://www.gonzalosalas.cl/index.php?option=com_content&view=article&id=86

Abstract

Special interest has caused in recent years the development of techniques related to the study of human behavior before, during and after emergencies and disasters. This new area of expertise called emergency and disaster psychology has focused the eyes, not only by the occurrence of events that have sued their application, but also for the normal development and evolution that has taken psychology in our country and the continent. This article tries to give an account of the progress and current status about this specialty within the Latin American region.

Keywords: psychology emergencies, disasters, catastrophes, psychology Latin America.

La historia sociocultural de Latinoamérica se ha caracterizado por la ocurrencia de innumerables situaciones de crisis de diferentes orígenes. Las ha habido en la esfera de lo social como en lo político. Así, sabemos que nuestra cultura evolucionó desde una perspectiva de desarrollo global cooperativo hacia un esquema geopolítico más bien atomizado, desde el cual se generó la base para dar origen a diversos estados independientes uno del otro.

En lo que respecta a Latinoamérica, se puede observar en su historia bastantes capítulos de confrontación entre sus naciones, generalmente asociados a problemas de límites con intereses económicos de base. Es así como durante los años de la emancipación se generaron variadas situaciones convulsivas producto de las estrategias necesarias para conseguir la independencia de nuestras naciones. En efecto, hubo numerosos conflictos armados, de modo que el pueblo latinoamericano necesitó aprender en sus inicios a convivir con una sensación de inestabilidad.

Se identifica una segunda ola de crisis sociopolítica para los años cincuenta y setenta, durante las cuales se generó la revolución cubana y embebidos en la guerra fría se sentaron las bases para la aparición y establecimientos de dictaduras militares en casi todos los países de nuestra región.

Así, sabemos que Latinoamérica, en la historia moderna, suele percibirse como una región que tiende a la inestabilidad desde el punto de vista social. Cada cierto tiempo sobrevienen épocas de crisis las cuales de cierto modo hemos aprendido a sobrellevar.

No obstante, las crisis de tipo sociopolítico constituyen una parte de nuestra historia como latinoamericanos. Existe otra cara del fenómeno de crisis que han acompañado a estos eventos que se han descrito y que al igual que ellos, también generan impactos psicosociales importantes, nos referimos aquí a las situaciones de emergencia, catástrofes o desastres. La diferencia con las primeras es que estas últimas afectan directamente a cualquier segmento de la población, sin importar su condición social o política, cosa que no ocurre con las primeras. Incluimos aquí predominantemente a emergencias, desastres y/o catástrofes principalmente de origen natural, distinguiéndolas de las de origen antrópico.

La existencia de emergencias y desastres en América Latina han estado determinados por diversos factores:

- A) Factores geográficos (círculo de fuego del pacífico, fallas geológicas, zonas climáticas vulnerables);
- B) Factores sociales que agravan las consecuencias de estos fenómenos naturales (vulnerabilidad política, gobiernos débiles, dictaduras, búsqueda de beneficios sociales, políticos o económicos);
- C) La existencia de programas y estrategias paternalistas por sobre las de desarrollo;
- D) Bajas, pobres o simplemente inexistencia de políticas para manejo, alerta y reducción de desastres;

E) Pobre o nula planificación territorial de las ciudades y otros asentamientos humanos, lo que se suma a la falta de inclusión del factor riesgo dentro de éste mismo proceso.

En resumen, Latinoamérica se presenta como una zona en la que han confabulado muchos factores que han determinado una mayor ocurrencia de desastres (mayor frecuencia) y mayor magnitud de estos.

Según Denise Blanchard-Boehm:

Un recuento de los desastres naturales en Latinoamérica no sólo es la historia de los procesos más violentos de la Tierra, sino también una crónica de sufrimiento humano y miseria. Como tal, representa una llamada de alerta para lograr una comprensión, preocupación, y posiblemente, hasta el logro de acciones cívicas por parte de profesionales de las ciencias sociales (Blanchard-Boehm 2004, p.2).

Latinoamérica es una zona que históricamente ha estado afectada por eventos de origen natural. Únicamente respecto de terremotos podemos enumerar todos los que han ocurrido en la región desde el año 1900 y que han tenido magnitud superior a 8 grados en la escala de Richter. De hecho es Latinoamérica la región que ha tenido el terremoto más grande del cual el hombre ha podido ser testigo. Nos referimos al evento de magnitud 9.5 acaecido el 22 de mayo de 1960 en el sur de Chile:

Date - UTC – Time	Latitude	Longitude	Magnitude	Fatalities	Region
1906/01/31 15:36	1.0	-81.5	8.8	1000	<u>Colombia-Ecuador</u>
1906/08/17 00:40	-33.0	-72.0	8.2	3882	Valparaiso, Chile
1908/12/12 12:08	-14.0	-78.0	8.2		Off the coast of central Peru
1922/11/11 04:32	-28.553	-70.755	8.5		<u>Chile-Argentina Border</u>
1928/06/17 03:19	16.33	-96.7	8.0		Oaxaca, Mexico
1932/06/03 10:36	19.84	-103.99	8.1		Jalisco, Mexico
1940/05/24 16:33	-10.5	-77.0	8.2		Near the Coast of central Peru
1942/08/24 22:50	-15.0	-76.0	8.2	30	<u>Off the coast of central Peru</u>
1943/04/06 16:07	-30.75	-72.0	8.2	18	Off the coast of Coquimbo, Chile
1946/08/04 17:51	19.25	-69.00	8.0	100	<u>Dominican Republic</u>
1960/05/22 19:11	-38.29	-73.05	9.5	1655	<u>Chile</u>
1966/10/17 21:41	-10.807	-78.684	8.1	125	<u>Near the coast of central Peru</u>
1970/07/31 17:08	-1.49	-72.56	8.0		Colombia
1974/10/03 14:21	-12.254	-77.524	8.1	78	<u>Near the coast of central Peru</u>
1979/12/12 07:59	1.598	-79.358	8.1	600	Near the coast of Ecuador
1985/03/03 22:47	-33.135	-71.871	8.0	177	Offshore Valparaiso, Chile
1985/09/19 13:17	18.190	-102.533	8.0	9500	<u>Michoacan, Mexico</u>
1994/06/09 00:33	-13.841	-67.553	8.2	5	La Paz, Bolivia
1995/07/30 05:11	-23.340	-70.294	8.0	3	Near Coast of Northern Chile
1995/10/09 15:35	19.055	-104.205	8.0	49	Near Coast of Jalisco, Mexico
2001/06/23 20:33	-16.264	-73.641	8.4	75	<u>Near the coast of southern Peru</u>
2007/08/15 23:40:57	-13.386	-76.603	8.0	650	<u>Near the Coast of Central Peru</u>
2010/02/27 06:34:14	-35.846	-72.719	8.8	577	<u>Offshore Maule, Chile</u>

Fuente:

USGS U.S. Geological Survey, noviembre de 2012. Extraído de <http://earthquake.usgs.gov>

De acuerdo a Charveriat (2000) del Banco Internacional de Desarrollo Americano (IADB), durante los últimos 30 años, ha habido un promedio de 32,4 desastres por año entre las naciones Latinoamericanas, con un estimado de 7.500 muertes por año, produciendo más de 226.000 muertos. Lo que es más, Charveriat estima que el costo promedio anual durante los últimos 30 años tiene un rango de entre 700 millones y 3,3 billones de dólares en esta región del mundo.

Los desastres sísmicos han sido responsables por casi la mitad de las muertes reportadas, aproximadamente 100.000 en toda Latinoamérica (IDNDR 1999; OPS y OMS 2000).

La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) indican que en las últimas tres décadas más de 150 millones de habitantes de la región han sido afectados por desastres, habrían perecido más de 108.000 personas y resultado 12 millones de damnificados directos. El monto total de los daños, considerando únicamente los grandes desastres, ascendería a más de 50.000 millones de dólares de 1998 (CEPAL, 2007).

Si bien, revisando la historia general de ocurrencia de desastres podríamos también considerar los acontecidos en Norteamérica y Europa, resulta mucho mayor el impacto generado en América Latina, puesto que por razones ligadas al nivel de desarrollo socioeconómico de nuestra región, las consecuencias son mucho más dramáticas por cuanto no se disponen de los recursos suficientes para mitigar una catástrofe que afecta aspectos como le económico, social y psicológico de todo un país.

En efecto, Blanchard-Boehm indica que:

Aunque los ciudadanos Norteamericanos están igualmente en riesgo por ocurrencias desastrosas, el impacto psicosocial en los ciudadanos Latinoamericanos y su subsecuente recuperación no lo son. La mayoría de la población de Latinoamérica es considerada especialmente vulnerable y de alto riesgo ante futuros desastres en cuanto a su vida y propiedad. Para los ciudadanos en países del mundo desarrollados, la recuperación de un desastre es relativamente corta, y las mayores pérdidas son típicamente relacionadas a la destrucción de propiedades. Aquellas en países en lugares de menor desarrollo, pagan un alto precio en estas situaciones, primordialmente en términos del impacto que genera en sus vidas (Blanchard-Boehm 2004, p.2).

Es desde este encuadre que resulta posible afirmar que la historia de desastres en nuestra región deja al descubierto la necesidad de plantear una estrategia integral de trabajo ante las inevitables consecuencias psicosociales que eventos de tal envergadura pueden ocasionar, tales como los problemas de salud mental (psicopatológicos y psiquiátricos) de corto, mediano y largo plazo en la población afectada y la desorganización familiar y comunal en las víctimas y comunidad local que acarrea.

Psicología en emergencias en Chile

La psicología como complemento a la prevención de riesgos

En los últimos años se ha venido desarrollando una cultura más sensible respecto al fenómeno del riesgo en Latinoamérica. Particularmente en Chile, surge la necesidad cada vez más fuerte de generar algún tipo de respuesta en esta línea. Es así como surge la prevención de riesgos como primera respuesta sistematizada que comienza a trabajar particularmente vinculada al ámbito laboral. En este aspecto se comienza a trabajar en la formación de una cultura preventiva ante eventos críticos. El Decreto Supremo N° 40 dictado en la época del gobierno de Salvador Allende (1970-1973) estableció la obligatoriedad de contar con un departamento de prevención de riesgos en todas las organizaciones que agruparan una cantidad mayor a 100 trabajadores. Este departamento es el encargado fundamentalmente de diseñar un Plan de Emergencia que contemple vías de escape ante eventuales situaciones críticas, además de gestionar un training de capacitación al personal para que conozca y cumpla los estándares de seguridad definidos.

A fines de la década del setenta y durante la década de los ochenta surge en Chile la figura del prevencionista de riesgos, como un profesional dedicado en exclusiva a la elaboración de actividades de prevención y planificación ante eventuales emergencias. En nuestros días ya es impartida la carrera de ingeniería en prevención de riesgos en algunos importantes centros académicos.

Si bien la prevención de riesgos ha abierto un área de trabajo que ha generado un importante impacto social, por cuanto está contribuyendo a articular una cultura más preventiva respecto al fenómeno del riesgo en Chile, favoreciendo la migración desde un enfoque reactivo hacia uno proactivo, es decir “hacer gestión del riesgo”, es también cierto que este esfuerzo está claramente enfocado a aspectos más bien estructurales que intervienen en este proceso. En otras palabras, el prevencionista de riesgos enfoca su trabajo en la línea de generar condiciones que eviten la ocurrencia de accidentes y de enfermedades profesionales producto del trabajo. Desarrolla asimismo planes de acción ante emergencias diseñando esquemas de respuesta coherentes con la demarcación clara de vías de escape y diversos elementos estructurales que son necesarios tener en cuenta a la hora de la ocurrencia de una situación de crisis. Así, resulta evidente que el énfasis está dado desde un punto de vista estructural (principalmente desde lo físico), pero que requiere de un importante trabajo hacia el aspecto psicológico, pues se desprende que es necesario trabajar temas comportamentales (conducta, emociones, actitudes, y creencias, antes, durante y después de emergencias y desastres), que den sentido al objetivo que la prevención de riesgos persigue.

Es en este aspecto, precisamente, donde la Psicología tiene mucho que aportar, pues se trata de un trabajo que inevitablemente debe atender la variable psicológica como elemento central de éxito en los objetivos perseguidos. Es en este sentido que afirmamos que un excelente plan de emergencia, cuidadosamente diseñado es susceptible de fracasar rotundamente si es que las personas para la cual está dirigido no se comportan de acuerdo a lo que el plan supone que lo hagan. Y esto es muy probable que ocurra, puesto que en la mayoría de los casos las personas no tienen un adecuado entrenamiento psicológico para afrontar de manera adecuada diversas situaciones de crisis.

Esta última premisa es la que entrega a nuestra especialidad las bases de nuestro objeto de estudio: el estudio del comportamiento humano ante eventos o situaciones de emergencia. Sobre esta piedra angular es que se construye la Psicología en Emergencias y Desastres hoy en día.

Psicología en emergencias y desastres:

Definición y objetivos principales

Desde la Psicología, se pretende aportar más bien al proceso global que subyace a la denominada Gestión del Riesgo, lo que implica un espectro más amplio de acción con respecto a la prevención por sí sola. Desde este prisma hemos definido a la Psicología en Emergencias y Desastres como aquella área de la Psicología que estudia el comportamiento del ser humano ANTES, DURANTE y DESPUÉS de la emergencia, relacionando estos tres momentos con las etapas del ciclo metodológico para la gestión de riesgos: prevención, preparación y mitigación, alerta y alarma, respuesta, reparación y rehabilitación, recuperación y reconstrucción.

Los primeros avances hacia una conceptualización del área en Chile nos los proporciona el psicólogo Cristián Araya, quien en su libro *Psicología de la Emergencia* define a esta especialidad como “aquella rama de la Psicología General que estudia los distintos cambios y fenómenos personales, presentes en una situación de peligro, sea esta natural o provocada por el hombre en forma casual o intencional” (Araya, 1999).

Araya comenzó, a fines de la década del setenta, un trabajo de sistematización de conceptos psicológicos ligados al área de la operación en emergencias principalmente gracias a su labor como bombero voluntario, con especialidad en rescates de personas. En efecto, muchos de los fenómenos que describe en su libro, fueron sistematizados por su propia experiencia tomando parte en labores de emergencias bomberiles en la capital de Chile. Gracias a su sistemático abordaje del área, publica numerosos artículos en revistas y otros medios en los cuales plasma sus ideas, vinculando la psicología a las situaciones de emergencia. Producto de este trabajo, Araya acumula una vasta experiencia hasta el presente como consultor de importantes empresas del sector privado, tales como aerolíneas comerciales, mineras, empresas de seguridad, etc. Realizando seminarios, charlas y cursos donde imparte los conocimientos sistematizados y difundiendo su texto *Psicología de la Emergencia*. Sin duda, es el primer psicólogo en Chile sensibilizado en

la materia y pionero en poner en la agenda profesional la relevancia de la aplicación de la psicología a la comprensión de los fenómenos conductuales presentes en la emergencia.

Por otro lado, el psicólogo peruano Santiago Valero (2002) nos proporciona una definición más amplia que recoge en forma exhaustiva las diversas áreas de aplicación que se definen para esta disciplina: “aquella rama de la psicología que se orienta al estudio de las reacciones de los individuos y de los grupos humanos en el antes, durante y después de una situación de emergencia o desastre, así como de la implementación de estrategias de intervención psicosocial orientadas a la mitigación y preparación de la población, estudiando como responden los seres humanos ante las alarmas y como optimizar la alerta, evitando y reduciendo las respuestas inadaptativas durante el impacto del evento y facilitando la posterior rehabilitación y reconstrucción”

En cuanto a los objetivos generales que persigue la Psicología de la Emergencia, Cristián Araya (2004) nos indica los siguientes:

- Describir y explicar los procesos psicológicos que se presentan en emergencias.
- Desarrollar y aplicar técnicas psicológicas para situaciones de emergencia.
- Selección de Personal para integrar grupos de rescate y trabajos de riesgo.
- Capacitar Psicológicamente a la comunidad en general para afrontar emergencias.

Áreas de acción de la psicología en emergencias.

Se han definido entonces claramente tres momentos de acción para la psicología en emergencias, dentro de las cuales puede coexistir perfectamente el trabajo de colegas del área clínica, educacional, organizacional, comunitaria, etc.

PRE-EMERGENCIA	DURANTE LA EMERGENCIA (hasta 72 hrs. después)	POST-EMERGENCIA
<ul style="list-style-type: none"> • Capacitación y entrenamiento en habilidades de respuesta ante una emergencia, tanto a equipos de la respuesta como a la población en general • Asesoramiento en la definición de Planes de Emergencia • Selección y capacitación de personal para equipos de primera respuesta ante emergencias y desastres 	<ul style="list-style-type: none"> • Aplicación de Planes de manejo Hospitalario en crisis • Manejo de pacientes y familiares que lleguen en crisis producto de la emergencia o desastre. (enfrentamiento en un lugar extraño ante una situación sensible) Primeros Auxilios Psicológicos (OPS) Asesoría en protocolos de notificación de muerte ante eventos de grandes magnitudes 	<ul style="list-style-type: none"> • Evaluación del impacto psicológico y posibles estrategias de manejo • Investigación de los efectos producidos por la emergencia, para mejorar respuestas ante una posible replica • Realización de módulos de auto cuidado para el equipo de primera respuesta y funcionarios de centros hospitalarios en general • Aplicación y/o generación de terapias efectivas para el tratamiento de consecuencias psicológicas post desastres

Sostenemos que la Psicología en Emergencias es más bien una psicología orientada a la acción, y constituye un campo de trabajo en el cual pueden intervenir psicólogos adscritos a diferentes áreas temáticas formativas, siempre guiados por un psicólogo con especialización en emergencias. Esto determinado por que las normativa, características, momentos, ritmos, contexto, principios, actores involucrados, criterios para la toma de decisiones y rapidez de los sucesos de una emergencia, desastre o catástrofe distan completamente del trabajo que el psicólogo realiza en situaciones de normalidad o ausencia de eventos críticos. De hecho no son pocas las situaciones donde psicólogos con mucha experiencia en el ejercicio de la profesión han implementado estrategias que en la normalidad

(entendida como ausencia de emergencia) funcionan bastante bien, pero que en una situación de emergencia son totalmente contraindicadas. Es por esto que sostenemos que aun cuando el trabajo en emergencias es totalmente interdisciplinario, la psicología de emergencias es una nueva especialidad en psicología.

El psicólogo Humberto Marín (2002), ilustra en detalle una recopilación de temas trabajados en cada una de estas tres etapas en el siguiente cuadro resumen, presentado en el *I Congreso de Psicología en Emergencias* realizado en Lima, Perú, en el año 2002. Aparecen en color destacado las técnicas o herramientas que han tenido mayor desarrollo.

PRE-EMERGENCIA (Prevención, Mitigación, Preparación)	DURANTE LA EMERGENCIA ó PSICOEMERGENCIOLOGIA (Respuesta)	POST-EMERGENCIA (Rehabilitación, Reconstrucción)
<ul style="list-style-type: none"> • PSICOPREVENCIÓN (modelo Psicoanalítico o Cognitivo Conductual) • PLANES DE EMERGENCIA • PROGRAMAS DISMINUCIÓN DE VULNERABILIDAD PSICOLÓGICA • SELECCIÓN DE PERSONAL • COMPLEMENTARIDAD PSICOLÓGICA • CAPACITACIÓN TÉCNICAS PS. DE EMERGENCIAS • COMUNICACIÓN DE ALERTA • GESTIÓN DEL RUMOR • ENTRENAMIENTO PSICOLÓGICO <ul style="list-style-type: none"> • Estrés agudo • Reducción de ansiedad • Entrenamiento a presión • Simulación psicológica (visualización) 	<ul style="list-style-type: none"> • SEGUNDA AGRESIÓN • TÉCNICAS DE INTERVENCIÓN EN CRISIS (intentos de suicidio, manejo de rehenes, accidentes masivos, etc.) <ul style="list-style-type: none"> • Intención paradójica • Relajación / Fisiológicas • Manejo de ansiedad del equipo • Sugestión • Aproximación sucesiva • Estimulo distractor (afectado y observador) • Quiebre de esquemas • Intervención visión futuro • Disociación psicológica • PRIMEROS AUXILIOS PSICOLÓGICOS • NOTIFICACIÓN DE MALAS NOTICIAS (muerte, ocurrencia de emergencias, etc.) • COMUNICACIÓN DE ALARMA • MÍSTICA DEL SERVICIO • COMUNICACIÓN EMPÁTICA (hablar en pasado, altura visual, información dosificada, etc.) • RECOLECCIÓN DATOS • GESTIÓN DE LA ESPERA • ATENCION CALL CENTER 	<ul style="list-style-type: none"> • EMDR (Desensibilización y Reprocesamiento por medio de Movimientos Oculares), desarrollado por la Dra. Francine Shapiro (del MRI, Palo Alto, California) • ABRAZO DE LA MARIPOSA • DESMOVILIZACIÓN PS., DEFUSING, DEBRIEFING, PRIMEROS AUXILIOS PSICOLÓGICOS. • TIR (Traumatic Incident Reducción) desarrollado por Frank Gerbode, Gerald French y otros. • TFT / THCP (Terapia del Campo del Pensamiento), desarrollada por el Dr. Roger Callahan (Palm Spring, California) • INTEGRACIÓN DATOS BBDD / INVESTIGACIONES • DUELO

Históricamente se ha avanzado más bien en la tercera etapa, que es lo más comprensible, puesto que es un ámbito propio de la psicología clínica, área que históricamente ha tenido más desarrollo dentro del quehacer del psicólogo. Sin embargo, en este momento la Psicología en Emergencias pretende promover una cultura proactiva más que reactiva, y por tanto, se están concentrando esfuerzos primariamente en Pre-emergencia, por su valor preventivo. La psicología en emergencias surge como una disciplina que logra concitar un nivel respetable de atención. Es así como se han generado demandas principalmente del sector privado, interesados en procurar una formación que integre el aspecto psicológico a los diferentes programas de prevención que ya existen, sobre todo después de las grandes emergencias acaecidas.

Podemos concluir aquí, por tanto, que el mayor vacío se produce en la segunda etapa. Y el asunto no es menor, por cuanto, dados los últimos acontecimientos en el escenario mundial se ha constatado que existe demanda de profesionales de la salud mental en estas zonas afectadas. Por lo tanto la demanda, específicamente de profesionales psicólogos es ya un hecho en muchos de estos países afectados. La pregunta que cabe entonces es: ¿Los psicólogos, estamos preparados para ello?

La actualidad

En los últimos años la psicología de emergencias ha tenido un fuerte avance. Son diversas las actividades, desarrollos y programas que se han desarrollado, impulsados principalmente por diversos eventos que han afectado a la población latinoamericana, que un mundo globalizado, no solo se instala geográficamente en Latinoamérica. El atentado de las Torres Gemelas (EE.UU., 2001), el incendio de Mesa Redonda (Perú, 2001) los atentados de Madrid (España, 2004), los atentados de Londres (Inglaterra, 2005), el huracán Katrina (EE.UU., 2005), el terremoto de Haití (Haití, 2010), el terremoto del centro y sur de Chile (Chile, 2010), la operación San Lorenzo de Copiapó (Chile, 2010) y muchos otros más son eventos que han colocado

énfasis en temas propios de la psicología de emergencias, motivando a profesionales psicólogos de todo el mundo a investigar, extender y avanzar en el desarrollo de la especialidad.

Publicaciones

A las ya publicaciones realizadas por el psicólogo Chileno Cristian Araya, se han sumado algunas iniciativas que han colaborado en la extensión de esta temática. Algunos de los más publicitados han sido los numerosos libros que han sido publicados después de la Operación San Lorenzo de 2010, más conocida como el rescate de los 33 mineros encerrados en la mina San José. Algunos de ellos son *Los 33* del periodista Jonathan Franklin (Franklin, J. 2011) quien además de narrar periódicamente lo sucedido describe cómo algunas estrategias psicológicas utilizadas fueron de mucha utilidad, mientras otras no hicieron más que enrarecer el contexto de la intervención, refiriéndose explícitamente a la censura de la cual fueron víctima los mineros mostrando así el excesivo paternalismo que hacíamos referencia previamente en este texto.

Otro libro publicado con motivo del rescate minero es del psicólogo Claudio Ibáñez, quien en su publicación *Los 33 de Atacama y su rescate*, narra su experiencia aplicando algunas herramientas propias de la psicología positiva a las labores de mantención de sobrevivida y rescate propiamente tal (Ibáñez, C. 2010).

Otra reciente publicación fue motivada por el terremoto del centro sur de Chile del año 2010, libro en el cual su autor Gonzalo Salas compila entrevistas realizadas a diversos actores involucrados en actividades relacionadas con dicho evento (Salas, G. 2012).¹

¹ Un resumen de dicho documento está disponible en http://www.gonzalosalas.cl/index.php?option=com_content&view=article&id=86

Actividades

El incendio de Mesa Redonda ocurrido el 29 de diciembre de 2001 fue el evento que motivó la creación de la Sociedad Peruana de Psicología en Emergencias y Desastres, la cual se convertiría en un catalizador importante para la creación de la Federación Latinoamericana de Psicología en Emergencias y Desastres (FLAPED). Aun cuando esta federación no prosperó tal como se planteaba en sus orígenes, sí contribuyó enormemente a la sensibilización en latinoamérica de la necesidad de crear sociedades profesionales nacionales que agruparan a psicólogos interesados en promover y desarrollar la especialidad. Fue así como en el año 2004 se crea la Sociedad Chilena de Psicología de la Emergencia, siendo rebautizada posteriormente como Sociedad Chilena de Psicología en Emergencias y Desastres (SOCHPED) con el fin de alinearse a las otras sociedades latinoamericanas. Posteriormente se suma la Sociedad Argentina, quienes junto al Centro Latinoamericano de Medicina de Desastres (CLAMED), al Consejo Federal de Psicología de Brasil dan vida a la Red Latinoamericana de Sociedades de Psicología en Emergencias y Desastres, iniciativa que hoy agrupa a Argentina, Brasil, Chile, México y Perú, y que cuenta con el estrecho contacto y colaboración de otros países latinoamericanos.

Programas formación

Otro elemento relevante que nos puede hablar de la buena salud y desarrollo de esta nueva especialidad tiene relación con la existencia de programas de formación en el área. Actualmente en latinoamérica existen tres programas de diplomado que pretenden actualizar y especializar a profesionales del ámbito de las Ciencias Sociales en la intervención psicosocial frente a emergencias y desastres.

El primer de estos programas fue desarrollado e impartido desde junio del año 2010 por la Escuela de Medicina y la Unidad de Trauma, Estrés y Desastres del Departamento de Psiquiatría de la Universidad Católica

de Chile. Se trata del diplomado *Salud mental en emergencias, desastres y catástrofes*, programa que actualmente va en su tercera versión con una duración total de 144 horas y que persigue que sus egresados sean capaces de implementar programas de respuesta psicosocial inmediata después de emergencias, desastres y catástrofes, ya sea en el ámbito privado o público, de cobertura nacional o internacional. Su Director es el Psicólogo Sr. Humberto Marín Uribe.

Posterior a ello la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Andrés Bello comienza a impartir el programa de diplomado *Desarrollo Social: Emergencias y Desastres* que con 186 horas tiene como objetivo que sus egresados sean capaces de desarrollar habilidades y competencias prácticas y reflexivas que les permitan gestionar acciones antes, durante y después de emergencias y desastres desde una perspectiva integradora e intercultural con enfoque de género.

El tercer programa es impartido en su primera versión del año 2012 por la Escuela de Psicología de la Universidad de Santiago de Chile, con una duración de 90 horas tiene como objetivo ofrecer a los participantes, mediante una metodología de capacitación participativa, una perspectiva integral sobre la prevención de desastres (gestión del riesgo) y los conocimientos necesarios para un desempeño académico y/o profesional en este campo, concordante con su formación de base e intereses, en las tareas correspondientes a su dimensión psicosocial. Su Director es el Psicólogo Sr. Armando Campos Santelices.

Líneas de desarrollo actuales y futuras para el área

Se puede comprender, entonces, que uno de los desafíos más importantes hoy, para la psicología en emergencias en Chile y Latinoamérica, radica en la de generar, desarrollar y gestionar estrategias de intervención psicológica durante las situaciones de crisis, así como también hacer extensión de estas técnicas. Lo que aquí cobra importancia es generar estrategias específicas para los intervinientes en emergencias.

Esto es particularmente difícil, pues debido a consideraciones éticas y metodológicas resulta muy complicado efectuar investigación propiamente tal durante la ocurrencia de estos eventos. Por lo general, resulta muy reprochable dedicarse exclusivamente a observar en estos contextos donde lo que más se demanda es una ayuda activa. Desde ese punto de vista podemos decir que lo que finalmente se termina haciendo es más bien investigación-acción. Es por esto que ha resultado particularmente complicado lograr la comprobación de los efectos generados por algunas técnicas psicológicas que hoy se han desarrollado, pues las condiciones en las cuales se efectúan no reúnen siempre los requerimientos para sustentar una investigación rigurosa. Debido a esto la investigación en esta línea básicamente se ha generado a partir de diseños no experimentales, los cuales, bien sabemos, solo nos indican tendencias más que certezas. A este respecto existen algunas publicaciones que a nivel de recomendación de expertos señalan algunos elementos relevantes a considerar en la intervención misma. Uno de los más relevantes corresponde a los cinco grandes principios que Hobfoll y otros autores han consensuado como relevantes a la hora de pensar en un programa de respuesta psicosocial en emergencias (Hobfoll, S., *et al*, 2007):

1. Promoción de noción de seguridad
2. Favorecer la calma
3. Favorecer la auto-eficacia y la de la comunidad
4. Favorecer la conexión con redes de apoyo
5. Estimular la esperanza

Un segundo foco de atención importante, es la labor que comienza a materializarse dentro de lo comprendido en la fase de pre-emergencia. Aquí, lo esencial es contribuir a la generación de una cultura psicopreventiva, proveyendo de recursos psicológicos sustantivos que fortalezcan a los distintos grupos comunitarios a evitar, prevenir, planificar y afrontar de la manera más adecuada posible las diversas situaciones de emergencia en las cuales pueden verse envueltos, tanto a nivel grupal, como individual.

En esta área se puede trabajar en tres niveles: grupos comunitarios diversos (escuelas, sedes sociales, agrupaciones); equipos de primeras respuesta (policía, bomberos, ambulancias y rescatistas en general); y por último en diseño de planes y políticas públicas (lo que tiene que ver con intervenir en organizaciones gubernamentales dedicadas a este fin).

Reflexión final

En los últimos años el desarrollo de la Psicología de Emergencias ha sido cuantioso. Así como hace diez años atrás se conocía muy poco de las actividades del psicólogo o únicamente se le encuadraba en el ejercicio clínico, actualmente la oblación no solo reconoce otros ámbitos de acción sino que siendo consciente de ellos los exige a sus autoridades y líderes naturales.

La Psicología en Emergencias es una nueva especialidad dentro del quehacer del psicólogo. Las formas de abordar, intervenir y responder ante estos eventos determina la necesidad de seguir con la formación y especialización de nuevas generaciones, que a través de programas de formación muy conectados con la realidad del trabajo en emergencias sean capaces de formar en la teoría y práctica a los profesionales que seguirán desarrollando e investigando cómo la psicología puede ayudar a prevenir, mitigar, responder, rehabilitar y reconstruir a los individuos y sociedades frente a la ocurrencia de emergencias, desastres y catástrofes.

No sabemos a ciencia cierta cuándo ocurrirán nuevas desgracias, pero sí sabemos dónde ocurrirán y qué sucederá. Con ello deberíamos con inteligencia aprovechar esta ventaja para desarrollar estrategias y programas permanentes que nos permitan no solamente evitarlos, sino que estar mejor preparados para afrontarlos y recuperarnos.

Referencias

- Araya M., Cristián.** (1992). *Psicología de la Emergencia*. Santiago: Chile.
- Blanchard-Boehm R Denise.** (2004). *Natural Hazards in Latin America: Tectonic Forces and Storm Fury*. The Social Studies Washington: May/Jun 2004. Vol. 95.
- CEPAL,** (2007). Información para la Gestión del riesgo de desastres: estudios de caso de cinco países. Disponible en: <http://www.eclac.org/publicaciones/xml/0/33650/ResumESPFinal.pdf>
- Charveriat, C.** (2000). Natural disasters in Latin America and the Caribbean: An overview of risk. Washington, DC: InterAmerican Development Bank, Research Department, working paper #434.
- Franklin, J.** (2011). *Los 33*. Editorial Aguilar. Santillana EE.UU.
- Hobfoll, S., et al .** (2007). *Five essential elements of immediate and mid-term mass trauma intervention: empirical evidence*. Psychiatry. 2007 Winter;70(4):283-315. Abstract disponible en <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/18181708>
- Ibáñez Claudio.** (2010). *Los 33 de Atacama y su rescate*. 1ª edición, Ed. Origo, Santiago de Chile.
- Marín, H.** (2005). *Apuntes "I Jornada Metropolitana de Comportamiento Humano en Emergencias y Desastres"*, Noviembre 2005, Universidad Diego Portales.
- Organización Panamericana de la Salud (OPS).** (2005) Terremoto El Salvador, Informe de Situación, Enero del 2001 disponible en <http://www.paho.org/Spanish/PED/ElSalvador-14jan.htm> visitado en Abril del 2005
- Salas, Gonzalo.** (2012). *Psicología de la emergencia y desastres: experiencias de intervención en situaciones de crisis*. Santiago: Editorial COR.

Valero A. Santiago. (2002). *Psicología en Emergencias y Desastres*. Lima: Editorial San Marcos.

Valero A. Santiago. (2005). *Psicología en Emergencias y Desastres: una nueva especialidad*. Disponible en <http://www.monografias.com/trabajos10/emde/emde.shtml> visitado en Abril del 2005

Vera Poseck, Beatriz. (2005). Debriefing: una revisión acerca de la polémica actual. Cuaderno N°3, vol. 2, 2004. Disponible en http://www.cuadernosdecrisis.com/cuadernos/html/5_debriefing.html visitado en Abril, 2005.

Política Editorial

Revista LIMINALES. Escritos sobre psicología y sociedad, es una revista de la Escuela de Psicología de la Universidad Central de Chile. Su objetivo principal es constituirse en un lugar de encuentro y reflexión para los discursos elaborados por académicos e investigadores vinculados a la psicología, las Ciencias Sociales y a disciplinas comprometidas con interrogar las sociedades latinoamericanas. Se publica dos veces al año, en abril y noviembre.

Revista LIMINALES autoriza la reproducción parcial de los artículos publicados siempre que se cite la fuente. Para efectos legales los autores ceden a la Revista LIMINALES, los derechos para la difusión o reproducción de los trabajos publicados.

Normas para la presentación de manuscritos para *Revista LIMINALES*

Todas las colaboraciones que cumplan con las “Normas para la presentación de manuscritos” deben ser remitidas, en formato Word 95 en adelante, por correo electrónico al director y editor general de la revista (revista.liminales@gmail.com). El colaborador será notificado inmediatamente de la recepción de su trabajo por parte de la revista.

Los trabajos serán sometidos a un arbitraje anónimo por parte de académicos externos a la Universidad Central de Chile, calificados en las temáticas respectivas. Para salvaguardar la objetividad de las evaluaciones, estos trabajos serán remitidos sin la identificación de los autores. Las evaluaciones serán informadas a los autores en un plazo máximo de 45 días.

Los académicos e investigadores interesados en enviar sus trabajos deberán cumplir con las siguientes indicaciones básicas:

- Indicar que los trabajos son originales, inéditos y que no están destinados para otra publicación.
- La extensión mínima de los artículos es de 4.000 palabras y la máxima es de 10.000 palabras (incluyendo imágenes, gráficos, figuras).
- Deben estar escritos en Fuente Times New Roman, con tamaño 12, espacio sencillo, márgenes 3 en todos los costados, y sin numeración de páginas.
- Deben contar con un resumen de máximo 150 palabras, junto con la especificación de 4-5 palabras clave. Ambos deben estar escritos en castellano e inglés.
- Todos los trabajos deben ser presentados con el orden siguiente:
Nombre del artículo en castellano e inglés (en negrita tamaño 14, centrado)
Nombre de autor (en tamaño 14, centrado)
Resumen y palabras clave
Abstract y Key Words
En nota al pie marcada con asterisco, se deben agregar los grados y títulos obtenidos por el autor, su filiación institucional, y se debe indicar un correo electrónico de contacto.
- Las citas bibliográficas se harán en el cuerpo del texto, entre comillas dobles, y deberán ajustarse al formato internacional APA. En términos generales se consignará entre paréntesis de la siguiente forma: (apellido de autor, año, número de página).
- Se debe incluir el listado de bibliografía citada al final del artículo en orden alfabético. Si se ha utilizado más de una obra de un mismo autor, es necesario ordenar sus obras desde la más reciente a la más antigua.

Ejemplos de referencias bibliográficas:

Libros

Foucault, M. (2011). Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas. (Trad. Elsa Cecilia Frost). México: Siglo XXI (Trabajo original publicado en 1966).

Artículo o capítulo en libro editado

Lieberman, R. (1993). Shopping Disorders. En B. Massumi (Ed.). The Politics of Everyday Fear (pp. 245-265). Minneapolis, Minnesota, EE. UU.: University of Minnesota Press.

Revista científica

Devés-Valdés, E. (2010). Una agenda para la intelectualidad de América Latina y el Caribe: Acogiendo la herencia de Leopoldo Zea para pensar más allá del Estado-nación. *Universum*, 25 (2), 41-56.

- Las notas deben ser utilizadas siguiendo el sistema automático y se ubican a pie de páginas. Se recomienda las notas sean exclusivamente explicativas, es decir, para agregar información o hacer comentarios, cuyo texto no es conveniente que vaya en el cuerpo del artículo.
- Los subtítulos para indicar los distintos apartados del trabajo deben ser hechos en tamaño 12, con negritas, y alineados hacia el costado izquierdo.
- Las cursivas solo serán empleadas para indicar títulos de libros y palabras en idiomas extranjeros.
- Si los trabajos corresponden a charlas o conferencias, se debe hacer mención de este origen, su ocasión, evento y fecha, además de los cambios que se hayan hecho para su versión impresa.

